

*LA HISTORIA DE VIDA:
REFLEXIONES A PARTIR
DE UNA EXPERIENCIA DE
INVESTIGACIÓN*

Homero R. Saltalamacchia

Ediciones CIJUP



Homero R. Saltalamacchia

LA HISTORIA DE VIDA

Primera edición, 1992

Copyright © 1992 Homero R. Saltalamacchia

Todos los Derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera por medios electrónicos o mecánicos, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier otra forma de copia, archivo o impresión, sin permiso escrito del autor.

INDICE

INDICE	1
INTRODUCCIÓN	1
A. LOS PRIMEROS USOS DE LA HISTORIA DE VIDA EN LA INVESTIGACIÓN SOCIOLÓGICA	7
B. LAS CONCEPTUALIZACIONES	9
C. UN ECLIPSE DE TREINTA AÑOS.....	10
El descrédito:.....	10
Las virtudes reconocidas:	11
Los límites atribuidos:.....	12
D. LOS CONTROLES DE “LA CONFIABILIDAD” DEL TESTIMONIO: LAS PRIMERAS CORRECCIONES A LA TÉCNICA	13
E. LAS ILUSIONES POSITIVISTA Y EMPIRISTA Y LA POLÉMICA EN TORNO A LA HISTORIA DE VIDA	14
CAPÍTULO 2 ENCUADRE EPISTEMOLÓGICO y LAS PREGUNTAS DE MI INVESTIGACIÓN	22
A.- REALIDAD Y CONOCIMIENTO EN EL PROCESO DE RECONSTRUCCIÓN	23
B.- PLANTEO DEL PROBLEMA EN LA INVESTIGACIÓN TOMADA COMO EJEMPLO	28
CAPÍTULO 3 SUPUESTOS TEOÓRICO-METODOLÓGICOS	38
A. EL INDIVIDUO Y SU TRAMA.....	39
B. EL PAPEL DE LO SIMBÓLICO.....	42
C. NACIMIENTO, DESEO Y SOCIEDAD	49
D. LOS DETERMINANTES SOCIALES DE LA CONDUCTA INDIVIDUAL COMO CONCEPTOS ORDENADORES	55
1.- LA DIFERENCIACIÓN.....	55
2.- LOS PROCESOS DE REUNIFICACIÓN DE SENTIDOS Y SUS FRACASOS	59
A. LA MUESTRA Y SU REPRESENTATIVIDAD:.....	70
1.- Los límites de aplicabilidad de la muestra probabilística:.....	71
2.- La muestra cualitativa	74
B. LA ENTREVISTA	79
1.- El entrevistado y su lugar	79
1.1. en la reconstrucción de datos fácticos	79
1.2.- en la reconstrucción del sentido.....	81
2.- La intervención del entrevistador.....	82
3.- Los problemas de la relación.....	83
4.- la entrevista como co-investigación :	84
5.- La preparación de las entrevistas	86
5.1. Producción de datos pertinentes mediante fuentes secundarias:	86
5.2. Guía de la entrevista:.....	87
5.3. Determinación del lugar en que se llevará a cabo la entrevista:.....	87
6.- El número de las entrevistas.....	87
Primera entrevista:.....	88
Segunda entrevista:	89
Tercera entrevista:	89
UTOPIÁS	91

APÉNDICE	97
LA INMIGRACIÓN, LA SOCIEDAD Y LOS MANDATOS FAMILIARES	98
La historia de A	98
BIBLIOGRAFÍA	105

El método no es susceptible de ser estudiado separadamente de las investigaciones en que se lo emplea; o, por lo menos, éste sería un estudio muerto, incapaz de fecundar el espíritu que a él se consagre"

(A. Comte. Cours De Philosophie Positive).

INTRODUCCIÓN

En diciembre de 1985, se publicó el N° 5 del boletín del Comité de Investigación (número 38), "Biografía y sociedad", de la Asociación Internacional de Sociología. En ese boletín se hacía un balance y revisión crítica de las investigaciones que, en Latinoamérica, habían hecho uso de la historia de vida ^{1/}. Según lo que allí podía leerse, las noticias provenientes de varios de los países del subcontinente eran alentadoras. En casi todos los países, pero sobre todo en México, Brasil, Argentina, Perú y Chile, se habían multiplicado las investigaciones de ese tipo, abarcando una amplia diversidad de temas.

En el prólogo a esa edición del boletín, Aspacia Camargo dejaba constancia no sólo de aquella afluencia de investigadores hacia esta forma de investigación; aprovechaba también para hacer algunos señalamientos de interés en cuanto al estado de la discusión sobre esa técnica. Según la autora, a diferencia de lo ocurrido en la Antropología (disciplina en la que se había ido produciendo un modelo ampliamente compartido de relación entre teoría y método), en la Sociología seguía existiendo una multiplicidad de paradigmas. Frente a esa situación la autora afirmaba:

Esa diversidad, que no es de por sí negativa, exige concentrados esfuerzos para lograr una cuidadosa definición de los procedimientos, etapas y prerequisites básicos de cada enfoque (p.39)

Dicho esto, la autora llamaba a emprender la tarea de definir cuáles pueden ser los "tipos de circunstancias, problemas, reflexiones y áreas" en las cuales las historias de vida son más relevantes.

¹La autora de dicha Introducción, y encargada de la coordinación de dicho número del Boletín, fue Aspacia Camargo. En el Brasil, una de las pioneras en el uso de esta técnica.

En este libro me propongo atender ambos reclamos; uniéndome así a los esfuerzos de un número creciente de investigadores que han encontrado, en las técnicas cualitativas, una forma gratificante y productiva de abordar temas para los que otras técnicas son insuficientes.

En honor a la verdad, me sería difícil justificar con argumentos sofisticados mi original elección de esta técnica. Cuando comencé a interesarme por ella, era escasa mi preocupación por las cuestiones relativas a las técnicas de investigación social. Tampoco recuerdo si había escuchado hablar de ella antes de pensar en la historia de vida como modo de aproximación a mi tema. En todo caso, en el momento en que hice la elección no recordaba nada al respecto. Lo que quería era hacer la historia de una generación que amaba y a la que habían masacrado. Fue el tema lo que me llevó a reinventar la técnica. Cuando comencé a pensar sobre esa investigación, me pareció angustiosamente urgente la necesidad de grabar e imprimir las voces de todos aquellos que habían visto cerrar sus gargantas con balas, cárceles, torturas y asesinatos. Otros ya se habían dedicado a hacer la cronología e interpretación global de esos acontecimientos ²/. Pero no eran los grandes hechos sino las pequeñas y cotidianas construcciones lo que me interesaba en ese momento rescatar; y ellas sólo estaban en el recuerdo de la gente que había participado; de una u otra forma, en la epopeya que estaba finalizando. Para fundar la pertinencia historiográfica de esa técnica, no creo tener mejor evidencia que mi ingenuo redescubrimiento, provocado por la inmediata conexión del testimonio individual con el objeto.

Fue sólo después de tomar la decisión de entrevistar a los participantes de aquellos acontecimientos que comencé a interesarme por la práctica académica y las discusiones epistemológicas concernientes a esa forma de investigar. Esas lecturas me introdujeron en nuevas preocupaciones. Fue entonces cuando para mí nació el otro asunto al que se refiere Aspacía Camargo: el de la cuidadosa definición de los procedimientos.

Al leer los relatos de vida, se me hacía difícil extraer conclusiones o aceptar posibles resultados que trascendiesen la mera anécdota individual. La preocupación por la cuantificación (a la que me había ido acostumbrando durante mis estudios de Sociología) me dejaba la sensación de que, lo que se decía en los testimonios, era insuficiente. Para resolver esa sensación debía trasponer los límites de aquellos paradigmas (por entonces dominantes) que agotaban toda posible generalización en

² La historia de los años sesenta y setenta había sido en gran parte reconstruida o estaba en vías de serlo mediante el análisis de documentos políticos, artículos de revistas, periódicos y fuentes por el estilo.

los cánones de la estadística. Llegar a esa conclusión no fue sencillo: para lograrlo me sentí obligado a producir una justificación teórica que habilitase el respaldo de mis generalizaciones usando otras reglas.

En toda posible generalización de un testimonio individual está presente la necesidad de resolver el famoso problema de la relación entre individuo y sociedad. La conocida frase en la que Marx definió al individuo como “un conjunto de relaciones sociales” me pareció la clave para iniciar el tratamiento de esa cuestión. El apotegma no dejaba lugar a una dualidad esencial (entre individuo y sociedad) que impidiese las traducciones y generalizaciones entre uno y otro término. Pero tampoco eran fáciles ni su exacta interpretación ni su correcta aplicación. En los años setenta, esa frase era como una de esas llaves que todo el mundo se regocijaba de tener, pero que nadie se atrevía a perfeccionar, justificar o utilizar ^{3/}.

Por su parte, pese a sus innegables virtudes, la teorización sartreana —a la que recurrí en procura de instrumentos para esa traducción— era insuficiente para determinar la medida en que puede llegar a predicarse la clase de representatividad atribuible a una narración individual; entre otras razones porque, aunque abordó el tema, su interés principal no estuvo nunca puesto en esa problemática desde la perspectiva que a mí me interesaba. Fue así como, cuando pude dedicarme a estos temas, mi esfuerzo principal se desplazó, durante un buen tiempo, desde la inquietud original —la de la reconstrucción de un movimiento social— hacia la sistematización de una teoría que permitiese elaborar las mediaciones presentes en la relación entre el individuo y su entorno. En este trabajo expondré el resultado obtenido durante la primera etapa de aquella investigación. Narraré las principales experiencias y conocimientos logrados desde el momento de la construcción del encuadre teórico-metodológico hasta la realización de las entrevistas.

Quedarán fuera de este texto las experiencias hasta ahora hechas en el análisis de los testimonios. Tomé esa decisión debido a la real imposibilidad de hablar del análisis sin exponer el material mismo de las entrevistas, lo que alargaría demasiado este primer libro. Queda pues pendiente el compromiso de una segunda publicación con esos experimentos.

El ensayo está dividido en cuatro capítulos y unos comentarios finales. En el primer capítulo hago una somera descripción de los primeros usos de la historia de vida en la investigación social; reseña en la que destaco la incapacidad de los encuadres empiristas y positivistas para aprovechar el potencial de la historia de vida.

³ Años más tarde Burkitt, I. (1991) hará una muy útil revisión de diferentes abordajes a la cuestión.

En el segundo capítulo, expongo los supuestos epistemológicos y metodológicos que, en sus comienzos, orientaron la investigación. En el relato de esta parte comienzo explicando las principales razones que me llevaron a reemplazar el método hipotético deductivo por una aproximación de tipo constructivista; poniendo el eje del análisis en la construcción de los conceptos ordenadores básicos que guiaron la construcción del modelo heurístico con el que organicé el comienzo de la investigación.

Luego de indicar cuáles fueron los supuestos epistemológicos y metodológicos asumidos, en este mismo capítulo relato las principales preguntas que orientaron la investigación.

En el tercer capítulo el tema es el de la relación entre individuo y sociedad desde el punto de vista del análisis a base de historias de vida. En él tomo partido en contra de toda forma de individualismo teórico y, en particular, en contra del llamado individualismo metodológico; de tan grande atractivo en la sociología actual. Para ello parto de la premisa básica de que “el hombre es un conjunto de relaciones sociales” y que, por ende, no hay separación esencial entre uno y otro polo de la relación individuo-sociedad. Mi razonamiento durante todo el capítulo tendrá por objetivo desarrollar dicha fórmula; pues, como antes afirmara, ni ella —ni el contexto teórico en el que fue por primera vez expuesta— aclaran cómo es que esa condición humana llega a ser tal.

Para comenzar la exploración sobre aquella pregunta recurro a una versión más o menos libre del psicoanálisis lacaniano complementado con aportes de varias corrientes del pensamiento sociológico. Mediante ese uso del psicoanálisis exploraré la forma en que se produce la constitución social del sujeto individual. Valiéndome de las teorías sociológicas, exploraré las formas en que ocurre la determinación social.

Entre sociólogos ha sido frecuente la discusión sobre cuál es el grado de existencia “en lo real” de categorías colectivas tales como “clase”, “estado”, etc. Negar la importancia analítica de ese tipo de conceptos es tan falso como atribuirles una existencia independiente de los individuos en los cuales esas colectividades toman existencia corpórea. El tema debe ser resuelto teóricamente y, para evitar una alternativa a todas luces falsa, atribuiré a esas categorías el carácter de “determinantes sociales de la conducta individual”: determinantes que no son eficaces por sí mismos sino en tanto constituyentes de los sujetos individuales. La segunda parte de este capítulo está dedicada a su tratamiento.

Producción y ruptura del orden que unifica las comunidades son dos procesos permanentes y esa dicotomía me sirve en el trabajo para clasificar los determinantes sociales de la conducta individual en dos grupos: aquellos que contribuyen primordialmente a la unificación de la formación social y aquellos otros que fundamentalmente contribuyen a su disgregación.

La idea que guió la construcción del modelo teórico no era la de constituir una premisa desde la cual deducir hipótesis a ser verificadas en la investigación. Por el contrario, su propósito fue estructurar campos de investigación. Es por eso que en el capítulo no se hace explícita ninguna idea sobre formas concretas de presencia histórica para cada una de esas categorías, ni formas específicas de interrelación entre ellas. Se desarrollan, en cambio, algunos de los rasgos principales de cada uno de esos conceptos —desde la perspectiva de su capacidad de determinar conductas individuales— pero aclarando que durante la investigación será posible encontrar muy diversos tipos de interrelación entre ellos, y aún la necesidad de complementarlos, descartarlos o redefinirlos.

Basado en esa discusión y en la posición alternativa que se sustenta, en el capítulo cuarto expondré la manera en que la historia de vida puede ser utilizada. Se trata, al mismo tiempo, de una síntesis de mi experiencia y de una propuesta de uso.

En la primera parte de este último capítulo habré de referirme a la muestra y los criterios que permiten definir la representatividad en muestras adecuadas a las exigencias y limitaciones de la historia de vida. Propondré que sea la misma teoría sociológica la que provea los fundamentos teóricos desde los cuales fijar los límites de representatividad de la muestra cualitativa. Mediante el uso de la teoría propia del objeto, se pueden encontrar criterios de síntesis y clasificación que pueden reemplazar con éxito los criterios emergentes de la estadística para el caso en que el tipo de objeto o de técnica haga imposible el uso de muestras probabilísticas.

En la segunda parte me dedicaré a examinar las dificultades que el entrevistador debe esperar en toda entrevista y los principales criterios mediante los que debe orientar su vigilancia. En todos los casos iré poniendo de manifiesto las específicas virtudes que permiten a la historia de vida superar sus dificultades en un proceso de investigación en el cual el entrevistador y el entrevistado formen parte indisoluble de un mismo equipo de investigación.

En los comentarios finales retomaré lo dicho para replantear algunas preguntas y señalar los huecos que aún faltan examinar teóricamente.

CAPÍTULO 1 PRIMERAS CONCEPTUALIZACIONES

En las sociedades tradicionales, cuando el sol enrojecía los límites del universo, la tierra se iba encendiendo con fogones siempre bordados de sombras y recuerdos. Ese era el momento en que los más ancianos recobraban su fuerza e importancia colectiva. Los ojos de los jóvenes se dirigían a sus rostros y las narraciones recomenzaban: invariablemente nuevas y eternas.

Esas historias de ancianos hilvanaban los días y las noches dando, a cada miembro de la colectividad, un saber sancionado por los siglos y la conciencia exacta de sus roles y deberes para con la comunidad. Así, mediante tales narraciones, los antiguos guerreros de la vida participaban en la lenta pero indispensable tarea de ir moldeando las identidades grupales ^{4/}. Tal era la trascendencia de esa tarea de recordar y contar que los más viejos basaban sus prestigios individuales tanto en el conocimiento de la historia pasada como en su habilidad para recordarla.

Sin embargo, con el pasar del tiempo, ese prestigio y aquella utilidad de la narración oral se fueron perdiendo y esos lugares fueron ocupados por la historia escrita.

Adornada con las insignias de la modernidad, esta novel forma del recuerdo llegó a convertirse en la única legítima. Por siglos, la práctica de la historia oral encontró sus únicos refugios en el seno de comunidades que estaban legalmente despojadas de todo derecho a la escritura o entre otros grupos que, debido a algún tipo de persecución, no podían hacer uso de la palabra escrita para mantener los principales códigos de sus recuerdos ^{5/}. La epopeya moderna de la historia de vida parece haber sido intensamente marcada por esta tradición ilegítima.

Siguiendo con esa idiosincrasia de recurso para minorías o grupos perseguidos, la utilización de la historia de vida entre científicos sociales fue, por mucho tiempo, algo marginal y pocas veces dignificado por los paradigmas metodológicos dominantes. Hoy, sin embargo, un grupo bastante nutrido de científicos sociales ha coincidido en la necesidad de incluir esa forma de hacer historia entre las prácticas a

⁴Un hermoso comentario sobre los significados de la historia puede encontrarse en Bloch Marc; 1978.

⁵Un caso típico, en este sentido, es el de aquellos hugonotes de Bretaña a los que Philippe Joutard (1983) dedicó sus estudios. En el trabajo de este autor se hace, por otra parte, un excelente repaso de las eventualidades por las que pasó el cultivo de la historia oral en Europa y los Estados Unidos.

las que todo estudioso de la conducta humana puede recurrir. Síntomas de ello son tanto lo concurrido de las abundantes reuniones que se han hecho (en diversos países) para discutir las características y principales experiencias en el uso de esa técnica como el activo grupo de investigadores reunidos en el Comité de Investigación: “Biografía y Sociedad” incluido en la **Asociación Internacional de Sociología**.

El objetivo de este capítulo es historiar y analizar algunas de las fundamentales limitaciones atribuidas a la historia de vida en los primeros años de su aparición en el campo de las ciencias sociales. No pretendo hacer una historia completa de sus aplicaciones en dichas ciencias. Mi propósito es mostrar los presupuestos epistemológicos que durante mucho tiempo atentaron contra el uso efectivo de esta técnica con el fin de discutir, en mejores condiciones, las posibles vías de superación.

Si bien han sido muchas las reacciones contra esas primeras maneras de encarar y criticar a este procedimiento, los supuestos que alentaban las primeras críticas a la historia de vida siguen aún presentes en un sector bastante amplio de la comunidad académica.

A. LOS PRIMEROS USOS DE LA HISTORIA DE VIDA EN LA INVESTIGACIÓN SOCIOLÓGICA

En los Estados Unidos (país en el que la historia de vida siempre ha contado con un número importante de cultores pese a la hegemonía de paradigmas adversos) las primeras formas de historia oral fueron exclusivamente una manifestación de minorías. Tal es, por ejemplo, lo ocurrido hacia el fin de la guerra de exterminio contra las civilizaciones aborígenes. Como producto de la intención proselitista de los misioneros o de la testificación de aborígenes aculturados (que usaban esos testimonios como una forma de sensibilizar a los conquistadores y frenar el exterminio de sus semejantes) ^{6/}, se dieron a conocer varias biografías de guerreros indígenas. Más tarde, también los negros recurrieron a ese tipo de testimonio. En la segunda mitad del siglo XIX aparecieron publicadas las biografías de algunos esclavos; uno de cuyos ejemplos es la biografía que Frederik Douglass titulara Relato de vida de un esclavo americano ^{7/}.

⁶Tal fue el caso de la autobiografía de un líder guerrero de la tribu Sauk llamado Kah-Ge-Ga-Cah-Bowh y cuya sexta edición está datada en 1847. Noticia extraída de Magrassi G. y M. Rocca; 1986.

⁷En América Latina hubo experiencias similares. Ver, por ejemplo Barnet, Miguel; 1952.

Con intenciones ya más definidamente ubicadas dentro del campo del saber científico, fue esa misma veta la que explotaron los antropólogos norteamericanos. Dentro de esta segunda vertiente, S. M. Barret publicó, en 1906, Las memorias del indio Jerónimo. Autobiografía de un gran guerrero (1945).

En todos estos primeros “ensayos científicos” lo predominante era el interés pintoresquista. En cambio, hacia fines de la década del ‘20 el uso antropológico de esta técnica trascendió el mero interés por mostrar los rasgos de una cultura o de una subcultura extraña. En su lugar se comenzó a intentar una serie de análisis que pretendían contribuir al desarrollo de la teoría. En 1930, Clifford R. Shaw, iniciando esta nueva tendencia, publicó lo que luego sería un clásico en la materia: Jack-Roller. A delinquent boy's story (1930).

Con esta obra no sólo cambió el interés principal, sino que se iniciaron las incursiones en la historia de vida de una escuela de pensamiento que marcó un rumbo de gran importancia en la investigación social: la llamada “escuela de Chicago”^{8/}, cuya guía teórico-ideológica estuviera a cargo de Robert E. Park y en la que participaran varios sociólogos de gran influencia en el posterior desarrollo de la teoría sociológica.

Tal como lo recordara Haward Becker, en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago se habían reunido, hacia 1916, un grupo de investigadores interesados en examinar los problemas que ocurrían como efecto de la inusitada expansión industrial y urbana que se vivía en la época. Sus temas iban desde la preocupación por los grupos étnicos minoritarios hasta la enfermedad mental, la drogadicción, la delincuencia juvenil, el análisis de los vecindarios y la estructura urbana. Con la particularidad y acierto de considerar a todos aquellos problemas no como un agregado heterogéneo de eventos sino como manifestaciones de un mismo proceso.

Desde esta perspectiva, las principales obras de esa escuela fueron: The Ghetto, The Gold Coast and The Slum, Professional Thief, The Hobo, Brothers in Crime y The Gang. En estas obras se trataba, mediante el uso de historias de vida, de abordar asuntos para los cuales las teorizaciones existentes parecían insuficientemente explicativas; abarcando, particularmente, temas que fueron englobados en el valorativamente cargado (pero por entonces usual) concepto de “conducta desviada”. Esa técnica también fue fructíferamente utilizada para estudiar fenómenos como la movilidad social, y, particularmente, el tema de las migraciones.

⁸Véase Blumer, M.; 1984.

B. LAS CONCEPTUALIZACIONES

En resumen, durante toda una primera época, las disciplinas que en ciencias sociales hicieran uso de las técnicas biográficas (como la antropología, la historia, la psicología y la sociología) privilegiaban la búsqueda de aquellos aspectos cualitativos considerados “raros”. La antropología rescataba, mediante su uso, un material primario en trance de desaparición, compilando todo lo posible de esa fuente antropológica sin detenerse demasiado en los aspectos de orden teórico implicados en el trabajo. En la historia, el uso de este método biográfico estuvo marcado por la primacía de biografías de personajes “importantes”. Y en la psicología, que fue la disciplina donde el uso de las historias de vida despertó mayor interés ^{9/} el documento biográfico era utilizado para obtener información sobre la estructura, funcionamiento y dinámica de la vida de un individuo ^{10/}.

Estudios como el de Thomas y Znaniecki (The Polish Peasant in Europe and America -1918/1920-) ^{11/} ofrecieron, sin embargo, nuevas perspectivas de uso para la técnica biográfica en Ciencias Sociales; y luego, estudios como el de John Dollard, Criteria for the Life History, enriquecieron la técnica de historias de vida mediante la aplicación de la teoría y método de ciertas corrientes del psicoanálisis ^{12/}. Dentro de ésta última perspectiva, el uso de las historias de vida respondía al intento de captar distintos aspectos de la vida del sujeto y/o las reacciones de éste ante determinados acontecimientos. El investigador pretendía enriquecer su propia información mediante la experiencia del entrevistado, así como llegar a conocer el peculiar modo de ver que el sujeto había tenido sobre esos acontecimientos. Ese es, justamente, el sentido que muestra la definición acuñada por Grece H. Blumer quien, en una de las tantas definiciones que por entonces se dieron, afirmaba que la historia de vida:

...es un relato de la experiencia individual que releva las acciones de un individuo como actor humano y participante en la vida social (p. 47)

Partiendo de esa definición amplia de la técnica, los materiales de los que se podía valer el investigador eran de tres clases:

⁹Que fue sobre todo alentado por la influencia del psicoanálisis.

¹⁰Con la particularidad, importante en relación con lo explorado en este trabajo, de que entre los psicólogos se trataba del estudio de un caso único (donde lo individual era tomando como un privilegiado universo de sus indagaciones). Por lo que, como enuncia Marsall, no les preocupaban los posibles vicios de representatividad y objetividad que sí preocupan en otras disciplinas sociales; aunque eso no impidiera que los psicoanalistas recurrieran luego a la construcción de ciertas tipologías que les permite utilizar las experiencias obtenidas en los análisis individuales para su aplicación en otros casos.

¹¹Una serie de revaloraciones de esa obra puede encontrarse en Dulczewski, Z.; 1986.

¹²De esa época es posible recordar textos como los de Anderson (1923); Blumer (1939); Gottschalk (1945); Kroeber (1945), Park (1952).

- 1) **las autobiografías, cartas y diarios**, cuya característica es la de tratarse de documentos escritos por los mismos actores;
- 2) **los informes y testimonios orales**, que tienen como rasgo singular:
 - a) el ser proporcionados verbalmente y
 - b) el ofrecer al investigador la peculiar manera de ver y pensar los acontecimientos que tiene el entrevistado, como individuo y como miembro de una determinada circunstancia social y temporal.

3) **la encuesta o cuestionario biográfico**, en la que el investigador propone ciertas preguntas (cerradas o abiertas) a fin de poder averiguar la vida y las relaciones del individuo encuestado, en momentos sucesivos de su vida.

Más tarde se fue desarrollando un concepto más restringido de historia de vida, que pasó a referirse sólo al segundo de los aspectos antes reseñados; esto es, a aquel informe o testimonio oral que un determinado sujeto ofrece sobre la totalidad o una parte de los acontecimientos de su vida. En esta definición, la diferencia con el encuadre amplio de la historia de vida es la no inclusión de **otras fuentes** de datos biográficos, limitándose el requerimiento al relato del entrevistado ¹³/. Es a este último tipo de documento al que me referiré especialmente en el desarrollo del presente trabajo.

C. UN ECLIPSE DE TREINTA AÑOS

El descrédito:

Durante los últimos años de la década del treinta, el renacimiento del arrollador dinamismo de la economía norteamericana provocó profundas transformaciones sociales. Dichas transformaciones tuvieron su expresión en las tendencias teóricas y metodológicas predominantes en las universidades norteamericanas; junto a un creciente conservadurismo se impuso una casi indiscutida hegemonía de las técnicas de investigación y las metodologías (funcionalistas y positivistas) de tipo cuantitativo. Así, cinco o seis años después de que comenzara a imponerse nítidamente esa tendencia, Blumer (respondiendo a una invitación de la Comisión de Evaluación del **Consejo de Investigación en Ciencias Sociales** de

¹³Para este tipo de entrevistas Duverger propone el nombre de "interviews-memorias" y Bertaux (1980), retomando una propuesta de Norman K. Dasein, propone el nombre de "relato de vida" diferenciándola así de la historia de vida, que conlleva el significado más general antes indicado. En éstas entrevistas, el investigador consigue el permiso de una persona para verla determinada cantidad de veces; y durante esas visitas la persona narra una parte o la totalidad de su vida según los objetivos de la investigación.

los Estados Unidos de Norteamérica) escribió una arrasadora crítica a la pionera obra de Thomas y Znaniecki ^{14/}.

Caída en desgracia en la academia, la vigencia de la historia de vida sólo se mantuvo, por más de veinte años, gracias a la curiosidad e interés de algunos pocos investigadores. En las capillas de los científicos positivistas, la técnica comentada sólo se usó en forma subordinada al ejercicio de las técnicas cuantitativas y con objetivos muy limitados.

Las virtudes reconocidas:

Los autores que usaron la técnica desde esa perspectiva encontraban en ella sólo dos méritos. Uno de ellos era su mayor poder de focalización (mediante el cual se incrementaba notablemente la riqueza de detalles captados); y el otro, la capacidad de captar más plenamente, mediante su uso, la dimensión temporal en los acontecimientos investigados.

Refiriéndose a ese enfoque, Marsall (1975) pudo decir:

Los científicos sociales han contrapuesto con frecuencia la capacidad de los estudios cualitativos, para acercarse a la riqueza, complejidad e infinidad de variables de la infraestructura social humana, con las limitaciones de los estudios estadísticos...

Tal consideración, elaborada por alguien que había hecho uso de ese procedimiento como instrumento autosuficiente en el desarrollo de la investigación social, fue confirmada por sociólogos inscritos en la línea cuantitativistas. Refiriéndose a las cualidades diferenciales que existían entre las técnicas cuantitativas y cualitativas, autores como Goode y Hatt afirmaron:

Es como si la estadística tuviera una visión horizontal que cruzara una vasta área de datos, mientras que el estudioso que emplea el método casuístico observa verticalmente un pequeño número de casos individuales notando muchos detalles... ^{15/}

Parecía entenderse así que en la academia, existía una equilibrada evaluación de las cualidades diferenciales de ambas técnicas. Pero eso siempre fue falso. Pese a las apariencias salomónicas de ese reparto, la división de tareas —entre el enfoque cualitativo y el cuantitativo— no fue acompañada por una simétrica distribución del prestigio para cada una de ellas. Por el contrario, en los años posteriores a 1930, las técnicas cuantitativas ocuparon un rango mucho más elevado. Relegado a un rango inferior (que compartía con otras técnicas cualitativas) el relato de vida fue considerado digno de contribuir sólo para los siguientes propósitos:

¹⁴Blumer, H.; 1939.

¹⁵Citado por Marsall, J. F.; 1975.

1.- **control y refutación de ciertas teorías:** forma a la que solían recurrir aquellos que, siguiendo a Popper, sostenían que, para la refutación de una teoría, es suficiente encontrar algún caso que ella no pueda explicar.

2.- **formulación de hipótesis:** junto con “las entrevistas a informantes calificados”, se la usaba como forma de reconocer el terreno que se quería investigar.

3.- **la captación de “lo subjetivo” en el interior de los parámetros de “objetividad” atribuidos al proceso social:** en este caso se la usaba como ilustración de las vicisitudes subjetivas experimentadas por los actores del proceso investigado.

4.- **la ilustración de la dimensión temporal de un proceso:** uso tendiente a borrar el límite de la información obtenida mediante encuestas; técnica que no permite verificar las formas en que ocurre un cierto proceso ^{16/}.

Es evidente que, en todos esos usos, la historia de vida cumplía un papel totalmente subsidiario y auxiliar. Esto contribuyó a que fuese muy pequeño el número de investigaciones en las que se la incluyó.

Los límites atribuidos:

Ese desprecio de las posibilidades heurísticas de la historia de vida se debía principalmente a la convicción de que esa técnica no podía superar:

- 1) la baja confiabilidad de sus resultados por una supuestamente excesiva impregnación subjetiva de los datos por ella obtenidos, y
- 2) la imposibilidad de encontrar argumentos válidos para imputar representatividad a sus conclusiones ^{17/}.

De todas maneras, pese a esa divulgada desconfianza, la historia de vida se siguió usando para obtener información imposible de conseguir por otros medios. Se hizo así posible que, con el correr del tiempo, algunos de esos límites tendieran a ser estudiados y superados por los propios cultores de los paradigmas cuantitativistas. La necesidad de satisfacer el requisito de confiabilidad impulsó, por ejemplo, la creación de una gama de controles que han sofisticado substancialmente el uso de la historia de vida y que serán el tema del próximo apartado.

¹⁶Este resumen puede encontrarse ampliado y explicado en Becker, H. S.; 1974: 32-34. Ver también a Jelín, E.; 1976: 9-10.

¹⁷Un apunte interesante y polémico sobre estos temas puede encontrarse en: Ferrarotti, F.; 1981.

D. LOS CONTROLES DE “LA CONFIABILIDAD” DEL TESTIMONIO: LAS PRIMERAS CORRECCIONES A LA TÉCNICA

Mediante la invención de la antes citada serie de “controles de confiabilidad” los investigadores que usaron la historia de vida trataron de prevenir deformaciones en la información que pudiesen emerger de cuestiones tales como las “fallas en la memoria”, “la racionalización inconsciente” o “las tergiversaciones conscientes del testimonio”.

Dichos controles incluían dos etapas. En la primera se decidía cuáles de los relatos debían ser sometidos a un control más riguroso y cuáles, en cambio, podían ser aceptados como válidos sin ningún análisis posterior. Para juzgar el grado de vigilancia a que debía someterse una entrevista, en esa primera selección se recomendaba tener en cuenta las siguientes consideraciones:

- 1) si la verdad de una declaración se vinculaba o no con un hecho “afectivamente indiferente” para el testigo,
- 2) si el objeto de la investigación podía llegar a ser comprometedor para el informante o para sus intereses,
- 3) si los hechos tratados eran o no “cuestiones de conocimiento público”,
- 4) si la parte de la declaración que más interesaba al investigador era a la vez incidental a la narración e intrínsecamente probable,
- 5) si el informante hacía o no declaraciones contrarias a sus expectativas y anticipaciones.

Si se consideraba necesario, se recomendaba una segunda serie de controles que permitieran determinar con mayor exactitud el alcance de esa confiabilidad. Entre ellos merecen destacarse principalmente dos:

- 1) la crítica interna del informe; que correspondía a un juicio sobre su coherencia y consistencia y
- 2) la crítica externa; que se refería a la corroboración de sus datos mediante tres tipos de mecanismos:
 - a) la confrontación del informe con los datos provistos por otras fuentes o con aquellos que el investigador acumuló por su propia experiencia;
 - b) el careo del informante con otros testigos del mismo evento o
 - c) el uso de entrevistas repetidas en diferentes momentos y en las que se volvía sobre el mismo tema con el objetivo de corroborar la perseverancia del informante.

Tales recaudos contribuyeron a mejorar mucho la credibilidad de los informes de historia de vida. Pero nunca la acusación de subjetivismo pudo ser definitivamente superada. Pese a los controles antes indicados, se mantuvo la compartida certeza de que lo vertido en un relato de vida —a diferencia del dato provisto por encuestas o técnicas análogas— siempre estaría “contaminado” por los sistemas de selección usados por el informante y por los valores y categorías analíticas utilizados por el destinatario y el analista de tales relatos.

Por otra parte, si mucho se avanzó en cuanto a satisfacer los requisitos de confiabilidad (logrando disminuir la frecuencia y sostén de las críticas al respecto) mucho menos exitosa fue la defensa respecto a la acusación de que la historia de vida es incapaz de garantizar algún grado de representatividad: nadie parecía confiar en la posibilidad de generalizar desde ese material al que por definición se consideraba absolutamente singular.

Según se afirmaba, aunque el investigador tenga una colección más o menos amplia de historias de vida, no existe forma alguna de probar que éstas representarán, válida y efectivamente, un proceso colectivo.

En síntesis, la opinión mayoritaria consideraba que el dato construido mediante historias de vida era un dato demasiado individualizado y demasiado subjetivo; por lo que su representatividad se consideraba nula y su objetividad deficiente. Sin embargo para muchos quedaban algunas preguntas que esa crítica no había contestado. Quedaba por cuestionar, por ejemplo, el paradigma teórico sobre el que ellas descansaban: ¿era cierto que en las técnicas cuantitativas se lograba eludir el llamado “vicio” de subjetivismo? ¿Acaso mediante esas técnicas efectivamente se conseguía una tal neutralización del sujeto que lo real fuese captado en toda su infinita magnificencia y esplendor? ¿Frente a quién?

Como brevemente mostraré enseguida, tanto la rigurosidad descalificadora de los críticos como la incapacidad defensiva de los partidarios de la historia de vida eran el fruto del predominio de paradigmas muy primitivamente empiristas o demasiado positivistas.

E. LAS ILUSIONES POSITIVISTA Y EMPIRISTA Y LA POLÉMICA EN TORNO A LA HISTORIA DE VIDA

Discutir una vez más sobre la ficción de las ilusiones positivistas debería ser algo superado. Causa algún tedio volver a razonar sobre temas epistemológicos ya

tan debatidos ^{18/}. Parece inútil, por ejemplo, recordar el papel seleccionador que cumplen cada uno de nuestros sistemas perceptivos; y mucho más redundante aún el recordar que esos sentidos son siempre dirigidos por conceptos; por lo que **el conocimiento es una construcción y no el simple efecto de una recepción** ^{19/}. Pero si de esto se ha hablado tanto y tantas veces, ¿por qué los cultores de las técnicas cualitativas pudieron defenderse tan mal de las acusaciones de subjetivismo? Creo que la principal razón radica en que, aunque lo expresaran de una manera distinta, muchos de ellos compartían el mismo universo epistemológico de sus atacantes. Fue el predominio de la conceptualización empirista y positivista (sobre todo en una versión muy vulgarizada del empirismo lógico y muy primitiva del positivismo) la que los puso en la encrucijada de **aceptar** las críticas cuantitativistas o, en el mejor de los casos, defenderse mediante el conducto de apenas invertir los argumentos de los contrarios; estrategia que les impedía abandonar el terreno de análisis en que se situaban los críticos y los ubicaba en posición polémica muy débil. Los que se negaron a reconocer la inferioridad de esa técnica, asumieron la defensa de la historia de vida proclamando que era mediante las técnicas cualitativas (y no por medio de las cuantitativas) que se lograba la más auténtica aproximación y reproducción exacta de la realidad. Ilusión empirista que ha estado muy presente en dos tipos de tratamiento de las historias de vida. Por un lado, en aquellos que se limitaron a reproducir el texto de una o varias historias de vida (como si en esa reproducción se satisficiera plenamente el objetivo de traer la realidad a los ojos del lector), y, por otro, entre aquellos que circunscribieron su discusión sobre la técnica a las maneras en que se debe actuar para lograr una fiel reproducción de lo dicho. En ambos casos, se compartía la ilusión de que la narración concretaba la situación óptima en la que la subjetividad del investigador lograría desaparecer. Frente a la crítica, ellos, explícita o implícitamente, oponían la creencia de que la mera transcripción "técnicamente perfecta" de un relato oral contenía una imagen sin interferencias de *lo que verdaderamente ocurrió*.

La mayoría de las primitivas discusiones entre cuantitativistas y cualitativistas giraron en torno a un eje común: defensores y atacantes reivindicaron la capa-

¹⁸Entre los epistemólogos más conocidos que han abordado este tema, eligiendo sólo los nombres de los actualmente más influyentes, se puede nombrar a K. Popper, 1973; a G. Bachelard; 1980; etc.

¹⁹Temas, todos éstos que, como se sabe, los epistemólogos de orientación kantiana han tenido el mérito de explorar ampliamente. Pero no sólo ellos. Luego de muchísimas resistencias, esa participación de los subjetivo no ha escapado ni siquiera a los epistemólogos empiristas. Ese tardío pero importante reconocimiento no ha evitado, sin embargo, que el empirismo ingenuo siga siendo muy corriente en la práctica de la enseñanza y la investigación sociológica.

cidad que cada una de ellas tendría para brindar un immaculado **reflejo** cognitivo de la realidad empírica.

Uno de los síntomas típicos de ese predominio empirista en la práctica de las ciencias sociales puede encontrarse, por ejemplo, en el apelativo de “técnicas de recolección de datos” con que los libros solían referirse a ésta y otras técnicas de investigación. Como si el investigar fuese algo semejante a un simple acto de cosechar. En ese, como en otros usos de términos “técnicos”, la metáfora teórica (inseminada de empirismo) terminó apresando y conduciendo el hilo del razonamiento ²⁰/. Para el investigador de esta estirpe, el entrevistado se presentaba como una fuente, en la que el dato es recogido (tal como se recoge el agua de un manantial) sin que se transforme: límpidamente integrado al cuerpo del recolector ²¹/.

En dicha metáfora, la ideología empirista encontró una vía de reproducción casi espontánea en una infinidad de investigadores. Y esa atracción espontánea se manifestó con especial énfasis entre los que se inclinaban por los relatos orales, ya que, en el caso de los que usan el relato de vida, a esa metáfora de “la fuente y de la recolección” (que ubica al investigador en un lugar predominantemente pasivo) se agrega otro elemento. En tal relato **la fuente es una fuente activa; una fuente que habla; que vierte sobre el investigador el caudal que éste procura**. Por ese camino, el éxtasis ante lo real puro llega a su momento culminante: la realidad parece **captable sin mediaciones**.

Esa ideología también se manifestaba entre aquellos que decían anular lo subjetivo mediante una serie de controles. Esas técnicas, que se elaboraron para corregir aquellos defectos de la información provocados por la presencia del sujeto, fueron incapaces de erradicar la subjetividad. El defecto de esta otra óptica radicaba en que, si era aceptada la presencia de lo subjetivo en el testimonio, tal presencia no era vista como algo ineludible en todo proceso de investigación. Muy por el contrario, la idea seguía siendo conseguir un dato que fuese un testimonio puro de lo real. Lo subjetivo era pensado como ganga o escoria que se había colado en el proceso de recolección y que debía ser desechada. La crítica de las deficiencias subjetivas y los controles de confiabilidad se presentaban, entonces, como un proceso de separación

²⁰Sobre la metáfora y sus trampas razonó Turbayne, M.; 1974.

²¹Un buen análisis sobre el papel de las metáforas en el pensar del científico se puede encontrar en Bourdieu; 1979: 51-83.

entre la paja y el trigo; una especie de tarea de limpieza. Al llegar a su fin el dato sería la pura realidad ²²/.

Pero, como se sabe, el dato nunca es y nunca podrá ser lo real mismo. En tanto material simbólico, el dato es siempre una determinada estructuración de la realidad; la transposición de lo real a lo simbólico siempre representa **un proceso de reducción, de síntesis y de atribución de sentido**; en tanto dato, lo real es siempre un real construido ²³/.

Por todo ésto, la crítica teórica del dato ni es ni puede ser la crítica de su objetividad sino **la crítica de su proceso de construcción**. Crítica que tiene como propósito el encuadrar al dato (sin incoherencias subrepticias) en el proceso de construcción de un cierto cuerpo teórico; que será aceptado como válido mientras asegure algún grado de operatividad ²⁴/.

Por otra parte, en el dato histórico —a diferencia del que se produce para una predicción sociológica— lo construido es una objetivación que nunca podrá enfrentarse con lo real, pues ese real ya no existe. Debido a ello, en el caso de investigaciones históricas, el dato no puede tener más pretensión que la de lograr una forma teóricamente coherente y creíble ¿Cómo evitar entonces lo subjetivo en la construcción del dato?

En la propia tradición empirista, Berkeley (1985) primero y luego Hume (1985) se encargaron de romper con los contenidos más ingenuos del empirismo. En ambos se concretó la idea de que toda percepción está desde siempre implicando reflexión; lo que entre otras cosas los condujo a pensar, por ejemplo, que las conexiones causales, sobre las que por mucho tiempo se fundaron las explicaciones científicas, son inverificables; destruyendo así una de las fundamentales premisas del empirismo ingenuo.

Estos y otros problemas ontológicos planteados por aquellos filósofos ingleses fueron más tarde retomados por el atomismo lógico de Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein. En ambos casos, la investigación fue conducida hacia una teoría del lenguaje. Esa teoría pretendía reintroducir rigurosidad en unos procesos de conocimiento sobre los cuales la crítica al empirismo ingenuo había provocado

²²Es justamente allí donde se reproducía la ficción empirista que esos defensores de la historia de vida compartían con sus atacantes. En la idea de que en algún momento y por medio del uso de técnicas más o menos depuradas, es posible llegar al núcleo duro de lo real.

²³En la Sociología, fue sin duda Weber el que ha tenido el mayor mérito en este tipo de análisis y denuncias de los absurdos del positivismo. Cf., entre otros, los ensayos reunidos en Weber (1978); y la notable Introducción de Pietro Rossi al mismo libro. Ver también a Veca, S. (1981); Cavalli, A. (1981) y Bianco, F. (1981). Una revisión crítica de Weber puede encontrarse en Runciman, W. G.; 1976.

²⁴Aunque más no sea en el sentido de impedir que nos atrape la angustia ante lo ignorado o lo que “no tiene sentido”.

serios quebrantos. El camino elegido era el que en su momento había preconizado Augusto Comte: el encuentro de un método que permitiese distinguir al pensamiento científico del pensamiento metafísico. Tiempo más tarde, ya en la década del '20, el círculo de Viena retomó estos desafíos del empirismo y del positivismo. Dicha Escuela se distinguió por una sistemática y amplia producción, llegando a lograr una clara hegemonía en el pensamiento científico occidental durante muchos años.

El proyecto principal de esa escuela fue edificar un método que permitiese la unificación de las ciencias. Por un lado, su proyecto intentó establecer reglas que hiciesen posible el desarrollo de enunciados significativos dentro de un lenguaje que fuese común a todas las ciencias y por otro, procuró idear formas de verificación que tornasen factible la enunciación de predicados no metafísicos sobre la realidad. Su mayor originalidad radicó en recurrir a una rigurosa aplicación del razonamiento lógico formal en la producción del lenguaje científico.

Los epistemólogos reunidos en el Círculo de Viena rechazaron todas las formas de realismo lógico (basadas en la naturaleza del sujeto o de los objetos del mundo externo) para reemplazarlas por un nominalismo integral. El proceso científicamente legítimo de pensamiento fue reducido a las formas de un lenguaje lógico-matemático, desterrando así toda remisión a lo psicológico. Y fue declarada ilegítima toda posible actividad específica del sujeto cognoscente que no fuese la de poner en ejecución el lenguaje. Para sostener esto, sin apartarse de los beneficios de la experiencia, establecieron una clara distinción entre *los juicios sintéticos* (que caracterizan el conocimiento experimental) y *los juicios analíticos* (concebidos como estructuras tautológicas). El proceso de conocimiento podría entenderse como una actividad tendiente a establecer diferentes maneras de articulación de esos dos tipos de juicio.

Esa distinción presentó, sin embargo, problemas que a la larga resultaron irresolubles. Pero mientras duró la vitalidad y la convicción de sus primeras investigaciones, el prestigio de esta epistemología tuvo una importancia estratégica en la divulgación de las metodologías y técnicas cuantitativas. Hasta tal punto que, en lo que va del siglo, el positivismo lógico fue uno de los principales responsables del imperio de las matemáticas y de la lógica como lenguajes privilegiados de todas las ciencias, incluidas las ciencias del hombre. Y ese predominio fue facilitado por la propia ideología espontánea de los productores de ciencia.

El sentido común de los científicos sociales acompañó y avaló esta prédica del positivismo lógico. Para dicho sentido común, siempre resultó espontáneamente atractiva la utopía de una científicidad en la que fuese imposible introducir

“incertidumbres subjetivas”; como las que produce la aceptación de que el sujeto interviene en la construcción del objeto de conocimiento. Como consecuencia del éxito que durante tanto tiempo tuvo esta ideología, la estadística y los métodos y técnicas de investigación fueron alentados a dirigir sus mayores esfuerzos en esa dirección, produciendo en los científicos una especie de vértigo hipnótico procedente del maravillosamente claro y distinto universo de sus construcciones matemáticas^{25/}; en él parecía llegarse a la preciada desaparición de todo vestigio de la arbitraria subjetividad. Ese prestigio de las técnicas cuantitativas fue llevando a olvidar que fueron los propios investigadores —o (peor aún) que fueron otros, de quienes las copiaron— los que construyeron las categorías que conformaron los datos que ellos introdujeron en sus computadoras. La defensa que, ante esa sofisticación metodológica, pudieron establecer los defensores empiristas de la historia de vida fue escasa y destinada al fracaso. El muestreo estadísticamente representativo y la encuesta tenían todas las de ganar.

El actual desarrollo del pensamiento en las ciencias sociales le debe muchas de sus actuales certezas y usos a las posturas asumidas por el positivismo lógico. Como balance de esa influencia es indispensable reconocer que hubo sobre ellas un efecto indudablemente positivo en cuanto a la prédica tendiente a anular las oscuridades provenientes de un uso poco claro del lenguaje. Sin embargo, terminó en fracaso el intento de encontrar un conjunto de estructuras lógico-matemáticas coherentes que permitiesen extirpar del proceso cognitivo toda intervención de los condicionantes histórico-culturales del proceso cognitivo^{26/}. Más aún, la empresa de anulación rigurosa de la subjetividad e historicidad del proceso cognitivo llevó a problemas sin solución al menos en dos campos.

El propósito de basar las proposiciones generales en enunciados elementales, empíricamente fundados, chocó con la imposibilidad de encontrar distinciones^{27/} y traducciones rigurosas entre lo teórico y lo empírico^{28/}. Y la tendencia a establecer proposiciones universales tropezó con la imposibilidad de encontrar formas de verificación adecuadas.

²⁵Tal llegó a ser la utopía de Bachelard, por ejemplo. Para un comentario sobre este tema, Cf. Braunstein, N y Saal, F; 1982.

²⁶Un ejemplo clásico de las proposiciones del empirismo lógico puede encontrarse en los artículos reunidos en Encyclopaedia of Unified Science.

²⁷En cuanto a la distinción, es inevitable reconocer que toda percepción de hechos es ya interpretación; en cuanto a la traducción, nunca las proposiciones observables son lo observable.

²⁸Las proposiciones observables no dejan de ser proposiciones y mantienen su separación con lo real.

Por último, al despreciar lo que no es verificable, con el pretexto de desecharla la metafísica, el positivismo lógico redujo los alcances posibles de la tarea de investigación. La simple deducción permite comprobar la consistencia lógica de un silogismo, pero no asegura nada respecto de la certeza de las premisas ni abre el campo a ese ejercicio de la imaginación creadora que puede acertar en el descubrimiento de nuevas esferas o explicaciones de lo real.

Esa fue, al fin, la conclusión a la que también llegaron los más lucidos representantes del positivismo lógico. Dedujeron finalmente que no hay una teoría aceptable de la observación que permita romper la fisura existente entre pensamiento y realidad. La propuesta de Carnap sobre la necesidad de que un enunciado sea traducible a lenguaje empírico obtuvo de Scheffler una refutación definitiva: la traducción a un lenguaje empírico es para verificar, pero en la medida en que esa verificación ocurre necesariamente en el campo del pensamiento, lo que se llega a verificar es la coherencia entre enunciados y no su realidad empírica. Siguiendo ese razonamiento, Hempel aceptaría luego que es el experimento el que fija las condiciones de su verificación, con lo que reintrodujo, con toda su fuerza, la aceptación del ineludible aspecto subjetivo de todo proceso de conocimiento.

No se trata de negar, es bueno dejarlo claro, que el razonamiento y el lenguaje de las matemáticas sean de insustituible utilidad en la investigación en las ciencias sociales. Muchas veces puede ocurrir, por el contrario, que ése sea el único lenguaje adecuado para manipular cierto tipo de información o, aún, para descubrir ciertos rasgos del objeto. Tal es, por ejemplo, lo ocurrido en el caso de la física donde, según Bachelard (1980: 103-112), en las matemáticas se encontró el instrumento que permitió a los científicos eludir esas “evidencias de lo empírico” que durante mucho tiempo habían cumplido el rol de aniquiladores de toda indagación.

De lo que en cambio se trata, es de repudiar la fetichización de esa forma de razonamiento mediante la que llega a olvidarse que también en la manipulación cuantitativa hay un salto a lo simbólico (y por ende a la intervención del sujeto) que no puede ni debe ocultarse tras la fascinación del número ²⁹/. Si esa trampa tiene éxito, se está ante una especie de versión invertida del problema aludido por Bachelard; en esta oportunidad es el deslumbramiento ante la exactitud matemática lo que sirve de velo que oculta la presencia del sujeto en el conocimiento. Con ello, como

²⁹Además, el uso generalizado de los métodos estadísticos obliga a preguntarse: ¿Hasta dónde la lógica aditiva de las matemáticas sirve para representar las complejas interrelaciones de lo social? ¿No será conveniente pensar que la lógica matemática es aplicable sólo en ciertas investigaciones sociales pero no lo es en todas; y que ello depende de los niveles de generalidad en que se ubique la investigación? Sobre tales preguntas se volverá en el próximo apartado.

bien se sabe, el empirismo y el positivismo ingenuos demuestran ser los idealismos más a-críticos de todos los existentes.

Esa necesaria participación del sujeto en la relación cognitiva fue postulada por varias corrientes que reaccionaron contra el reduccionismo lógico del Círculo de Viena. Piaget, por ejemplo, afirma en uno de sus escritos:

En diversas oportunidades hemos insistido respecto de la necesidad de recurrir a la psicogénesis, sea cual fuere el método epistemológico utilizado. La razón general de ello radica en que, contrariamente a la lógica, cuyo campo no es otro que el de la validez formal, la epistemología trata de las relaciones entre el sujeto y los objetos (Piaget; 1970:112)

No es el propósito de este trabajo explorar el conjunto de las consecuencias epistemológicas que se desprenden de este postulado; pero es obvio que si el proceso teórico —incluyendo en él la propia conformación del dato— es un proceso que ocurre sólo en el plano del pensamiento; si su materia misma es la subjetividad (o la intersubjetividad posible en los marcos más o menos laxos de un mismo paradigma), lo que queda no es iniciar un vano intento de eliminarla, sino por el contrario, asumirla a fondo como forma de controlarla; no es la cirugía sino la inmunología la mejor forma de tratar con ella. Como se verá, es esto lo que permite la historia de vida. Pero antes de llegar a la discusión sobre algunos de los principales méritos y dificultades implicados en la producción de las entrevistas es necesario discutir el encuadre teórico metodológico en el que su uso cobra sentido.

CAPÍTULO 2 ENCUADRE EPISTEMOLÓGICO Y LAS PREGUNTAS DE MI INVESTIGACIÓN

En el capítulo anterior hice una reseña de algunos de los principales momentos en la evolución de la historia de vida. Esa revisión me permitió mostrar cómo el predominio empirista y positivista en las ciencias sociales de la primera mitad de este siglo impidió el uso óptimo de la historia de vida. Mostré cómo, durante una etapa bastante prolongada de la investigación sociológica occidental, la historia de vida se limitó a ser un instrumento auxiliar; por lo que no se le prestó la misma atención que obtuvieron las técnicas cuantitativas.

Si bien ese uso limitado permitió algunos refinamientos técnicos, sobre todo en el área de los “controles de confiabilidad” ^{30/} el resultado final de esa puesta a punto no siempre fue positivo para el desarrollo de esta técnica. Debido al predominio empirista en los encuadres epistemológicos desde los que se hacían tales retoques, sus resultados fueron ambiguos. Al tiempo que los nuevos controles florecían, se continuaba confirmando la doble insuficiencia que era atribuida a la técnica: su carácter extremadamente subjetivo y la imposibilidad de integrarse en estudios con muestras representativas.

A causa de estas contradicciones la investigación mediante historia de vida estuvo muy lejos de explotar **todas** sus posibilidades heurísticas. Fue recién con el ocaso del paradigma impuesto por el empirismo lógico que fue posible demostrar cómo las limitaciones que se le atribuyeron no eran el efecto de sus deficiencias intrínsecas sino una secuela de los errores de perspectiva (esto es: del “encuadre epistemológico”) de sus cultores. Alterada la óptica, la subjetividad ya no sería una traba sino un elemento natural de todo proceso de conocimiento y si ya no era la cirugía sino la inmunología el modo de bregar con la subjetividad, la historia de vida recuperaría sus laureles debido a su especial capacidad para hacer posible esa inmunización. Con la crítica a esa rémora empirista y positivista se abre un aspecto del razonamiento sobre el uso de historias de vida que será el que desarrollaré en el

³⁰Para una revisión sobre los temas abordados mediante el uso de los relatos de vida ver “Introducción” en Bertaux; 1983.

capítulo cuarto ^{31/}, pero antes es necesario abordar otros aspectos teóricos y metodológicos más generales.

Es por eso que las dos tareas que a continuación emprenderé serán: 1) exponer el contexto teórico-epistemológico dentro del cual utilicé, en mi investigación, la historia de vida, lo que me llevará a poner en discusión los límites del razonamiento hipotético deductivo desde una perspectiva metodológica de tipo constructivista, y 2) dar a conocer los principales rasgos de la investigación a la que habré de referirme como ejemplo ^{32/}.

A.- REALIDAD Y CONOCIMIENTO EN EL PROCESO DE RECONSTRUCCIÓN

En la última década han surgido varios enfoques que han contribuido a poner en jaque la hegemonía, todavía hoy casi indiscutida, del método hipotético deductivo en la investigación social. El más sugerente de esos enfoques ha sido el llamado “constructivismo”; dentro del cual uno de los primeros representantes latinoamericanos ha sido el Dr. Hugo Zemelman.

Entre las proposiciones metodológicas hechas por este investigador, la construcción de los “conceptos ordenadores básicos” es un momento clave en la construcción del objeto ^{33/}. En este capítulo retomaré parcialmente los aportes de esa metodología, aunque insertando sus propuestas en un paradigma teórico bastante diferente al utilizado por el teórico chileno. Mi preocupación estará dirigida a pensar en la selección de los *conceptos ordenadores básicos* en investigaciones basadas en el uso de historias de vida. Tomando como trasfondo la investigación antes aludida, el doble propósito de esa exposición será: a) explorar la utilidad de dicho enfoque en investigaciones en las que se usa esa técnica de investigación y b) estudiar las formas en que podría ser aplicado en investigaciones sociológicas.

Si se acepta que lo común de los hechos históricos se estructura como parte (sólo analíticamente diferenciable) de los universos particulares ^{34/}, el estudio de un proceso social no puede ser el equivalente de una deducción desde la teoría hacia el hecho. El caso singular no debe ser considerado como un simple paso al acto de una idea universal. Por el contrario, el objeto del conocimiento histórico-social debe ser

³¹Ver las páginas 79 y ss.

³²Sobre la conexión entre teoría, método, técnica e investigación, véase Bourdieu, P.; 1979.

³³Para una exposición completa de esa perspectiva y una definición de “conceptos ordenadores básicos” véase Zemelman, 1987 y 1989.

³⁴Esto es, lo común a todas las cosas agregado a lo específico de cada una de ellas.

pensado como un caso específico, en el que las imágenes teóricas tienen que ser cada vez **producidas**; tanto en lo que guardan de semejanza como en lo que son diferentes a los otros casos. En rigor, no hay conceptos ni hay teoría desde los cuales pueda ser deducida una hipótesis que pretenda ser **verificada** en el caso singular: la teoría es una producción constante que debe recomenzar en cada investigación.

Con el propósito de crear una estructura de razonamiento capaz de estimular la actividad creadora y el más original descubrimiento de lo real, Zemelman (1988) ha propuesto una interesante guía metodológica. Uno de sus postulados esenciales es la separación entre lo que él llama las funciones epistemológicas ^{35/} y teóricas de los conceptos.

En su función teórica, los conceptos participan de una sistematicidad global que pretende hacer afirmaciones válidas sobre toda aquella porción de realidad que ha tomado como objeto. Desde este punto de vista, la teoría presenta una imagen acabada del hecho. Pero, en la medida en que cada hecho social (conceptualmente configurado) establece su realidad de una manera singular, aquella imagen acabada, más que abrir paso a la investigación, lo que hace es obturarla; ya que lo real sólo es visible cuando ha sido invocado por una pregunta ^{36/}. De allí que sea necesario encontrar un método que permita abrir el campo de las preguntas y de las hipótesis, pero que también posibilite la aparición de lo no conjeturado. La simple deducción de las hipótesis (sobre todo si ellas se establecen a partir de un único marco teórico) pondrá al investigador en contacto sólo con aquella parte de lo real que le es previsible. No con el resto.

A diferencia de aquellos conceptos usados desde una perspectiva teórica, la misión de los conceptos empleados desde una perspectiva epistemológica es abrir el campo de la percepción. Esa apertura hace posible la captación de lo que no podía ser previsto por no ser algo deductible de la anterior organización conceptual.

Tal como Weber lo afirmara, toda teorización es una ventana que se abre sobre el devenir infinito (y para nosotros informe) de lo real ^{37/}. Cada perspectiva teórica siempre contendrá, como su eje y punto de partida, una toma de posición del

³⁵ A lo que yo mejor llamaría “función heurística”, para enfatizar esa procura del descubrimiento que tienen en este caso los conceptos ordenadores.

³⁶ Dado lo difícil que es el concepto “realidad”, vale la pena recordar que el reconocimiento de la existencia de lo real como algo externo y diferente del concepto no implica que se afirme que es posible predicar algo de esa realidad con independencia de “la idea” (o quizá en este caso sea mejor simplemente decir “la subjetividad”) que conforma la percepción.

³⁷ “...únicamente mediante la premisa de que sólo un parte finita de la infinita multitud de fenómenos está plena de significado...” (Weber; 1978: 71). Sobre el mismo tema véase también Adler, M. (1976); Autores Varios (1981); Bianco, d. F. (1981); Weber, M. (1978). Lo “real” lacaniano tiene una entidad semejante (cf. Lacan, J. y otros; 1975).

investigador en el campo de los valores. Lo que lleva a cualquier teórico a privilegiar un determinado territorio de conocimientos por sobre otro es una singular configuración valorativa; mientras que lo que lo conduce a delimitar su objeto no será una supuesta emanación de las determinaciones puras de lo real sino el efecto de un compromiso entre ese “real” y lo que, para simplificar, se podría denominar “sistema perceptivo”, compuesto de sensaciones discursivamente estructuradas mediante la organización de un campo conceptual. Cada una de las perspectivas teóricas existentes —más allá de sus mistificaciones ideológicas— posee algo del secreto de lo real; al menos, mientras esa construcción teórico/ideológica no sea una elaboración absolutamente delirante y arbitraria.

En el momento de construir los primeros esbozos del objeto de investigación, la ausencia de esas perspectivas puede restar al investigador el conocimiento de facetas que podrían ser de gran importancia. Por eso, si al principio el investigador debe **abrir el campo problemático** ^{38/} tendrá que **detectar y recuperar al menos una parte de esas ópticas diversas** ^{39/}. Para ello se deben usar, en forma simultánea, los instrumentos conceptuales provistos por abordajes diferentes.

Antes de continuar es indispensable advertir que, al proponer una apertura de ese tipo, no pretendo participar de una nueva mitología en la que el investigador aparece como un sabio ilimitado, capaz de disolver sus propios límites haciéndose cargo de todas las comprensiones existentes en la humanidad. Es evidente que al evaluar las teorías desde las cuales desprender los conceptos ordenadores sólo podrán ser evaluadas **algunas** interpretaciones. Pero lograr que sean más de una las teorizaciones consultadas permite ese efecto de apertura que sería imposible sin trasponer las fronteras de las propias convicciones. No trato pues de proclamar que sea la omnisciencia lo que conduzca el proceso de investigación sino, simplemente desear que la investigación sea guiada por una ciencia que se aprovecha del saber de otros para relativizar las propias convicciones. Antídoto inigualable frente al predominio de ciencias religiosa e ignorantemente proféticas y de falaces teóricos autosuficientes.

³⁸Y no, en cambio, cerrarlo mediante una respuesta teórica anticipada.

³⁹Es conveniente enfatizar en que, al proponer una apertura, no se está participando de una nueva mitología en la que el investigador aparece como un sabio ilimitado; capaz de disolver sus propios límites humanos de comprensión haciéndose cargo de todas las comprensiones existentes en la humanidad. Al evaluar las teorías desde las cuales desprender los “conceptos ordenadores” sólo podrán ser evaluadas **algunas** interpretaciones. No será la omnisciencia lo que estará conduciendo el proceso de la investigación sino, simplemente, una ciencia que aprovecha el saber de otros para relativizar sus propias convicciones; buen antídoto a la ciencia ignorantemente certera del teórico autosuficiente.

La necesaria variedad de los enfoques se debe a que, sin la recurrencia a alguna de esas estructuras conceptuales, es imposible cualquier investigación (ya que lo real sólo es cognoscible a través de estructuras conceptuales). Pero el acudir a una sola de esas estructuras impide hasta la sospecha de la amplitud y exacta configuración del universo problemático a ser delimitado durante la elaboración de un objeto de investigación. Trabajar en cambio con desprendimientos de diferentes cuerpos teóricos tiene la ventaja de abrir el campo perceptivo hacia distintos recortes de una misma realidad.

Para lograr ese resultado se debe aceptar que, al combinar diversas perspectivas ^{40/}, los conceptos no serán considerados en su función teórica (esto es: explicativa) sino en su función “epistemológica” (es decir, como instrumentos aptos para la percepción de ciertas facetas del objeto no detectables desde un única óptica). Dice Zemelman, refiriéndose a la función epistemológica de los conceptos:

...consideramos que la función epistemológica no maneja a los conceptos y a las estructuras conceptuales en función de su contenido (a través del mecanismo de la formulación de hipótesis), sino mediante su apertura hacia las múltiples modalidades de concreción de la realidad objetiva. En ese sentido, ningún concepto utilizado en función epistemológica es una afirmación sobre modalidades particulares de concreción, sino que, más bien, implica la posibilidad de reconocer una amplitud de concreciones posibles (Zemelman, 1977: 55-56).

En el momento “epistemológico”, la relación de la razón cognitiva con la realidad no queda determinada por la relación teórica sino por la necesidad de construir objetos en función de lo que Zemelman (1977) llama “un razonamiento articulado”. En la primera fase de la construcción del objeto de investigación es inadecuado, dentro de esa estrategia, el cierre teórico del campo en que se configuran las determinaciones posibles del objeto. Esas múltiples determinaciones no pueden estar contempladas en la teoría pues ésta es, por definición, una postulación de cuál es la articulación de determinaciones que describen o explican al objeto. Tal como propone Zemelman:

La subordinación de la teoría a la forma de razonamiento consiste en no considerar a la teoría, stricto sensu, como el único o más importante punto de partida, sino como elemento que, conjuntamente con el razonamiento, facilita la definición de un objeto (1977: 67).

Si se entiende por “problematización” la construcción del modelo hipotético de un objeto a base de conceptos tomados en su aspecto epistemológico (esto es, como propuesta de un recorte particular de lo real) en el comienzo de la in-

⁴⁰La mayor parte de esas perspectivas guardará algún contenido de verdad en su aspecto descriptivo; aún cuando no sean verificables ni convincentes en el momento explicativo.

vestigación no puede haber ninguna estructuración teórica en busca de verificación. Estrictamente hablando, no se trata de comenzar por hipótesis-a-ser-verificadas sino por modelos-de-relaciones-posibles que, por medio de la investigación, *permitan ir reconstruyendo el segmento de realidad seleccionado como una totalidad interrelacionada y original; siempre abierta a posibles reorganizaciones discursivas mediante otros intentos reconstructivos.*

De todas formas, existen al menos dos razones por las que el simple “diversificar” y “desarticular” de las teorías no puede ser garantía de éxito en la apertura del campo de la creación. Por un lado, por más “desarticulados” que estén de sus cuerpos teóricos, los conceptos siempre tienden a forzar el campo de la percepción hacia los parámetros creados por la teoría madre. Por otro, al hacer la selección de los cuerpos teóricos (desde los cuales elegir los conceptos ordenadores) nuestra selección tiende a estar guiada teórica o ideológicamente ^{41/}. Por eso, la metodología comentada dirige más la atención sobre **la producción de una cierta disposición** del investigador que hacia una prescripción segura del método adecuado.

Este método hace recaer el peso principal de la creatividad en el propio investigador y no en una receta que garantizará la bondad del producto. Será la vigilancia del investigador sobre sus propias tendencias (a dar respuestas antes que hacer preguntas) lo que asegurará el éxito de la empresa.

En lugar de un extenso recetario metodológico, esta propuesta incluye una serie de indicaciones sobre la actitud a tomar y los cuestionamientos a tener en cuenta durante la investigación. En ese contexto, uno de los momentos claves es el de la selección de las teorías a ser desarticuladas: ¿cuáles pueden ser los criterios principales en esa selección?

La experiencia indica que tales criterios son siempre el producto de ciertos supuestos que el investigador debe aclarar al comienzo de su indagación. Lo expuesto a continuación tendrá como objetivo mostrar los resultados obtenidos durante la antes anunciada experiencia de investigación. El modelo debe ser entendido como una conjetura compleja que sirvió para dos usos principales:

- 1) explicitar ciertos **supuestos teórico-metodológicos generales** sobre la relación entre los individuos y la sociedad; que fundaban la posibilidad misma de la utilización fructífera de los relatos de vida y

⁴¹Esto es, socialmente determinada; usando el término en el sentido de “dimensión ideológica” tal como lo usan Silvia Sigal y Eliseo Verón; 1986.

2) seleccionar y elaborar los principales **conceptos ordenadores**; que permitirían definir el primer esbozo de la muestra y apoyar el análisis de los relatos de vida.

El modelo presentado es un armazón conceptual. Su misión —exclusivamente orientadora y conjetural— fue la de funcionar como un instrumento heurístico destinado al descubrimiento de lo singular. La teoría del objeto cobraría una forma definitiva sólo al fin de la investigación.

B.- PLANTEO DEL PROBLEMA EN LA INVESTIGACIÓN TOMADA COMO EJEMPLO

Aunque no es imposible formular una definición general de lo que se entiende por historia de vida (recordé en el capítulo anterior algunas de ellas), debería quedar claro que esas definiciones no agotarán el tema y que, si son tomadas muy en serio pueden, por el contrario, ocasionar confusiones. Frente a toda síntesis generalizadora, el mejor método de compartir un razonamiento sobre el uso de historias de vida es analizar una investigación en la que fuera utilizada: como toda otra forma de artesanía, la historia de vida se aprende cuando se contempla activamente la tarea del artesano ^{42/}, corresponde ahora exponer los principales rasgos de la investigación que tomé como ejemplo.

La investigación aludida se proponía la reconstrucción de algunos de los factores que intervinieron en la constitución de un movimiento social juvenil durante los años '60 en la Argentina.

Con el objetivo de que sea más clara la exposición sobre las premisas teóricas y metodológicas adoptadas resumiré los principales rasgos del planteo original del problema a investigar.

En el momento en que comenzara la investigación, la discusión sobre dicho movimiento social había pasado por dos etapas. En la primera predominaron los análisis “militantes”, provenientes de todos los bandos que habían entrado en la pugna. En esos exámenes de lo acontecido, lo dominante fue una especie de “reduccionismo voluntarista”. Ese reduccionismo tomaba en ciertas ocasiones la forma de juicios morales o intelectuales sobre los protagonistas de ese movimiento. En otras ocasiones, el análisis hacía hincapié en los resultados indeseables producidos por la incapacidad organizativa o política de sus dirigentes. Todos ponían el énfasis explicativo en el nivel de la conciencia de los actores. La pregunta que los guiaba era:

⁴²Sobre una forma muy próxima de pensar la conexión entre teoría, método, técnica e investigación, véase Bourdieu, P.; 1979.

¿por qué la derrota? Esas investigaciones o ensayos dejaban en un lugar muy secundario a las preguntas sobre la genealogía de ese movimiento.

En la segunda etapa incrementó el número de trabajos de corte académico sobre el tema. Entre estos últimos se hizo más frecuente la pregunta sobre los orígenes del movimiento; predominando el enfoque fundamentalmente descriptivo en el caso de los autores extranjeros y principalmente valorativo en el de los argentinos. Los temas más comunes fueron el “origen de clase de los participantes” o una “historia de las ideas” enfocada preferentemente desde la tradición marxista o la nacionalista. Las mayores insuficiencias de estas formas de abordar el asunto se expresaban en tres aspectos principales:

- 1) El tipo de material documental utilizado en aquellas reconstrucciones históricas se limitaba básicamente a las noticias periodísticas y los documentos de las organizaciones políticas.
- 2) Se ponía un énfasis demasiado exclusivo en las llamadas “causas estructurales”.
- 3) Los autores se restringían a pensar el movimiento como un efecto de acontecimientos ocurridos en el período inmediatamente anterior al desencadenamiento de las movilizaciones juveniles de los años ‘60 y ‘70.

Tanto mis lecturas y reflexiones, como mis recuerdos sobre la emergencia de ese movimiento, me hacían dudar sobre el carácter autosuficiente de aquel tipo de documentos en la reconstrucción y explicación de las actitudes asumidas por los participantes del movimiento. Tampoco me era fácil creer en una causalidad tan inmediata como explicación eficiente de aquellas movilizaciones. Por otra parte, acuciado por la necesidad de extraer alguna enseñanza sobre lo sucedido, no me parecían suficientes las explicaciones que se limitaban a enfatizar “los grandes procesos histórico-estructurales”. Por el contrario, consideraba indispensable llegar a comprender por qué personas de orígenes sociales, políticos y culturales tan heterogéneos habían coincidido en decisiones tan semejantes en el campo político.

Tampoco me parecían satisfactorias aquellas versiones que se limitaban a la determinación de “sucesos claves”, ocurridos en períodos más o menos próximos en el tiempo ^{43/}. Estaba convencido de que, además de captar los sucesos desencadenantes (tales como los ocurridos en el nivel de la política mundial u otros acontecimientos políticos o sociales ocurridos en el país) era necesario comprender las

⁴³Una excelente síntesis crítica de una gran variedad de esas explicaciones teóricas de la acción colectiva puede encontrarse en Melucci A, (1976). Tal como se sabe, el método propuesto por Touraine hace unos años, el de la “intervención sociológica” no participa de los problemas recién señalados; pero sólo es posible aplicarlos a la investigación de movimientos sociales existentes en el presente.

“disposiciones” que habían sensibilizado a los actores de tal manera que aquellos acontecimientos funcionasen efectivamente como estímulos. En ese sentido, el primer supuesto general del que partió la investigación fue postulado así:

... las ‘condiciones de posibilidad’ de aquellos movimientos sociales de amplio arraigo es necesario también rastrearlas en el proceso en el que se fueron constituyendo, en los actores, esas ‘disposiciones’ que más tarde serían activadas por el impacto de ciertos acontecimientos. Disposiciones que, en general, se ligan a la experiencia de dos o tres generaciones ⁴⁴/.

Esas insatisfacciones, preocupaciones y deseos me llevaron a concentrarme en el plano de lo micro- sociológico. Sin desechar el encuadre macro-sociológico, decidí poner el eje principal de la investigación en los testimonios de los participantes. Esperaba así: 1) darles la voz a los participantes de ese movimiento; 2) acumular experiencias a partir del análisis de los procesos de identificación que estuvieron en el basamento de las nuevas formas de organización y acción política; 3) captar determinantes menos relacionados con el discurso consciente o con la dimensión más explícitamente político-ideológica de la acción; y por último, 4) reconstruir la génesis de ese movimiento en la experiencia de dos o tres generaciones anteriores ⁴⁵/.

También tuve en cuenta que, para reconstruir en forma adecuada el objeto de investigación, era necesario superar los efectos de esa tradición sociológica que dividía su objeto en dos: un elemento determinante (objetivo), encontrado en alguna de las esferas de la organización social, y sus manifestaciones subjetivas, que eran efectos de los primeros. Desde el punto de vista de mi historia intelectual este era un desafío importante.

En la tradición marxista, de la que provenía, pero también en una buena parte de la sociología europea en este siglo, la versión predominante tendió hacia ese

⁴⁴A la necesidad de explorar en las dos o tres generaciones anteriores para detectar la génesis de una psicosis se refiere Nasio J. D.; 1987.

⁴⁵De esa manera, adoptaba la metodología sugerida por Gramsci para el estudio de los movimientos sociales cuando dice:

"Se podría estudiar en concreto la formación de un movimiento histórico-colectivo analizándolo en sus fases moleculares, lo que habitualmente no se hace porque tornaría pesado el análisis. Se toman, en cambio, las corrientes de opinión ya constituidas en torno a un grupo o a una personalidad dominante. Es el problema que modernamente se expresa en términos de partido o de coaliciones de partidos afines: cómo se inicia la constitución de un partido, de qué modo se desarrolla su fuerza organizada y su influencia social, etc.. Se trata de un proceso molecular, minucioso, de análisis extremo, capilar, cuya documentación está constituida por una cantidad interminable de libros y folletos, de artículos de revistas y de periódicos, de conversaciones y debates orales que se repiten infinidad de veces y que en su conjunto gigantesco representan ese lento trabajo del cual nace una voluntad colectiva con cierto grado de homogeneidad, con el grado necesario y suficiente para determinar una acción coordinada y simultánea en el tiempo y en el espacio geográfico en el que se verifica el hecho histórico.(Gramsci A., 1976)

tipo de postulados en los que se reivindicó el papel determinante de la sociedad sobre la voluntad y conciencia individual ⁴⁶/. Sobre todo en las explicaciones sobre la acción colectiva, esa tendencia siguió normalmente dos líneas:

1) La primera de ellas puso su esfuerzo en la identificación de una serie de recursos sociales que los grupos pugnan entre sí por controlar. Desde esta perspectiva, la identidad de los movimientos se explicaba como efecto de esfuerzos comunes para ejercer dicho control frente a la oposición de otros grupos, que bregan en el mismo sentido o que ya tienen su control establecido sobre los mismos.

2) La segunda, se caracterizó por enfatizar en las vivencias de frustración experimentadas por alguno de los grupos que componen la sociedad. Esas frustraciones podían provenir, por ejemplo, de una pérdida de posiciones en la jerarquía social, o de una pérdida repentina de ciertos privilegios. Dicha frustración lleva a ese grupo a responder agresivamente contra lo que considera causa de esa frustración (Melucci, 1976 y 1982).

En todos los casos, las hipótesis presentadas por esas corrientes teóricas son atendibles y pueden contribuir muy fructíferamente a la explicación histórica. Pero, como se podrá notar, ambas ópticas tuvieron en común la certeza de que la unidad de un grupo se gesta, casi automáticamente, por la presencia de bienes colectivos que los actores defienden o quieren conquistar. Según lo supuesto, esos actores, con **intereses e identidad propios**, son capaces de:

- a) valorizar ciertos recursos y luchar por su control, o
- b) sentirse frustrados y proponerse la lucha contra las causas o los responsables de esa frustración.

La acción colectiva es el efecto de algún de esas opciones.

Aquella episteme fue duramente criticada a partir de la década del setenta, con el refloreamiento de la tradición liberal.

La revalorización de esa tradición tuvo varios ejes. En el campo de la metodología, esa revisión confirmó la radical impugnación del llamado “colectivismo metodológico”; al que se le adjudicó ser una forma moderna del antropomorfismo que reificó categorías analíticas concediendo habla, pensamiento, voluntad y proyecto a entidades colectivas como las clases sociales, los pueblos, etc.. De esa crítica

⁴⁶Esa postura se puede encontrar en las perspectivas marxistas más diversas. Cf., por ejemplo, Adler, M. (1976); Dahrendorf, R. (1974); Gorz, A. (1980); Kautsky, K. (1975); Kautsky, K. (1980); Kautsky, K. (1978); Lenin, V. I. ; Luckacs, G. (1969); Luxemburgo, R. (1980); Marx, K. (1975); Marx, K. (1980); Pereyra, C. (1984); Poulantzas, N. (1976); Poulantzas, N. (1977); Tronti, M. (1971). Tampoco escapan a ésa óptica versiones como la Weberiana u otras corrientes más actuales, cf., por ejemplo, Autores Varios (1981); Guiddens, A. (1979); Hasenbalg, C. A. (1979).

florecieron con bríos distintas manifestaciones de lo que dio en llamarse “individualismo metodológico” ^{47/}. Esas nuevas tendencias fueron ejemplos significativos de la reincorporación de valores liberales ^{48/}; y en particular de dos de sus premisas ontológicas fundamentales:

- 1) los individuos son esencialmente racionales y egoístas y
- 2) es la interacción entre ellos (sea por la producción de un contrato o por la simple acumulación de interacciones) lo que crea la sociedad.

En el campo de la sociología, Olson (1968) fue uno de los defensores pioneros de esa perspectiva. Usando las premisas antes indicadas para refutar al colectivismo metodológico fue uno de los autores que más influencia tuvo en el impulso al individualismo.

Según este cultor de la llamada Nueva Economía Política, la existencia de un **interés o bien común** (sobre el que el colectivismo metodológico basa la explicación social) es absolutamente insuficiente para explicar la participación individual en una acción colectiva. Esto se debe a que, si un bien es **colectivo**, sus beneficios se obtienen **independientemente del grado con el que se haya participado en la lucha por su obtención**. Por lo tanto, siendo fieles a un estricto cálculo de los costos y beneficios que se obtendrán por participar en la acción, nadie se verá impulsado a luchar por ese bien.

Olson explica esta aparente paradoja recordando que, como resultado de un cálculo de costos y beneficios, cualquiera concluirá que: en tanto el bien colectivo es, por definición, algo que todos obtendrán por el mero hecho de ser parte del grupo, los que no hagan nada para obtenerlo lograrán, si ese bien se obtiene, un beneficio gratuito; mientras que el que participó para lograrlo tendrá ese mismo beneficio, pero lo habrá pagado con su esfuerzo y riesgo, por lo que la cuota de beneficio del no participante será obviamente mayor que la del participante.

⁴⁷Escuela que suele coincidir con los defensores de la “elección racional”, corriente metodológica que ha tenido gran influencia en el desarrollo de la filosofía y del pensamiento sociológico de la última década. Parte del axioma de que la explicación de la acción individual es posible sólo si se supone que ésta es siempre guiada por el cálculo de costos y beneficios. Tal es el caso de Weber, M., Popper, K., Olson, M. y Elster, J., por citar algunos de los principales representantes de esta corriente en distintas épocas y raíces filosóficas. Véase sobre este tema, las aclaraciones hechas por Prezeworski, A. (1987) y Leine, A. (1987) y las críticas de Pizzorno, A (1985) y Levine, Sober y Wright (1986). Un comentario sobre esa escuela puede encontrarse en Dieterlen, P.; 1990. Entre los que siguieron reivindicando algunas de las propuestas marxistas el individualismo metodológico dio existencia a lo que algunos bautizaron “marxismo analítico” y uno de cuyos más conocidos cultores es Jon Elster.

⁴⁸Incorporación que entre los marxistas fue facilitada por las manifiestas continuidades existentes entre marxismo y liberalismo en el terreno filosófico. Sobre todo por el común trasfondo utilitario de sus respectivas teorizaciones sobre el tema de "los intereses" individuales o de clase.

Por el contrario, si el bien no se conquista, el no participante nada habrá perdido, mientras que el participante tendrá pérdidas netas por el hecho de haber participado.

En esa medida, la decisión individual más razonable es no participar en la acción, haciendo irrelevante cualquier explicación de la acción colectiva basada en la demostración de que existe un **bien común** que todos pretenden alcanzar y que es debido a ese deseo que todos participan en la acción por conseguirlo.

Como habrá podido notarse, en Olson la acción es conducida por la decisión egoísta y racional de individuos que, antes de actuar, calculan costos y beneficios. Desde este punto de vista, la actuación sólo es posible cuando los actores no obtienen un beneficio como resultado del éxito de la operación sino como resultado **de su participación en la acción**. A esos bienes que se logran como **resultado de la participación** en la maniobra Olson los llamó “beneficios selectivos”.

En esta crítica, el actor ya no es un actor colectivo sino, principalmente, un actor individual. Lo colectivo es el producto de la conjunción de múltiples decisiones individuales. Pero ¿qué es lo que permite esa coincidencia? ¿por qué son apreciados los bienes selectivos hasta el punto de comprometer a los individuos en una acción que puede implicar riesgos?

En los últimos años, Alejandro Pizzorno ha vuelto a enfrentar el problema de la acción colectiva reubicando el tema del origen de los intereses que mueven la lucha y al mismo tiempo criticando aspectos importantes de las teorías individualistas de la acción colectiva.

Incurсионando en un campo muy frecuentado por los teóricos adscriptos al individualismo, el teórico italiano comienza uno de sus trabajos mostrando la incapacidad de los teóricos utilitarios para explicar temas que, como la acción de votar, han sido objeto de muchas de sus preocupaciones. En dicha crítica, uno de los argumentos principales es que, acciones colectivas como la de votar no pueden explicarse como el efecto de un simple cálculo de costos y beneficios que puedan ser evaluados con independencia de la estructura de valores que predomina en la sociedad. Según nuestro autor, desde el punto de vista de la inmediatez del individuo, el costo de esa acción es muy grande si se la compara con el insignificante beneficio que el votante puede obtener de su acción. Desde la perspectiva estricta de una ganancia inmediata la acción es, por el contrario, sumamente irracional. No lo es, en cambio, si se interpreta la valoración individual como parte de una estructura valorativa de tipo social en la que la propia actuación sea valorada positivamente y

constituya en sí misma un valor. Según Pizzorno, ha de ser esa estructura valorativa lo que, al mismo tiempo, permite entender:

- 1) los conceptos políticos de bien e interés individual y
- 2) el tipo de racionalidad que puede atribuirse a la acción que emprenden los individuos de acuerdo a esos intereses.

Su argumento clave es que todos los “bienes” que orientan las acciones colectivas, sean colectivos o individuales, sólo toman tal carácter cuando son reconocidos como bienes por la colectividad a la que su portador pertenece y que es la colectividad la que permite a los individuos tener criterios que le faciliten criterios valorativos concernientes a lo deseable o indeseable de un objetivo. El dinero, por ejemplo, es un bien sólo cuando es reconocido en la colectividad dentro de la cual se lo quiere hacer circular.

Algo semejante ocurre con la noción de interés. Para Pizzorno, no es posible que en la acción colectiva sean determinantes los criterios exclusivamente individuales de lo que es el interés de cada uno de los participantes. Debido a que todos vivimos en situación de información imperfecta, la posibilidad de que un agente tenga certeza sobre cuál puede ser su interés en una determinada situación (sobre todo si los efectos pueden percibirse en el largo plazo y en relación a contextos complejos) depende de los criterios que comparte con la colectividad a la que pertenece: es dicha colectividad la que le asegura que los criterios por él utilizados son los adecuados. Por eso es que Pizzorno primordialmente explica la participación individual en la acción colectiva como el producto de la necesidad individual de insertarse y fortalecer los trazos de ciertas identidades colectivas en las que son posibles sus opciones. Tales identidades son indispensables para certificar la credibilidad y permanencia de los valores a los deberá ajustarse el cálculo individual sobre los posibles costos y beneficios de la acción.

Si la acción colectiva es entendida como una acción tendiente a confirmar la pertenencia del actor individual a un cierto grupo, ese acto de participar es un fin en sí mismo y por lo tanto un no-costo. De allí su racionalidad. Si la acción colectiva **no es un costo** y en cambio ella permite el beneficio de un contexto en el que sea posible prever las condiciones de otras acciones, la participación en la acción colectiva siempre será racional.

Como puede verse, Pizzorno no niega que los individuos calculen racionalmente de acuerdo a los costos y beneficios que les producirá su acción. Lo que niega es el carácter a-social de la definición de lo que es un costo y lo que es un beneficio. Según el teórico italiano, es sólo asumiendo activamente la participación

en el núcleo social (en el que se definen los valores que permiten decidir sobre la racionalidad de las acciones individuales) que se puede pensar la participación en la acción colectiva como el efecto de un cálculo de costos y beneficios (Pizzorno, 1985: 24-37).

Mediante su crítica de las teorías individualistas y utilitarias Pizzorno llega a la conclusión de que:

...no se puede tener el concepto de utilidad sin implicar el reconocimiento intersubjetivo de los valores que conducen a esa utilidad y por consiguiente los procesos de satisfacción de las necesidades varían según las diferentes identidades colectivas que las sostienen (que las reconocen). [...] el cálculo por parte de un individuo de los efectos de una cierta acción es posible, al menos sin grandes dificultades, sólo si los costos y los beneficios de las mismas son bastante cercanos en el tiempo. Si el cálculo se realiza para un largo período de tiempo, y debe considerar consecuencias inciertas de la acción a emprender, no es demostrable que el individuo permanezca idéntico a sí mismo en el campo, inmutados sus perfiles de preferencias y sus criterios para calcular el valor de los costos y beneficios. Cada experiencia humana no ligera confirma cuán amenazada está esa identidad. La seguridad de la misma, su estabilidad, son buscadas en una identificación colectiva —el individuo puede percibirse idéntico en el tiempo sólo si otros lo perciben así... (Pizzorno, 1985, 2:28)

Si la participación en la acción contribuye a que el individuo se integre en esas identidades colectivas, su acción es racional.

La misma necesidad de fundar ese carácter social de la identidad individual ocurre al estudiar el carácter de los "beneficios selectivos" (propuestos por Olson como clave para explicar la acción colectiva). Dinero o prestigio únicamente pueden tomar los rasgos de beneficios selectivos si el auto-reconocimiento e identidad del individuo se asienta en sus interacciones con otros miembros de su comunidad. La vigencia de esos beneficios selectivos sólo puede explicarse si el individuo es pensado como un ser socialmente conformado. Esto es, como resultado de las relaciones sociales en las que se inserta y no, a la manera del individualismo, como un supuesto previo a toda sociabilidad.

Ese mismo criterio es sustentado por un autor que, como Prezeworski, se ha visto atraído por la posibilidad de usar las técnicas del individualismo metodológico en el análisis de la acción colectiva. Refiriéndose a la tradición gramsciana, el escritor polaco dice:

De acuerdo con esta concepción, la política no se ocupa únicamente de quién obtiene qué, sino, ante todo, de quién es quién; no sólo de una arena sino de un ágora. La identidad colectiva se está transformando —configurando, destruyendo y moldeando de nuevo— continuamente como resultado de unos conflictos en el curso de los cuales los partidos políticos, escuelas, sindicatos, iglesias, periódicos, ejércitos y grandes

empresas se esfuerzan por imponer una forma concreta de organización de la vida de la sociedad. La relación entre los lugares que ocupan los individuos en la sociedad y su resultado histórico es pues el resultado histórico y contingente de unos conflictos: los conflictos en torno a si algo es una fuente de satisfacción o si es admisible un determinado tipo de acción, o si un objetivo parece estar al alcance (1987: 106-107).

Aún para un teórico como Prezeworski, con claras influencias individualistas, las luchas tienen como resultado la formación de identidades y, normalmente, de identidades que resienten la heterogeneidad de las propuestas en lucha, reflejándolas en formas variadas en su propia constitución. Si se tiene en cuenta esto, ya no es suficiente preguntarse cómo se forman las preferencias individuales. También es necesario preguntarse desde qué punto de esa heterogénea y complejamente estructurada identidad es que el individuo trae a su consideración las preferencias que lo orientan en el ejercicio de su elección racional.

Por último, y en estrecha relación con lo hasta ahora señalado, el propio concepto de acción racional debe ser menos ingenuamente postulado.

No hay una sola forma de razón ^{49/}. Es conocida, por ejemplo, la distinción weberiana entre “acción racional con arreglo a fines” y “acción racional con arreglo a valores”. Cada una de ellas refiere a un tipo distinto de racionalidad y presenta cuadros analíticos cuyos efectos sobre la interpretación de las conductas individuales y sociales son sumamente diferentes.

Tal como lo interpreta Nora Rabotnikof:

La racionalidad con arreglo a fines refiere fundamentalmente a la ponderación de los medios, la relación medios-fines y fines-consecuencias. En la racionalidad con arreglo a valores, en cambio, el énfasis recae en la conformidad con imperativos o exigencias a las que se les atribuye un valor absoluto (1989: 141-142).

Como se podrá deducir de esa lectura, en la que se recuerda la conceptualización weberiana, el tema merece un desarrollo que puede hacer del concepto razón algo mucho más complejo e interesante de lo que es en el individualismo metodológico. Sobre todo si se piensa en las posibles combinaciones entre diferentes formas de racionalidad y su incidencia en la acción individual.

Lo mismo ocurre si se introduce la otra dicotomía weberiana: “racionalidad formal-racionalidad material”; y mucho más apasionante y compleja se convierte la investigación si, junto a esos tipos ideales weberianos, se incorpora al análisis la dicotomía consciente - inconsciente y la distinción entre fines individuales y fines sociales.

⁴⁹Pese a su importancia, este tema excede totalmente los límites asignados a este trabajo. Un comentario sobre las actuales investigaciones sobre la cuestión puede encontrarse en Gargani, A.; 1983.

Entre otros efectos de esa combinación podría encontrarse, por ejemplo, que lo que para el actor puede aparecer como una decisión racional con arreglo a fines, para el observador puede en cambio presentarse como una decisión inconscientemente estructurada con arreglo a valores. Y lo que para un actor puede presentarse como una decisión racional con arreglo a fines sociales, para un observador puede ser interpretable como una decisión con arreglo a fines individuales. Distinción que se presenta, por ejemplo, en la historia narrada en el Apéndice. Allí se encuentra, por un lado, la versión del testimoniante según la cual su padre había tomado una decisión con arreglo a fines sociales. Al mismo tiempo, el observador puede detectar el oculto carácter de acción racional con arreglo a fines personales, captable mediante la evaluación del lapsus del hijo y el síntoma depresivo manifestado por el padre, corroborado luego por su muerte y la interpretación filial de la misma.

La virtud de la historia de vida como técnica de investigación es su apertura a la captación de esta compleja gama de determinaciones en las que es preciso navegar para comprender la acción humana, pero para que esa misión sea posible es necesario replantear con mayor profundidad cuál es el tipo de relación que se establece entre la conformación individual y el entorno social en el que ella ocurre. Tal es la tarea a emprender en el próximo capítulo.

CAPÍTULO 3

SUPUESTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS

Como dijera en el capítulo anterior, al comenzar la investigación estaba convencido de que la comprensión del movimiento que me proponía analizar sólo podía lograrse si encontraba un camino para explicar la manera en que se construyen las representaciones individuales y colectivas que organizan e impulsan la acción. Esas representaciones me permitirían discernir, a la vez, la forma en que los actores se representaron sus relaciones con el mundo circundante y las vías por las que llegaron a convencerse de que aquellas, y no otras, debían ser sus formas de reacción.

Reviviendo con cierta ingenuidad el largo debate sobre las ideologías desarrollado durante todo este siglo, Denise Jodelet planteó ese tema de una manera meridianamente clara. En su texto sobre Las representaciones sociales afirma:

Generalmente se reconoce que las representaciones sociales, en tanto sistemas de interpretación que regulan nuestra relación con el mundo y con los otros, orientan y organizan las conductas y la comunicación social. De la misma manera, intervienen en procesos tan distintos como la difusión y asimilación de conocimientos, el desarrollo individual y colectivo, la definición de las identidades personales y sociales, la expresión de los grupos y las transformaciones sociales.

En tanto fenómenos cognitivos, reúnen la pertenencia social de los individuos con sus implicaciones afectivas y normativas, con la interiorización de experiencias, de prácticas, de modelos de conducta y de pensamiento socialmente inculcados y transmitidos por la comunicación social a la que están ligados. De esta manera, su estudio constituye una contribución decisiva a la comprensión de la vida mental individual y colectiva. Desde este punto de vista, las representaciones sociales son tratadas a la vez como el producto y el proceso de una actividad de elaboración psicológica y social de esa realidad. Es decir, que uno se interesa por una modalidad de pensamiento, bajo su aspecto constituyente—el proceso— y bajo su aspecto constituido —el producto o contenido. Modalidad de pensamiento que obtiene su especificidad de su carácter social (Jodelet, 1989: 37).

La investigación iniciada pretendía reconstruir aquellas representaciones mentales que habían organizado la actuación de los participantes del movimiento social antes indicado. La apuesta en juego fue que las historias de vida contribuirían de manera clave en esa reconstrucción. Pero para hacer posible su interpretación era menester retomar a la vez temas como los propuestos por Pizzorno y que me encargara de sintetizar al final del capítulo anterior.

El planteo del autor italiano, sin embargo, abre la controversia sin ir a fondo en la investigación sobre la forma en que se produce la relación constitutiva de los individuos con su entorno. Pese a la agudeza y seriedad de la solución propuesta por el teórico italiano, queda sin embargo por preguntar si la información imperfecta, o los posibles cambios de las identidades individuales en el curso del tiempo, son suficientes como explicación de la necesaria la participación individual en el consenso de ciertos grupos como forma de organizar su acción. Creo que no. Por el contrario, pensar más profundamente la relación entre identidades individuales y colectivas obliga a profundizar en el análisis de la interacción existente en la formación de ambas en el curso histórico. La argumentación expuesta en este capítulo pretende abrir un cuadro explicativo más completo presentando nuevas maneras de pensar el asunto y dando un espesor aún mayor —y más útil para el trabajo emprendido en este libro— a la crítica del individualismo que emprendiera el autor italiano.

Dada la importancia de la cuestión individual en el uso de historias de vida, la crítica debería proveer de puntos de apoyo para enfrentar dos problemas básicos de la conceptualización individualista: por un lado, la idea de un individuo homogéneo y absolutamente idéntico a sí mismo, que actúa como garantía de la racionalidad de sus decisiones y, por otro, la definición del concepto “razón” como un simple cálculo de costos y beneficios en el que, de hecho, se adjudica al decisor —como supuesto metodológico muy difícilmente justificable— la potestad de una información perfecta, en la que no parecen existir errores que introduzcan elementos impredecibles en el estudio de la acción social. Este tema será retomado en el texto dedicado al análisis de las historias de vida. En este capítulo podré en cambio sugerir un enfoque alternativo para la primera es esas cuestiones aclarando cuáles fueron los supuestos teóricos que organizaron la metodológica de la investigación.

A. EL INDIVIDUO Y SU TRAMA

Como se viera en el primer capítulo, la historia de vida está lejos de haber sido acabadamente elaborada en cuanto instrumento para la investigación sociológica; por ello, la principal pregunta, que guió la construcción del instrumento heurístico, versó sobre la relación que podía establecerse entre los testimonios personales y el movimiento social que se pretendía reconstruir. De esa forma la indagación se instaló desde el comienzo en el campo de la antigua discusión sobre la relación entre individuo y sociedad ⁵⁰/.

⁵⁰En los últimos años, esa problemática fue nuevamente puesta en discusión por los modernos exponentes del “individualismo metodológico”. Ver nota 47.

A diferencia de lo que suponen los defensores del individualismo de origen liberal⁵¹/, el individuo está lejos de ser esa esencia fundante capaz de explicar las formas de la sociedad sin ser explicado por ella ⁵²/. Muy por el contrario, el individuo es el producto de una determinada forma de existencia de la sociedad. Forma sumamente reciente; ya que la generalización de la individuación es parte de las transformaciones sociales que, aproximadamente desde el siglo XV en adelante ⁵³/, habrían de conducir a la constitución del capitalismo moderno. Marx (1977) se refería a ese origen social de lo individual cuando dijo que **el hombre sólo se individualiza en sociedad**. Aceptando ese axioma, en un informe de aquella investigación que estoy comentando sostenía que:

...las formas típicas de la moderna 'psicología individual' —sobre la que se deberá razonar para hacer útil el testimonio de historia de vida ⁵⁴/— no son otra cosa que un efecto de las relaciones sociales en las que el hombre moderno se inserta al nacer; por lo que entre individuo y sociedad no hay ruptura, ni superposición, ni relación unilateral de causa a efecto. Hay, por el contrario, una compleja sustancia común. Si esto es así, se podrá fácilmente entender a cada uno de los testimonios como un testimonio de la sociabilidad que lo constituye (Saltalamacchia, 1989: 87).

Tal fue el principal supuesto que la tradición marxista de pensamiento aportó a mi investigación. Pero ese aporte se limitaba a mostrar el hecho sin aportar explicaciones convincentes.

Es cierto que la investigación histórica puede servir como fundamento a la idea de que el ser humano varía en su constitución al ir variando el tipo de relaciones sociales en las que se socializa. Esa es la vía analítica de Marx y sus continuadores. Pero tal estrategia no provee las razones teóricas que permitan explicar satisfactoriamente la mecánica de esas transformaciones. Con la comprobación de esta ausencia, se abría un campo problemático que me obligaba a recurrir a otro universo

⁵¹Sobre el individualismo en general ver Birnbaum, P y Leca, J.; 1986 y Lukes, S.; 1975.

⁵²Una revisión reciente de la bibliografía sobre este tema de la relación individuo/sociedad puede encontrarse en Burkitt, I, 1991.

⁵³En todo caso era una subespecie reinante sólo en las alturas del poder social y particularmente entre las ciudades comerciales de Italia; sobre todo a partir del siglo XV. No era conocido, por ejemplo, en la misma época, en la mayor parte de las ciudades germanas. Cf. Hale, J. R. (1980); Von Martin, A. (1977); Cassirer, E. (1980); Ogg, D. (1981). Sobre este tema hice una fundamentación más elaborada en Saltalamacchia (1989; parte II; cap. 1).

⁵⁴Con motivo de tratar de entender como es que ocurre la interrelación entre “individuo” y “sociedad”.

teórico. Decidí por ello desarrollar una versión libre del psicoanálisis ^{55/}, particularmente el lacaniano ^{56/}.

Esa recurrencia a la teoría psicoanalítica, para completar la explicación sociológica, no es una novedad. Sin ir muy lejos, Talcott Parsons hizo un uso productivo de tal teoría en su propuesta de interpretación social. Sin embargo, la subsistencia de la concepción liberal —sobre todo el supuesto de un individuo en esencia egoísta y racional— condujo a que Parsons pensase que la influencia de lo social en lo individual puede ser representada como una especie de “colonialismo”; en que el “super yo” aparece como una incrustación autoritaria en la espontánea libertad del “ello”. En el sistema de Parsons, la presencia súperyoica asegura la preeminencia del mandato de lo social sobre los egoísmos personales; pero, así pensadas las cosas, lo social y lo psicológico fueron imaginados como dos-mundos-diferentes-puestos-en-relación; modelo en el cual “individuo” y “sociedad” aparecían como esencias irreductibles. Ese privilegio que Parsons atribuía al concepto “super yo” deriva de una concepción en la que lo social aparece como una entidad principalmente normativa, que se impone a los individuos fijándoles ámbitos dentro de los cuales su actividad pasa a ser funcional para la vida social.

Estimulado por la crítica al esencialismo ^{57/} (dominante en varias de las corrientes teóricas divulgadas en los últimos diez años) me propuse comprender más a fondo, desde una versión distinta del psicoanálisis, aquella afirmación según la cual “el hombre es un conjunto de relaciones sociales”. La teorización lacaniana se ajustaba bien a esa necesidad. A diferencia del estructural funcionalismo, la teorización lacaniana propone una explicación donde lo social ocupa una posición mucho más profunda —y a la vez no únicamente negativa— en la constitución del individuo. El privilegio del Otro cultural ^{58/} en la estructuración del sujeto humano —como sujeto del inconsciente— cumple, desde esta perspectiva, una posición clave. Me propuse entonces aprovechar esa corriente teórica.

⁵⁵Elección en la que, por supuesto, no es indiferente el fuerte impulso que dicha versión psicoanalítica a gozado en la Argentina.

⁵⁶Los textos siempre son el lugar de un trabajo productivo y que por ende es difícil no encontrarse con versiones “libres”. La necesidad de enfatizar el carácter libre de la versión se debe a dos razones : 1) mi propósito no es el de los analistas, por lo que se trata de extraer conclusiones para las cuales esos argumentos no habían sido pensados y 2) el carácter muchas veces enigmático del discurso lacaniano unido a otras particularidades sobre las que se refiriera François Roustang (1989), obligan a una tarea de traducción.

⁵⁷Que tomó nuevos bríos en la filosofía occidental luego del re descubrimiento de Nietzsche y Heidegger.

⁵⁸Para una síntesis de la versión clásica sobre el concepto “Otro”, ver Fages (1973) y Massotta (1974). Entre los textos de Lacan, es particularmente importante, desde la perspectiva que aquí se asume, el artículo publicado en el tomo segundo de sus Escritos y que lleva el título de “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”.

No podía olvidar que las preocupaciones psicoanalíticas —específicamente volcadas a comprender el inconsciente individual— le impiden introducirse en una verdadera problematización teórica de esa sociabilidad constituyente ⁵⁹/. Pero, a mi entender, esa limitación debía y podía superarse complementando aquella versión con un encuadre de tipo sociológico. Se trataba de explorar las formas en que ocurre la determinación social en la constitución del sujeto individual ⁶⁰/: de su elucidación dependería la elaboración de los axiomas teórico-metodológicos y, posteriormente, de los “conceptos ordenadores básicos” de la investigación. Para hacerlo era preciso, primero, investigar la propia constitución del universo simbólico en cuyo seno se estructuran los sujetos, para luego esbozar los principales rasgos de la producción social del sujeto del inconsciente y sus diferentes formas de existencia social. Esa introducción me permitiría plantear con mayor certeza los conceptos sociológicos aptos para mi investigación.

B. EL PAPEL DE LO SIMBÓLICO

La importancia de lo simbólico en la estructuración de la conducta humana ha sido reconocida por muchos y desde hace tiempo. En la mitología cristiana, sin ir muy lejos, ese reconocimiento se hizo explícito en el axioma “En el principio fue el verbo” ⁶¹/. En ese dictum la palabra se ubica en los propios orígenes de la humanidad; confirmando la creencia de que el ser humano se constituye **en** y **por** la palabra; haciendo del significante algo coextensivo con lo humano.

En la tradición cristiana se reconoce así, en los hechos, que la legalidad de la lengua interviene, junto con otras leyes y lenguajes del mundo material, en la propia edificación de lo humano; siendo a la vez estructurante de la acción y estructurada por ella, en un permanente intercambio (Lee Whoff, 1841) ⁶²/. Aceptados esos

⁵⁹Pese a la importancia que el psicoanálisis lacaniano le atribuye al aspecto social, lo socio-cultural arriesga ser representado de una manera global e indiferenciada. Como una muestra de la gran dificultad implicada en las teorizaciones estructuralistas sobre “el sujeto” cf. Badiou, A.; 1982.

⁶⁰Una de las discusiones que muchas veces ha enfrentado a diferentes corrientes sociológicas entre sí ha girado en torno a la definición sobre: ¿cuál es el grado de “existencia real” de categorías “colectivas” tales como “clase”, y “estado”? El axioma en el que se fundó mi razonamiento en ese trabajo fue el de que: negar la presencia efectiva —en lo social— de entidades colectivas tales como los antes nombradas es tan falso como atribuirles, a éstas, una existencia independiente de los individuos en los cuales esas categorías adquieren existencia corpórea. Por eso, la única forma en que es posible y conveniente aludir a varias de esas categorías —al menos aquellas que son tratadas en el escrito comentado— es la de que ellas se constituyen como “determinantes de la conducta individual”. Forma específica de existencia de lo social en el individuo y forma específica, también, de existencia de los individuos en la sociedad.

⁶¹En el que se apoya, entre otras, la corriente de pensamiento iniciada por Lacan.

⁶²¿Qué es el lenguaje, en efecto, sino una concreta manera de organizar y de darle sentido al mundo; de tratar de referirse a él y de intentar controlarlo? ¿Qué es el lenguaje, por otra parte, sino la materia prima y el vehículo básico de toda producción cultural, hasta el punto de confundirse con ella? Pero, ¿es el lenguaje reductible a sus formas verbal o escrita? La polémica es aquí abundante. Hay lenguajes del cuerpo que comunican tanto como el verbo y también la materia tiene sus lenguajes. Pero sería por ahora

supuestos es necesario también reconocer que, estar en el interior del mundo simbólico, es inescindible de la participación en el orden que regula las construcciones lingüísticas. Dicho orden (que se suma a otros ordenamientos que regulan la vida social) estructura las conductas al menos por dos vías: 1) fijando los límites de lo real perceptible y 2) determinando las leyes que es necesario acatar para formar parte de esa realidad.

La lengua puede ser vista desde una doble perspectiva. Por un lado, es el lugar en el que se van acumulando ^{63/} las riquezas de toda una experiencia social (Sapir, 1912) ^{64/}. Por otro, es el límite que todos tenemos para lograr una más o menos directa comprensión de lo real ^{65/}. También la mitología se encargó de recordar que esa comprensión nunca es perfecta. El mito de la famosa Torre de Babel es uno de esos monumentos singulares mediante los que el imaginario social fue dejando rastros de la aventura de los seres humanos y sus palabras: búsqueda soberbia de lo sublime frustrada por aquella falla en el lenguaje que impidió, a los audaces constructores, la superación de las fronteras de su humanidad.

Siendo humana, la cultura constituye a los humanos a condición de asegurar, en los límites que le dan forma, su eterna y necesaria castración; es decir, su potencia limitada: sus distancias respecto al mito de Dios; su imposibilidad de comprender y manipular la totalidad; la certeza de que “lo real” (como distinto de lo simbolizado) estará siempre allí, produciendo lo inesperado ^{66/}.

Ese orden de lo simbólico entonces, a la vez crea al sujeto humano y lo limita. Límite al que Lacan se refiere cruzando con una barra (/) la **S** con la que denota el significante, cuya escritura será (\mathcal{S}) ^{67/}. Aceptar estas premisas me permitiría tanto adoptar la teorización lacaniana sobre el deseo —en tanto móvil de la conducta humana— como comprender las posibilidades y límites de las pretensiones hegemónicas de todos los proyectos políticos y la indispensable parcialidad de todas las identidades y homogeneidades de los universos simbólicos individuales.

imposible tenerlos a todos ellos presentes en el trabajo interpretativo; valga solo el recordarlos para evitar cualquier creencia en lo acabado de nuestros trabajos.

⁶³Mediante superposiciones sólo arbitrarias para un observador ingenuo o mal informado.

⁶⁴Aunque hay otras que no siempre se manifiestan en la lengua; lo que no impide que siempre tengan algún contenido significativo.

⁶⁵Esta convicción, que en su forma moderna tiene stirpe kantiana está en la base de razonamientos como los de Weber en sociología y de Lacan en psicoanálisis.

⁶⁶ Por ello, también inspirando terror.

⁶⁷Sólo mediante fantasías los humanos ocluirán esa castración constitutiva. Cf. Lacan (1983) y (1975). Al comienzo de su libro “El malestar de la cultura” Freud se refirió a esa necesidad de absoluto con la referencia a aquel “sentimiento oceánico” que está en la base de la experiencia mística.

La lengua es el medio y el lugar donde se producen y acumulan los conocimientos. Pero el conocimiento no es deglución sino representación. En esas representaciones cognitivas, el objeto está presente, pero es sometido a una serie de selecciones, torsiones, forclusiones y agregados. Todas esas conversiones hacen del conocimiento algo diferente de la perfecta identidad entre objeto y sujeto que normalmente se atribuye al mito de Dios. Si, en ese mito, conocimiento y ser se confunden, esa identidad no es aplicable al conocimiento humano. Por lo que, si es cierto que para cualquier humano, lo que previamente no ha sido simbolizado simplemente no se ve, también es cierto que esa visión siempre será una reproducción parcial y parcialmente ficticia del objeto. Y esto vale tanto para las historias individuales como para las colectivas.

Debido a ese carácter transformador de la producción de representaciones, es imposible aceptar la ingenua conclusión de que basta estar frente a un objeto para ver una misma entidad, o estar ante un mismo problema, para que el ejercicio de la razón lleve a idénticas conclusiones. Es también esto lo que obliga a convertir esas representaciones cognitivas en un objeto privilegiado de cualquier investigación. Evitando toda historización exclusivamente fáctica era necesario privilegiar las interpretaciones que organizaron las conductas de los actores. Para esto era indispensable dar sentido a las semejanzas y diferencias conceptuales con que los testimoniantes reconstruían sus historias; siendo particularmente importante captar rastros del universo simbólico en el que viviera el entrevistado en cada una de las épocas de la historia que debía reconstruir.

Las culturas se diferencian entre sí por el desarrollo de particulares refinamientos conceptuales (capaces de descubrir ciertos ámbitos de la realidad) que en otras lenguas no existen ^{68/}. Tales diferencias conceptuales permiten discriminaciones sutiles que, para el que no posee el respectivo concepto, son definitivamente imperceptibles ^{69/}. Esa “ceguera” y todos los otros efectos de la selectividad conceptual son particularmente evidentes y problemáticos cuando se hacen estudios comparativos entre distintas culturas, pero también son visibles en el interior de una cultura (por ejemplo, en los diversos usos regionales de una misma lengua) y se repite en los enfrentamientos entre distintos proyectos hegemónicos. Frente a la falta de ciertos conceptos o representaciones claves, los “extranjeros” siempre deberán hacer un duro aprendizaje para diferenciar “en lo real” aquello que es obvio para sus adversarios o anfitriones políticos, sociales o culturales. Mientras

⁶⁸Sobre todo en aquellos conceptos que se refieren a aspectos claves de su propia manera de organizar sus referentes vitales.

⁶⁹Esa es una dificultad, por otro lado, que siempre deben enfrentar los traductores.

ese aprendizaje no tenga éxito, lo dicho y hecho por los “aborígenes” será simplemente incomprensible para el recién llegado o para cualquier “extranjero” que pretenda comprender uno de esos mensajes ⁷⁰/.

Para esas incomprensiones a veces hay solución. Otras no. Pero todo el proceso de interacciones que allí se origine (incluyendo el de la guerra) obligará a un intento activo de creación de universos comunes de referencia o, al menos, zonas limitadas en las que es posible la comprensión. Al logro de esto contribuyen tanto el trabajo de los ideólogos como el propio azar.

Cuando no se participa de cierta comunidad lingüística, la producción cultural de los seres humanos tiene, para el “extranjero”, las mismas características inaprensibles de “lo real natural”. Esa incapacidad de comprender que limita la comunicación sólo puede ser superada cuando ocurre una cierta “insistencia” de lo real (producida por el conflicto que emerge de esas incomprensiones). Y aunque la dinámica de las batallas por la hegemonía (o de los cuidados de la propia identidad grupal) hace esto difícil, la negociación y el intercambio podrían brindar las claves que hagan posible una relativa comprensión mutua.

Sin embargo, fuera de esos hechos, cuyos conceptos se llegan a compartir, quedarán otros; captables únicamente para uno u otro de esos universos discursivos o tan ignorado por todos como todo aquello que hoy se encuentra del otro lado de la siempre demasiado cercana frontera de lo conocido ⁷¹/.

En la investigación que estoy comentando, uno de los principales propósitos de las historias de vida fue captar síntomas de esas diferentes construcciones conceptuales y de las interpenetraciones e interacciones que generaron aquella reunión de jóvenes de orígenes políticos y culturales tan diversos.

Sobre este tema será necesario volver cuando sintetice la forma en que espero que operen los conceptos de hegemonía y movimientos sociales.

Es necesario recordar, por último, que la producción activa de representaciones cognitivas ocurre tanto en el nivel individual como en el social; ya que si es individual el propio acto de conocer, no tienen el mismo carácter los instrumentos técnicos y conceptuales que cada individuo pone en acto en el proceso de conocimiento; y tampoco son puramente individuales los objetivos finales de dicho

⁷⁰Se ha citado en apoyo de esta tesis la compleja diversidad de significantes que los árabes usan para denominar lo que para nosotros se engloba en el simple concepto “camello”; y también la diversidad conceptual con que los esquimales se refieren a lo que para nosotros simplemente es “nieve” (Klineberg, 1963: 48-63).

⁷¹En lo social, la hegemonía es una de las formas típicas de organización discursiva de esas identidades formadas tanto por lo que “se ve” como “por lo que no se ve”, por la posibilidad y por la imposibilidad. Ver particularmente Laclau, E. y Mouffe, Ch.; 1988.

proceso. Tanto las representaciones previamente existentes (que se manifiestan en los conceptos y actitudes de cada persona), como las técnicas que hacen posible ese conocimiento, son producto de una larga experiencia y acumulación social hechas por grupos de diferente extensión e intercomunicación. Al mismo tiempo, la presencia permanente de tales representaciones ocurre en un campo de interacciones en el que la intercomunicación únicamente es posible si se construye un universo simbólico común. Por todo eso, al analizar las huellas que el conflicto social podría haber dejado en los testimonios debía tener en cuenta que podría encontrar esas comunidades (posiblemente en la forma de simples inversiones valorativas o cognitivas) aún entre aquellos que ocuparon los campos opuestos de un enfrentamiento entre grupos ^{72/}.

Ser conformado en y por la palabra es entrar en un determinado continente cultural; con su compleja y no siempre coherente topografía de mandatos, prohibiciones y silencios. Esas comunidades culturales (posibilitadas por algún grado de comunidad lingüística) son comunidades históricas; cuyos principios unificadores son más laxos y complejos mientras más amplia y compleja es la historia de la comunidad.

Esas historias comunes, con sus semejanzas e interpenetraciones lingüísticas y culturales, tienden a unificar las experiencias de esas comunidades. Pero esa unificación nunca es total. Ni en sus formas más simples y primarias tales comunidades llegan a una completa homogeneidad. De allí, por citar sólo algunas, las diferencias nacionales, regionales y locales dentro de una misma comunidad lingüística; y de allí también las diferencias entre las grandes comunidades culturales. Se ha sostenido que también las clases y las profesiones tienden a generar sus propias modalidades lingüísticas (Berstein, 1974; Bourdieu, 1969) ^{73/} y esto no era indiferente para la investigación que estoy discutiendo. Sólo aceptando tales premisas podía comprender la compleja segmentación mediante la cual los entrevistados se relacionaron con la sociedad global.

El carácter unitario de lo social no podía ser un axioma y tampoco podía serlo el conocimiento homogéneo de los actores sobre la realidad global. Para los sujetos, la simultaneidad de acontecimientos no supone conocimiento igual, ni idéntica percepción o valoración. Por el contrario, la homogeneidad de lo social sólo cobra

⁷²Retomando una discusión que en su forma actual lleva casi un siglo, Moscovici (1979, 1984) estudió este proceso de creación de representaciones sociales distinguiendo tres aspectos principales: 1) el de su emergencia; 2) el de su consolidación y 3) el de su diferenciación en formas típicas de existencia.

⁷³Este tema será retomando cuando me refiera a lo que llamaré los “determinantes sociales de la conducta individual”.

realidad en aquellos escasos momentos en que se producen intensas emociones colectivas ^{74/}; y esa homogeneidad se circunscribe a los momentos históricos y a los aspectos de lo cultural que aquellas emociones conmueven ^{75/}. Producción y ruptura del orden que unifica las comunidades son dos procesos permanentes.

Lo dicho me conducía a la idea de una sociedad siempre abierta y complejamente segmentada; siempre cruzada por la doble tensión que producen los reiterados proyectos de unificación y cierre y las constantes tendencias disgregadoras ^{76/}. Esa imagen debía convertirse en un indispensable criterio metodológico para la construcción del instrumento heurístico. Los conceptos ordenadores básicos debían ser capaces de abrir el campo a la observación tanto de las tendencias disgregadoras como de esas otras que pugnan por reconstruir alguna forma de unificación ^{77/}. Esa misma estampa podía aportar, además, criterios importantes para la interpretación de los testimonios.

Sociedad e individuo son continentes abiertos y fragmentados. Siempre sometidos a más o menos frustrados intentos de reunificación. Esas búsquedas de unidad condujeron frecuentemente a la idea de un Ser Absoluto y por ende absolutamente ajeno y superior; despojado de todo límite ^{78/}; capaz de disolver todas las angustias que producen la incerteza y la disgregación.

Para Freud (1981), ese “sentimiento oceánico” es el fundamento de todas las religiones. Esto es verdad sólo a condición de reconocer que esa religiosidad no sólo toma la forma deísta propia de las religiones sino que también toma, muchas veces, la forma de creencias laicas; ya que tales búsquedas de unidad invaden constantemente cada una de las esferas de la actividad social. Tener esto presente me llevó a eludir la quimera de que las elecciones humanas puedan entenderse como una

⁷⁴Uno de los grandes méritos de Durkheim ha sido el de identificar a esas emociones colectivas como la fuente de grandes movimientos sociales.

⁷⁵La unificación de sentidos y la anulación de las diferencias interpersonales no pudieron llegar a concretarse ni en aquellos experimentos en los que más estrictamente se ha procurado, como es el caso de los monasterios. Justamente, fue la lucha entre los intentos de unificación absoluta de sentido y las tendencias disgregadoras que atentan contra dicha unidad lo que expresaron las utopías y anti-utopías políticas y culturales mediante las que se ha producido, pensado, impulsado o simplemente soportado la evolución del género humano.

⁷⁶Es importante, en este contexto, la crítica sartreana al concepto de “totalidad” y su propuesta del concepto de “totalización” Cf. Sartre, J-P.; 1970.

⁷⁷Uno de los “experimentos” espontáneamente realizados por la humanidad, y que fundan esta afirmación, es el famoso caso de los niños salvajes. Cf. Itard, 1932; Singh y Zingg, 1942; y Zingg, 1940 : 487-517.

⁷⁸Imagen de lo absoluto puesta en el único lugar en que --entre los humanos-- puede existir: el de lo que no se puede expresar; de allí que Dios en muchos credos lleve el apelativo de “El Innombrable” y también de allí los rituales que siempre han rodeado a la autoridad estatal, uno de cuyos síntomas ha sido el famoso secreto burocrático.

pura acción racional ^{79/} entre costos y beneficios en los que no se dan invasiones de una esfera a otra de la realidad. Ese mito, con que suelen tratarse las razones que llevaron a los individuos a tomar ciertos partidos políticos y/o ideológicos en cada uno de los momentos de su historia ^{80/}, poco ayuda en la comprensión de las elecciones humanas. Olvidarlo me hubiese llevado a no ver, y confundir o simplificar indebidamente, los rasgos de esa genealogía compleja mediante la que los entrevistados fueron abordando cada una de sus decisiones y tomas de partido ^{81/}. Además de la elección consciente y racionalmente orientada, en cada una de esas historias es necesario encontrar los vestigios de esas diversas causalidades.

Dado que la constitución de un movimiento social siempre supone la presencia (más o menos explícita y abierta) de una utopía, era posible prever, por ejemplo, que una de esas causalidades de gran impacto habría de ser esa búsqueda de absoluto a la que acabo de referirme ^{82/}. Siendo esto cierto, en las historias de vida muy probablemente podrían encontrarse vestigios de su existencia y de la manera en que conformó la experiencia de los entrevistados.

Por otra parte, tener presente la segmentación constitutiva de los individuos y de la sociedad me obligaba a evitar la trampa que ofrece la ficción de unidad y desarrollo lineal con que casi siempre organizamos nuestras narraciones históricas; incluyendo la biográfica. En todos los casos, la “vigilancia epistemológica” (Bourdieu, 1979) debía llevarme a reconocer cuáles habían sido los principios que organizaron las conductas del entrevistado; siendo para ello inevitable estar alerta para detectar los principios que organizaron el testimonio mediante el que llegaría al conocimiento de su historia. Escuchando esos discursos debía intentar el conocimiento de las disposiciones a la acción que organizaron, en diferentes momentos de su historia, la conducta de los testimoniantes. A su vez, los rastros de aquellas disposiciones me permitirían reconstruir los proyectos hegemónicos en los que los entrevistados fueran incluidos en cada etapa de su historia.

Sintetizando: Los humanos se constituyen en el interior del lenguaje y se integran en una lógica universal; la de la estructura de las lenguas (basada en la pa-

⁷⁹Ver nota n° 47 de este capítulo.

⁸⁰Para un mayor desarrollo de este tema a partir del análisis de una historia de vida, véase Saltalamacchia, H. (1990). Parte de ese artículo es reproducido en el Apéndice de este libro.

⁸¹La importancia que ha cobrado este tema, debido a la gran difusión lograda por el individualismo metodológico, me ha llevado a introducir en este libro, como apéndice, un trozo de una historia de vida en el que puede profundizarse esa discusión.

⁸²Entre los autores que hace unos años han impulsado la discusión sobre el moderno individualismo metodológico pueden encontrarse: Pizzorno, A. (1985); Przeworsky, A. (1987); Elster, J. (1985) y muchos otros. Ver la nota n° 47 de este capítulo.

reja ser-no ser) y luego en las reglas de sus gramáticas y de sus poéticas. Buena parte de la naturaleza humana universal es efecto de la común inserción en el orden de lo simbólico y en los referentes morfológicos comunes a la propia especie en los que pueden encontrarse las raíces de muchas de las semejanzas entre dichos universos simbólicos. Es en relación a esto que los integrantes de las más lejanas culturas pueden parecerse entre sí. Pero más allá de esos límites, la universalidad de lo cultural y la homogeneidad humana pierden vigencia; ya que el lenguaje universal no existe. Lo que existen son las lenguas efectivamente habladas; con toda su pesada carga de ser los continentes generales de concretas producciones culturales. Lenguas que son un tipo general de cosmovisión; que se especifican, y delimitan formas cada vez más singulares, hasta llegar al estilo individual ^{83/}. Esta premisa me obligaba a incrementar el grado de concreción de mi objeto. Al menos, debía llegar a sus determinaciones regionales, epocales, de sexo, de clase; y a las formas en que se concretaba la fusión con que esas determinaciones actúan en los sujetos.

Esa especificación era el único medio adecuado para emprender un análisis de cada una de las historias de vida. Quedaban dos tareas:

Primero, reconocer los principales momentos en que llegaba a concretarse —mediante una serie de “diferencias”— la constitución social de lo individual y la producción de sus prácticas sociales;

Segundo, determinar, en cada uno de los testimonios, cuáles fueron las búsquedas de identidad y los intentos hegemónicos (esto es: los proyectos de unificación y organización personal y social) que circularon en el período definido para la investigación.

Sólo esa doble tarea podía incrementar mi capacidad de producir conclusiones adecuadas a partir de los testimonios ^{84/}.

Como dije antes, la primera tarea implicó una exploración de la teoría psicoanalítica. La segunda dirigió la atención hacia diversas escuelas de teoría social.

C. NACIMIENTO, DESEO Y SOCIEDAD

Por medio de la madre y del resto de la familia (y de los amigos, los médicos, etc.) el retoño ha vivido en su cultura desde siempre (ha vivido en su país, en su clase, en su región, etc.) y ha sido conformado por ella desde el momento en que comienza a existir. La manera en que es efectuado el nacimiento (siempre específica-

⁸³El "Otro", respecto de cuyo deseo se organiza el inconsciente, es siempre una entidad sólo relativamente genérica y universal.

⁸⁴Haciendo posible, por ejemplo, decidir sobre cuál época de la vida del testimoniante habría de considerar adecuada a mi objeto de investigación y, luego, qué hacer analíticamente con ese testimonio.

mente cultural) imprime una cualidad determinada a ese caos de sensaciones de las que el feto emerge; y esa influencia continúa durante los seis meses posteriores, en los que el “estar en el mundo” de ese nuevo ser está caracterizado por sus radicales insuficiencias para adaptarse al medio y por la manera siempre singular en que el medio intenta satisfacerlo ^{85/}. Así se producen las primeras impresiones que se guardan en los pliegues sensibles del cuerpo. Ellas instituyen moldes perceptivos, afectivos y conductuales ^{86/} principalmente anidados en ciertos significantes claves, pero también en imágenes y sensaciones huidizas. Estos significantes, y esas imágenes y sensaciones, si bien no llegan a tener el status de la conciencia, pueden luego ser reactivados, mediante asociaciones, en la estructura de otras vivencias ^{87/}.

Durante la primera época de su vida, en la experiencia del neonato no hay “totalidades”, en un exterior que se ignora, ni un “espacio propio”, desde el cual él mire o demande. Más allá de que un “otro” exista y lo asista, en el imaginario infantil las imágenes “externas” se confunden en un muy poco estructurado universo donde coexisten las formas y los olores exteriores con las propias sensaciones internas. Sólo siente el instantáneo goce-de-ser; cuya añoranza jamás perderá. Un goce específico en el que no hay distancias ni tiempo (pues no hay sujeto que los signifique) pero que es una realidad dura (materia culturalmente organizada) desde la cual el sujeto podrá, más tarde, emerger; traduciendo en lenguaje (el del inconsciente) lo que por entonces es sólo una forma más de lo real. No hay pues nunca un momento en que el individuo (esencia fundante) se encuentre con la sociedad y se relaciones con los seres que en ella habitan. Por el contrario, lo que está en su origen es una (con)fusión; en la que si no existiesen elementos socio culturales desaparecería su propio ser. Comprender lo antes dicho permite concretar firmemente la idea de que nunca existe un momento en el que individuo y cultura se enfrentan como cosas separadas y en interacción (a la manera en que concibe las cosas el pensamiento individualista) sino que, hasta en sus formas y conductas más específicamente corporales, el sujeto es materia culturalmente organizada.

También es un acto exclusivamente social el que permite la entrada del niño en el universo simbólico. Esa entrada ocurre en un proceso al que Lacan diera el

⁸⁵En cada uno de esos seres que se encargan de la función alimenticia y en los instrumentos que usan para ese y otros cuidados se encarnan los "habitus" de clase, de región, de edad, de sexo, etc.. Aunque difusa e inarticulada, ya en esa época hay "vida mental", dominada por las formas del rostro y del seno materno e incluso por otras formas, roces y olores repetidos, así como por el arrullo de aquella partitura coral en la que se destacan, mediante inflexiones repetidas y siempre singulares, los sonidos de su nombre.

⁸⁶Este será el tema que se deberá tener presente cuando aborde el tema de los "habitus" como forma específica en que se producen ciertos ambientes culturales compartidos que permiten reconocer a los incluidos y excluidos en un "determinante social"

⁸⁷Proceso en el que la llamada “compulsión a la repetición” ocupa un lugar importante.

nombre de “fase del espejo”; que, comenzando aproximadamente desde los seis meses, dura cerca de un año y medio. Situado delante de un espejo, al principio el niño reacciona frente a su imagen como si ella fuese un aspecto más de esa realidad indiferenciada en la que ES; luego, en esa imagen llega a **reconocer a SU cuerpo**, y en su **movimiento**, a reconocer **SUS propias formas y SU unidad**. Esto le permite ir desarrollando una imagen de sí mismo como algo diferenciado del entorno. Desde entonces, ese reconocerse, tanto en el espejo como en la mirada de los que lo rodean, será el paradigma de todas los *reconocimientos* mediante los que el sujeto jugará su ser en sociedad ^{88/}.

Esa aparición de la imagen, en la que el niño ve proyectada su propia unidad, no es sin embargo todavía una verdadera distinción. Sobre todo cuando el padre brilla por su ausencia, el niño aún sucumbe a la tentación de pensarse y valorarse como complemento de la madre en el goce; esto es, fantasea que ocupa el lugar de “la falta” en el regazo: origen de su deseo. Mientras esa esperanza no se frustra el niño puede, reconstruyéndose imaginariamente como pleno, impedir que nazca su deseo y la necesidad de simbolizar; ya que la palabra adviene con la única función de llenar el lugar de lo que no está. Producir la ruptura de ese lazo es lo que en nuestra cultura recae sobre los hombros paternos. Ese tradicional representante de la ley y, en los varones, ejemplar para la identificación ^{89/}; alguien que prohíbe y al mismo tiempo indica el camino hacia la posible, aunque desplazada, realización del deseo. Mediante la aceptación de la ley, encarnada al principio en el padre, el individuo es lanzado hacia la cultura y el intercambio en sociedad. Desde ese momento, además de participar en el orden del discurso, el individuo (mediante un acontecimiento que lo conforma en su unidad a condición de cruzarlo desde el exterior) también comienza a participar de las leyes y ordenamientos de la sociedad. Será recién con este paso que es realmente posible su integración como miembro activo de la sociedad.

Como antes dijera, en las indispensables miradas de los otros se articula y encarna, para el individuo, tanto la propia identidad como el indispensable vínculo social. Pero los otros son muchos y diversos, de allí que la llamada “identidad” se aparte tanto de cualquier símil con la identidad matemática (salvo en la estructura de ciertas formaciones inconscientes como la del “automatismo de repetición”) ^{90/}.

⁸⁸Esa diversidad que es una, pues la sentimos instalada en un mismo cuerpo; del cual, por suerte, no acostumbramos a poner en cuestión su solidez.

⁸⁹Esto es, fuente simultánea del super yo y del ideal del yo.

⁹⁰Es tarea yoica la de confirmar psíquicamente la unicidad de cada quién; imagen unitaria usualmente tironeada y hasta desgarrada por interpelaciones diversas o divergentes. Tarea unificadora para lo cual encuentra ayuda en los datos de los sentidos, ya que es cierto que, si aceptamos sus adiestradas informaciones, cada uno de nosotros es corporalmente una unidad. Es esa heterogeneidad lo que también

Al principio, el neonato se estructura como sujeto en la familia; con el crecimiento serán otras las principales instituciones de referencia; y en cada una de ellas reiniciará su proceso de identificación ⁹¹/. Cada una de esas relaciones con instituciones o personas lo introducirá en una particular sociabilidad. En el cruce de todas esas sociabilidades, cada individuo será una especie de “nudo” en el que se interceptarán diferentes maneras de interacción social y distintos sistemas de referencia y obligación moral. Pero ¿debemos entonces pensar al individuo como alguien absolutamente sujetado por la determinación ajena?

Entre el individuo como lo determinado y el individuo como lo determinante (rompiendo la separación metafísica entre individuo y sociedad) Sartre (1963) instaló la praxis —guiada por el proyecto— que para él era un momento indispensable de la intersección entre lo objetivo/subjetivo/objetivo. La propuesta es sugerente. Pero, para evitar perdernos en abstracciones demasiado grandes, es conveniente salir del vocabulario sartreano y tener en cuenta que:

- 1.- El ser humano es inteligible como un punto objetivado en el tejido social (como lugar de tránsito de los diferentes discursos sociales que lo han estructurado como individuo en su singularidad), pero ningún ser humano puede expresar al conjunto del que forma parte ⁹²/.
- 2.- Si el individuo no se agota en sus propias determinaciones, es porque puede volver sobre ellas para reconocerlas y transformarlas.

La primera de las premisas fue discutida más arriba: ¿cómo entender la segunda? Ella supone la existencia de un momento de libertad. Es esa libertad lo que le permite a Sartre hablar de proyecto. Pero ¿qué habilita a creer en esa capacidad individual de proyectarse eligiendo el propio rumbo? ¿Será que el individuo está más allá de las determinaciones? ¿Debería retornar mi investigación a la idea de lo individual como el origen increado de lo social? ¿Debería aceptar el reinado de la libertad absoluta? ¿O, por el contrario, debería pensar esas creaciones individuales y al proyecto como pura ilusión? ¿Sería correcta la idea (tan central, por ejemplo, en el

intuyó la sociología funcionalista al crear el concepto de “haz de roles” para referirse a una determinada conformación personal.

⁹¹Por eso, si quisiéramos reproducir en una metáfora ese juego superpuesto de identificaciones podríamos -traer a la mente la estructura de un palimpsesto en el cual el dibujo original dará siempre las pautas sobre lo que puede y **de la manera en que se puede** escribir sobre él. O también se podría usar el ejemplo de un calidoscopio, imaginando esa misma tiranía invisible de la figura original sobre las configuraciones sucesivas. En este último caso, cada una de las futuras formaciones será la representante de una de nuestras identidades institucionales: padre de familia, empleado, espectador deportivo, etc., etc. Es entre ambas metáforas que puede deslizarse la aventura de la interpretación de nuestras conductas.

⁹²En esta parte de la investigación se trataba de reconstruir la determinación objetiva de lo subjetivo; esto es: cómo el complejo proceso de diferenciación y unificación de lo social se expresó en particulares formas de significación y resignificación individual.

estructuralismo) de una sociedad capaz de crear sujetos sin que esos sujetos puedan a su vez recrearla? En este contexto problemático volvió a cobrar importancia el concebir a lo social como una trama compleja, heterogénea y contradictoria. Desde ese punto y con la ayuda lacaniana, enfrenté el problema que Sartre planteara. Mi objetivo fue insertar el “deseo” en la relación entre “proyecto” y “determinación”. Aceptando esa compleja constitución social del sujeto individual podía comprender mejor la dinámica que lleva a las acciones individuales. Para eso era preciso recordar que únicamente puede ser en los otros que cada ser-en-el-mundo llegue a la precaria recuperación de su recóndita sensación de plenitud; remedo invaluable de su incivilizado, ilimitado e irrepetible goce inicial. Esa búsqueda es conducida por su deseo como “deseo del Otro”; fórmula lacaniana cuya ambigüedad (procurar el deseo del otro adivinando e intentando satisfacer ese deseo ajeno que me hace sujeto, en el interior de un específico universo cultural) permite aludir a la compleja interacción que se produce en las búsquedas humanas.

Según se desprende de la teoría psicoanalítica, el deseo se estructura como procura de completar lo incompleto y de asegurar el propio reconocimiento y “necesidad del ser”. Es justamente en la castración ajena (y en tanto sujetos del lenguaje, y de las más básicas leyes de lo social, todos somos castrados) donde puede ser depositada la esperanza de satisfacer nuestra necesidad de ser reconocidos. Sabiendo que al Otro (y a los otros) le(s) falta algo, se abre ante cada ser humano la posibilidad de ser deseado en tanto encarnación de aquello que el otro percibe como “lo que es su falta”. Seremos deseados como (imaginarios) portadores del falo; esto es: de aquello que permite suprimir la castración ocupando su lugar. Por este intermedio, la procura de infinito se transforma en procura de amor y ella nos obliga a proyectarnos permanentemente hacia aquellos a los que reconocemos como semejantes; a inventar formas de ser y de actuar, en una tarea constante de creación.

Como dijera antes, el Otro (que constituye al sujeto desde su inconsciente) no es una simple unidad sino, a su vez, una trama compleja, heterogénea y contradictoria: muchos y variados son los discursos que lo conforman y que conforman, desde él, al sujeto. Si el Otro fuese homogéneo, los sujetos serían idénticos y sería superfluo todo movimiento de identificación: los otros se disolverían en El Gran Otro. En cambio, la heterogeneidad constitutiva del Otro es lo que produce el doble efecto de: (1) la diversidad entre los sujetos y (2) la heterogénea constitución de cada sujeto. Esa doble heterogeneidad, a su vez: a) abre el campo de la constitución del **yo** no sólo como imaginario sino también como instancia en la que el sujeto busca su propia unidad, proyectándose en sucesivas imágenes de sí y b) hace posible percibir la falla en el Otro; y, por ende, el movimiento hacia su “sutura”: el deseo y el proyecto

en el que ese deseo se concreta. En todos los casos, el proyecto sólo es novedoso en tanto combinación singular de materiales discursivos preexistentes: tampoco aquí nada se crea de la nada ^{93/}.

La razón, como manera de combinar las determinaciones conscientes en función de un fin (también conscientemente representado) ocupará un lugar central pero no exclusivo en ese proyecto ^{94/}. En la construcción imaginaria del Otro y su deseo estarán actuando tanto esas “voces que vienen del pasado”, y que constituyen buena parte de su identidad ^{95/}, como las representaciones sociales del universo sociocultural en el que se encuentra inmerso.

Sería absurdo negar que en las historias de vida será muy difícil llegar a esos mandatos inconscientes que estructuran la percepción. Ese es un privilegio exclusivo del diván psicoanalítico. Pero es necesario recordar que las imágenes del otro, y de la situación que el sujeto construye, son siempre una mezcla compleja de presente y pasado; de tal forma que nunca la interacción es una relación simple y nunca la construcción de sociabilidades algo sencillo. El tener en cuenta ésto podía ayudarme tanto en la interpretación de la situación de la entrevista como en la comprensión de la narración.

Asumiendo esa perspectiva, me propuse el análisis de los determinantes sociales de la conducta individual. Luego me sería posible detectar lo común y lo singular que pudiesen estar encerrados en cada uno de los testimonios de mis entrevistados. Rechazadas las barreras entre lo psicológico y lo social, se abría un camino de investigación en que las categorías sociológicas podían ser pensadas de una manera diferente al colectivismo metodológico. El objetivo buscado en las páginas siguientes es entender esas categorías —agrupadas bajo el nombre de “determinantes sociales de la conducta individual”— como delimitando zonas y formas típicas de producción, circulación y consumo de discursos. Los individuos son pensados, al mismo tiempo, como producto de esos discursos y como agentes creadores de nuevas combinaciones discursivas.

⁹³Es por ejemplo el deseo de ser percibido como alguien “útil e indispensable” lo que obliga al sujeto a proyectarse, a elaborar soluciones, a servir.

⁹⁴Una discusión sobre el concepto “razón” (en la que se revelan alternativas mucho más complejas que las que son integradas en las usuales versiones del individualismo metodológico) puede encontrarse en Gargani, A. (1983). Uno de los límites de la mayor parte de los autores actualmente identificados con el “individualismo metodológico” es su identificación con las corrientes que, tomando el ejemplo de los economistas, enfatizan en modelos basados en el supuesto de la “elección racional” para entender la conducta de los humanos en sociedad.

⁹⁵ En el Apéndice transcribí el análisis de una historia de vida. Allí puede verse cómo actuaron esas “voces que llegan del pasado”.

D. LOS DETERMINANTES SOCIALES DE LA CONDUCTA INDIVIDUAL COMO CONCEPTOS ORDENADORES

Uno de mis supuestos principales fue el de la sociedad como entidad siempre abierta y segmentada; en la que coexisten permanentemente tendencias a la dispersión y a la reunificación. Ajustándome a esa idea, los conceptos ordenadores básicos, con los que construiría la primera fase de mi instrumento heurístico, deberían comprender: (1) las distinciones en el seno de lo social y (2) las tendencias a su unificación. Los apartados siguientes se referirán a cada uno de esos grupos conceptuales.

1.- LA DIFERENCIACIÓN

En trabajos anteriores tuve ocasión de referirme específicamente a la clase, la edad y la región como determinaciones sociales de la conducta individual (Saltalamacchia; 1989). Luego de reseñar algunas de sus especificidades, señalé que cada una de las categorías antes nombradas se presentan como respectivas “ventanas” desde las cuales los individuos pueden abrirse a la experiencia del mundo. Por un lado, esas ventanas recortan y dan forma a **la experiencia posible**; y, por el otro, estructuran zonas específicas de circulación de los intercambios simbólicos. Esas ventanas actúan como compuertas que permiten el paso de ciertos discursos, impiden el de otros y mutilan o filtran unos terceros; ellas crean, así, el medio ambiente cultural en el que se socializan sus habitantes. De allí que uno pueda representarse “los cristales” de aquellas ventanas como lentes que dan forma, profundidad y sentido a la experiencia de aquellos que se instalan en ellas. Cada una de las categorías sociológicas mencionadas pueden ser pensadas como “áreas de igualdad”, en las que circulan ciertos discursos típicos; en las que se producen núcleos privilegiados del sentido común; y en las que son factibles ciertas experiencias; o, por el contrario, son excluidos —intencionalmente o no— otros discursos, otras conductas y otras experiencias. La mayor o menor pureza de esas “áreas de igualdad” y la combinación entre ellas producirá formas típicas de conducta e interpretación del mundo.

Luego de haber examinado los determinantes sociales de la conducta individual, se puede concluir que la producción y difusión discursiva se generaliza en la sociedad siguiendo fracturas que van creando dominios específicos y limitados. Cada uno de los determinantes antes reseñados constituye una de esas líneas de fractura. En lugar de una superficie única se tendrán lagos, ríos, arroyuelos y hasta pequeños charcos en los que circularán aguas de diferentes colores y composición. Los individuos que habitan en esos charcos, lagos o riachuelos formarán estructuras

típicas de personalidad ^{96/}, producto de la combinación de aguas diversas. Sólo teóricamente es posible distinguir la composición específica de cada una de las aguas que entró en la combinación.

Bourdieu llama “habitus” a ese tipo de estructuras de pensamiento; esto es, a las tipificaciones del discurso y de la experiencia que son comunes a una categoría de individuos. Según él, el “habitus” se define como:

...un sistema de disposiciones durables y transferibles a nuevas situaciones; estructura estructurada predispuesta a actuar como estructura estructurante. (Bourdieu, 1979: 109).

En esa estructura, lo importante no son los elementos sino la manera en que se organizan sus relaciones y la significación que adquieren en relación a la totalidad de la que forman parte. Es decir, elementos iguales pueden cobrar diferente significación en el contexto de diversas estructuras.

Esas estructuras —que permiten al individuo organizar su experiencia presente— se forman básicamente durante los cinco o seis primeros años de vida. Son el efecto de formaciones culturales implícitas en el lenguaje materno y en el juego de experiencias en que se produce la socialización primaria y todas las restantes experiencias que van ocurriendo en la propia vida. Aproximadamente durante los primeros cinco años, tales experiencias, en la medida en que no pueden ser organizadas en el interior de previas estructuras, se transforman en **modelos germinales sobre los que se irán estructurando experiencias futuras**; modelos que pueden irse afirmando hasta transformarse en una estructura de significación mucho más definida. Variando un poco el contexto teórico en el que fue elaborada esa sugerencia, el soporte de esos modelos podría encontrarse en el universo de significantes que habitan a esos seres-de-la-palabra en que se transformaron los humanos. Son aquellas experiencias primordiales las que han ido cargando de una fuerza singular a ciertos significantes, dándoles, en cada individuo, una tonalidad singular. Distinta en algunos casos, y similar en otros, a la tonalidad que esos significantes puedan llegar a tener en aquellos semejantes que participan del mismo universo cultural.

Si esto llega a suceder, lo que permanece activo no es el recuerdo de los acontecimientos que generaron y consolidaron la fuerza de tales significantes sino la capacidad de esos significantes de imponerse como organizadores de los datos de las nuevas experiencias. Experiencias posteriores podrán hacer más complejas, o aún

⁹⁶Insisto en la necesidad de recordar todo el proceso de constitución del “sujeto del inconsciente” que antes fuera reseñado. Sólo teniéndolo en cuenta se podrá concebir, en toda su profundidad, ese poder de estructuración que tienen estos discursos y cómo van produciéndose esas diferenciaciones provocadas por “los determinantes sociales de la conducta individual”.

transformarán esas estructuras de significantes. Pero ellas nunca llegarán a desaparecer en tanto estructuras que aseguran la conformación básica del inconsciente. Los determinantes sociales de la conducta individual son eficaces en tanto organizan las coordenadas en el interior de las cuales los sujetos individuales adquieren su conformación específica.

Tal interpretación establece una corrección importante en la teoría de los “habitus”, que pasarán ahora a ser considerados en su relación con una cierta organización del inconsciente sólo reconocible por sus efectos en la producción de conductas típicas. Sin embargo, mantener el recurso a dicho concepto permite concentrar la atención sólo en aquellos efectos de la formaciones inconscientes que son similares en el interior del contexto social y que organizan conductas que pueden ser consideradas como típicas de un cierto subconjunto. Lo que debe quedar claro, sin embargo, es que —en la medida en que los individuos participen de muy diversos subconjuntos sociales— lo importante es trascender la consideración separada de ellos para encontrar formas específicas de combinación.

Es posible encontrar una serie variada de “habitus” con relaciones complejas entre ellos. Cada familia constituye un “habitus” específico; como también ocurre con las clases, las regiones y los grupos de edad y sexo. Esa complejidad lleva a la creación de variadas formaciones sociales y culturales. Multiplicidad de representaciones que coexisten guardando múltiples relaciones entre sí; entrecruzadas, aisladas o contaminándose, pero incapaces de llegar a una homogénea unidad^{97/}. Es en ese tejido complejo que entra, en alguno de sus puntos, el sujeto individual —exponente siempre único y parcial de su mundo.

La singularidad de lo individual no anula las generalidades de las que ese individuo es efecto; en tanto resultado de un entrecruzamiento de aquellos determinantes sociales. De allí que se hubiese dado tanta importancia (en la investigación que estoy comentando) a los componentes de lo que Sartre llamó “espíritu objetivo”. Pues se trataba de determinar dentro de qué creaciones objetivadas fueron construyéndose los sujetos; determinar cuáles eran los materiales desde los que los participantes erigieron sus propios proyectos. Para eso fue necesario construir un

⁹⁷ En los últimos años, el individualismo metodológico ha cobrado un nuevo auge; emprendiendo una interesante batalla contra la adjudicación de capacidad de voluntad a entidades colectivas; batalla en la que retoma la idea weberiana de que sólo el individuo es portador de “motivos”. La debilidad de muchas de las posturas que defienden esta saludable opción teórico metodológica radica en que se basan principalmente en argumentos lógicos o en principios filosóficos sin entrar, en cambio, en una investigación teórica que individualice, como he tratado de insinuarlo en el texto, cual es la íntima constitución social del sujeto individual. Esa inclinación teórica puede verse en aquellos autores citados en la nota 47 de este capítulo. Sobre las posturas de Weber al respecto, véase Aguilar, L.; 1987.

modelo que pudiese dar cuenta de las principales fronteras de los campos típicos de circulación discursiva en la que cada uno de los entrevistados estuvo inserto.

En lo antes expresado queda claro que cada individuo —todo él— es un testimonio de su sociedad. Pero no sólo como testigo y narrador de la historia de una sociedad que le tocó en suerte conocer como espectador. En la narración del entrevistado (cuanto más desprevenida e inestructurada mejor) se pueden vislumbrar los rastros de esa sociabilidad que lo constituyó. “Dime con quién andas y te diré quién eres”, dice el refrán. Parafraseándolo en sentido inverso también se podría decir que, en el despliegue de su ser en la narración, es posible detectar los discursos que anduvieron en el entrevistado, y mediante ellos reconstruir su entorno social. Conocer la eficacia de los determinantes sociales me permitiría conjeturar sobre la posible extensión y origen de tales discursos (Saltalamacchia; 1987).

La tarea no sería fácil ni se agotaría en pocas lecturas de los testimonios. Sería necesario hacer un listado de temas y significantes claves y completar las informaciones testimoniales mediante el uso de otras fuentes. Pero, en todo ese ir y venir de la pesquisa, serían de fundamental ayuda los criterios con los que la muestra fue seleccionándose.

Como afirman varios autores que trabajan técnicas cualitativas (Bertaux, 1980), en este tipo de investigaciones la muestra no se obtiene al comienzo de la exploración con el objetivo de establecer parámetros firmes que luego el investigador deberá tener en cuenta y acatar. Si bien es conveniente partir de criterios bien fundados que permitan seleccionar a los primeros entrevistados, el propio proceso de la investigación irá definiendo la necesidad de ampliar esa muestra inicial o alterar los criterios con los que ella fue pensada en el inicio. La muestra con la que comenzó la investigación que tomé como ejemplo fue inicialmente el producto de una matriz conceptual en la que se cruzaron “clase”, “sexo” y “región” con otros conceptos que serán explicitados en el apartado siguiente.

Debido a su importancia en la construcción de las identidades individuales, en las primeras lecturas interrogué a los testimonios para obtener información sobre la manera específica en que aparecían, discursivamente estructuradas, las categorías de región, sexo, clase, edad y otras. Pretendía saber cómo esas determinaciones de la conducta individual habían sido conceptualizadas o ignoradas por cada uno de los testimoniados a través de su historia ⁹⁸/. Esto constituiría un buen dato sobre el tipo de universo simbólico dentro del cual el testimoniado se reconoció como sujeto en el

⁹⁸Este momento de la creación del instrumento heurístico debía necesariamente trascender la construcción e interrogación de cada uno de los testimonios individuales para, en cambio, establecer un contrapunto entre todos ellos, y entre esos testimonios y la información proveniente de otras fuentes.

momento en que ocurrió el hecho narrado. Luego serían pertinentes otros análisis cuyos ejes estarían situados en la manera en que los entrevistados se representaban el mundo circundante y su propio papel en dicho mundo.

2.- LOS PROCESOS DE REUNIFICACIÓN DE SENTIDOS Y SUS FRACASOS

Las categorías antes propuestas permitieron abrir espacios de observación para reconstruir el ambiente social en el que se constituyó y actuó el entrevistado. Se pudieron concretar así dos tareas básicas: a) definir los integrantes de la muestra y b) distinguir los “núcleos de socialización” en los que cada uno de esos integrantes podría haber sido conformado en tanto sujeto. La conceptualización de esas diferencias formaba parte del primer paso en el proceso de elaboración del instrumento heurístico. Por ese camino se logró ir reconstruyendo herramientas para captar la sustancia compleja del momento histórico.

En un segundo momento fue necesario preguntarme sobre las **estructuras típicas de relevancia** que permitieron reorganizar discursivamente aquellas diferencias. Debía preguntarme sobre cuáles habían sido las “unidades de sentido” que en cada época pugnaron, con diferente éxito, por cimentar ciertas identidades sociales típicas.

Tal como puede desprenderse de lo dicho en el apartado anterior, la identificación es un proceso por medio del cual un sujeto asimila un atributo de otro y se transforma sobre el modelo de éste ^{99/}, respondiendo a su deseo. Cuando el ser humano se introduce en el orden familiar y en los diferentes órdenes de lo social, realiza un complejo trayecto en el que se va personalizando (y en nuestras culturas, individualizando) mediante identificaciones que implican ciertos modelos de conducta. La identidad personal termina siendo así la unidad precaria de diferentes identificaciones y sus correspondientes normas de relación con el entorno. Los proyectos hegemónicos ^{100/} se ubican en ese campo de la constitución de las identidades individuales. Cada uno de ellos tiende a concretar alguna forma de unificación social y de acción colectiva.

Desde este punto de vista, la constitución de las identidades personales no es únicamente el lugar de reconocimiento de singulares dramas individuales. Las luchas tendientes a producir unidades de sentido comunitario encuentran sus núcleos principales de operación en la constitución de las estructuras de relevancia

⁹⁹El tema de la identificación es abordado por Freud (1979) y por Lacan en el seminario “La Identificación”; ver comentarios a este seminario en David-Menard y otros; 1988.

¹⁰⁰Para un tratamiento más profundo, desde una óptica semejante a la aquí sustentada, ver: Laclau, E. y Mouffe, Ch.; 1987.

que dan origen a las identidades individuales. Las identidades colectivas sólo se mantienen vigentes si sus componentes han llegado a internalizar un conjunto de representaciones, pautas de conducta y sentidos de legitimidad, con sus consecuentes premios y castigos. El éxito alcanzado en tales empresas está en los cimientos del auto-reconocimiento perdurable de sus miembros como parte de una entidad social. Consecuentemente, la constitución exitosa de un movimiento social se expresa en el predominio compartido de ciertos ideales del yo y sus consecuentes mandatos de acción social. Fuera de esos ideales y mandatos, otros sistemas identificatorios serán excluidos (haciéndose imposible toda posibilidad de ser compartidos) o permanecerán subordinados en la conformación de una identidad típica^{101/}. Para captar ese proceso de unificación y acción colectiva, y sus posibles fracasos, se eligieron tres conceptos ordenadores básicos: “orden hegemónico”; “crisis orgánica” y “movimiento social”.

El concepto “orden hegemónico” corresponde a un **tipo de ordenamiento social**, pero no a las formas de las relaciones sociales en las que ese orden cobra vigencia. En ese tipo de ordenamiento pueden mantenerse diferentes formas de explotación de clases, de diferenciación social y de subordinación política. Lo característico de tal orden hegemónico es la consolidación de un determinado sistema de identificación y reglas de relación entre los miembros de la sociedad que traerá aparejada la desaparición de ciertos actores, mientras que otros serán transformados o marginados de los principales recursos de poder. Lo singular **en la constitución de un nuevo orden hegemónico** es que **los actores individuales y colectivos ya no podrán ser los mismos** que antes. En todo el proceso de transformaciones sociales que llevan a su constitución, son los actores los que cambian y no sólo, como afirman el viejo y el nuevo contractualismo (Vecca, 1982), las reglas que regulan sus relaciones.

Ese efecto de los sistemas hegemónicos fue descubierto “en estado práctico” por aquellos teóricos y militantes peronistas que, en el debate con sus iguales marxistas, insistían en que “la clase obrera tiene nombre y apellido”; con lo que, frente a los teóricos marxistas, trataban de hacer notar que el concepto “clase” no sólo se componía de individuos ubicados en ciertas posiciones en las relaciones de producción. Además, en tales individuos debían encontrarse: 1) una determinada manera de concebirse a sí mismos en relación al tipo y formas de lucha que son po-

¹⁰¹Retomando una formulación de Oscar Landi, puede afirmarse que toda sociedad requiere de: “...determinados principios de individuación a través de los cuales se aceptan y estimulan ciertas identidades políticas, se alteran y resignifican otras, se estigmatizan a las no deseables (Landi, O.; 1981: 8).

sibles y necesarias, 2) una determinada manera de concebir la acción política y 3) una singular manera de reconocerse. Para ellos esas tres determinaciones eran sintetizadas en el apelativo de peronista, por lo que no se podía hablar de clase obrera a secas, sino de “clase obrera peronista”. Lo mismo puede pensarse en el caso de otros tipos de “configuraciones sociales” tales como las naciones o los movimientos sociales. Debido a esto, un buen indicador de la aparición de un nuevo orden hegemónico será el que ocurra una transformación en los actores sociales que produzca la emergencia de nuevos nombres y formas de identificación mediante las que sus integrantes se reconocen.

Si bien las formaciones sociales hegemónicas se constituyen mediante actores típicos, esas creaciones nunca agotan el bagaje significativo de los seres que viven en su interior. Como todo hecho simbólico, las identidades e interpelaciones sociales y políticas siempre dejan un “plus” que no llega a ser simbolizado; o que es simbolizado (y por ende convertido en parte del juego social) desde otras interpelaciones y proyectos. Esa abundancia de sentidos explica la precariedad de todas las formaciones sociales y su posibilidad de transformarse.

Parte de lo que constituye la precariedad de “los proyectos hegemónicos” es su incapacidad estructural de triunfar, en forma absoluta, en la reunificación de los sentidos en una sociedad. Esa incapacidad estructural se explica por varias razones. Por un lado, debido a la constitutiva incapacidad de cualquier estructura simbólica para cubrir totalmente lo real siempre permanece un campo de ausencia que en cualquier momento puede ser llenado por estructuras simbólicas alternativas o diferentes. Por otro, siempre es esperable la aparición de pugnas entre proyectos hegemónicos con fuerza relativamente semejante o, al menos, con fuerza suficiente para corroer los límites normalmente imprecisos de todo orden hegemónico. Y, además, la propia existencia de todo orden hegemónico en un universo heterogéneo de estados y naciones en creciente interacción continuamente permite el efecto corrosivo de estructuras simbólicas diferentes o alternativas. Por todo esto, la pretendida unificación absoluta de sentidos es un horizonte inalcanzable. Cuando esa corrosión llega a crecer más allá de los límites en que un orden hegemónico puede asegurar el sostenimiento de sus relaciones típicas se crea la posibilidad de un nuevo sistema de relaciones que dan origen a un cambio de orden o a una situación de indefinición que corroe las formas anteriores de relación orgánica entre sus miembros.

A las situaciones caracterizadas por la ausencia de lazos orgánicos estables, en el interior de una comunidad, Gramsci les dio el nombre de “crisis orgánicas”. La “crisis orgánica” es el efecto de un debilitamiento del sistema de referencias que

mantienen la coherencia de una formación social nacional. Esas crisis pueden tener una pronta resolución o llegar a prolongarse a lo largo de varias décadas ¹⁰²/. Mientras ellas perduren habrá un conflicto endémico que impide el predominio de cualquier estructura jerárquica permanente en el seno de lo social.

Cuando se produce tal prolongación de las crisis orgánicas **se generan actores típicos**, que organizan sus identidades y sus relaciones como parte de ese conflicto. Esas identidades, en el polo opuesto al tipo ideal de orden hegemónico, son prácticamente incapaces de entablar acuerdos y negociaciones duraderas entre ellas, entrando en luchas y representándose la pugna con otras fuerzas como un conflicto suma cero; en que el propio logro de objetivos siempre conlleva la pérdida neta de los del adversario. Justamente esa creación de actores típicos tiende a dificultar la desaparición de una crisis orgánica cuando ésta se ha establecido por un tiempo prolongado. Tales luchas intestinas terminan por edificar un sistema de referencias de los actores caracterizado por la negación del derecho de los otros actores a participar en una misma comunidad; las reglas son las de la guerra, sin que pueda reconocerse un “bien común” que salvaguardar. La aceptación generalizada de que no hay otro camino que el de las armas frecuentemente puede interpretarse sólo en el contexto de esta particular crisis orgánica.

En un apartado anterior había recordado que las culturas se diferencian entre sí por el desarrollo de particulares refinamientos conceptuales (capaces de descubrir ciertos ámbitos de la realidad) que en otras lenguas no existen. Lo mismo ocurre entre los actores típicos de diversos órdenes hegemónicos. Frente a la falta de ciertos conceptos o representaciones claves, los actores típicos de un determinado ordenamiento hegemónico siempre deberán hacer un duro aprendizaje para comprender aquello que es obvio para sus adversarios. Mientras ese aprendizaje no tenga éxito, lo dicho y hecho por los actores típicos de otros proyectos u ordenes hegemónicos será incomprensible.

Para esas incomprensiones a veces hay solución. Otras no. Pero todo el proceso de interacciones que allí se origine (incluyendo el de la guerra) obligará a un intento activo de creación de universos comunes de referencia o, al menos, zonas limitadas en las que es posible la comprensión. Al logro de esto contribuyen tanto el trabajo de los ideólogos como el propio azar.

¹⁰²En el límite extremo de esa crisis se encuentra la guerra civil y hasta la disolución de los antiguos lazos nacionales. En esta época, el caso más patéticamente parecido a esta forma de eventual disolución es Líbano. La Argentina, sobre todo desde 1955 hasta 1983, es otro caso menos patético pero no menos grave, de esa situación.

Cuando no se participa de cierta comunidad lingüística, la producción cultural de los seres humanos tiene, para el “extranjero”, las mismas características inaprensibles de “lo real natural”. Esa incapacidad de comprender que limita la comunicación sólo puede ser superada cuando ocurre una cierta “insistencia” de lo real (producida por el conflicto que emerge de esas incomprensiones). Y aunque la dinámica de las batallas por la hegemonía (o de los cuidados de la propia identidad grupal) hace esto difícil, la negociación y el intercambio podrían brindar las claves que hagan posible una relativa comprensión mutua.

Sin embargo, fuera de esos hechos, cuyos conceptos se llegan a compartir, quedarán otros; captables únicamente para uno u otro de esos universos discursivos o tan ignorado por todos como todo aquello que hoy se encuentra del otro lado de la siempre demasiado cercana frontera de lo conocido.

Lo que torna aún más problemática e imperceptible las dificultades en la comunicación entre los actores típicos de diferentes proyectos hegemónicos dentro de un mismo país es la ilusión de compartir una misma lengua y una misma cultura. Aceptando el supuesto ingenuo de estar hablando un mismo idioma y compartiendo una misma nacionalidad, las diferencias de conceptos y valores aparecen ante los actores como el exclusivo producto de la mala voluntad o la inmoralidad de sus oponentes. Esto aviva el fuego del conflicto.

En ciertas ocasiones, la evidencia de conceptualizaciones enfrentadas sobre un mismo objeto, obliga a reflexionar sobre sus múltiples significados. En otras circunstancias, la ceguera y el odio que produce la ausencia de conceptos compartidos únicamente podrá ser superada cuando acontecimientos imprevistos ^{103/} muestren el carácter no voluntario de ese “estar sin palabras que permitan la comunicación”. En todas las ocasiones, cuando (pese a no ser percibido) lo real insiste (ocasionando síntomas que indican la presencia de un desajuste entre lo que se ve y lo que hay), los actores humanos —esas arañas tejedoras de símbolos— inventarán una nueva palabra (o tomarán esa palabra de otros discursos), en un intento —siempre a medias frustrado— de apresar lo real en su escondite. Será recién en aquel momento que “el hecho”, nombrado por los oponentes, existirá para el que antes lo había rechazado o leído en clave distinta ^{104/}. Eso hará posible la comunicación ^{105/}.

¹⁰³Lo dicho, por otra parte, tiene implicaciones epistemológicas que refuerzan las razones dadas en el apartado relativo a la metodología reconstructiva. De hecho, es una forma parecida de aquella “sorpresa” lo que se puede lograr poniendo en relación conceptos ordenadores extraídos de diferentes cuerpos teóricos. Será esa sorpresa lo que permitirá la producción de un nuevo conocimiento

¹⁰⁴De allí que la “hegemonía”, como afirmase en otro lado (Saltalamacchia, 1989) y ya se insinuara en este capítulo, sea pensable como una específica forma de organizar las identidades de los actores.

¹⁰⁵Si bien el tema de los “chupados”, en las mazmorras y las cárceles de la dictadura Argentina posterior a 1976 es demasiado complejo y doloroso, sería posible usar claves de este tipo para comprender un poco

Sin embargo, mientras dure la lucha entre proyectos hegemónicos siempre existirán esferas de lo simbólico en las que el acuerdo es imposible.

El fracaso de un modelo hegemónico pocas veces da paso a la disgregación definitiva de las formaciones sociales. Ellas pueden, en cambio, permanecer unificadas por ciertos sentidos compartidos (producto de anteriores luchas constituyentes), por el dominio represivo de ciertas partes del conjunto social sobre las restantes, por la falta eventual de amenazas o estímulos exteriores o por el interés de las principales potencias mundiales. Pero, en todos los casos, en situaciones de crisis orgánica, las relaciones entre las partes tenderán a la reproducción de un conflicto en el que cada participante intenta el aniquilamiento de sus oponentes.

Tanto en situaciones de orden hegemónico triunfante como en situaciones intermedias o de declarada crisis orgánica, la acción colectiva de un sector de la sociedad, tendiente a una redefinición de las relaciones de poder o de las estructuras simbólicas que organizan la sociedad, puede tomar la forma de un movimiento social. El concepto “movimiento social” fue el tercer concepto ordenador básico correspondiente a los procesos de unificación y acción colectiva. Termino esta parte aclarando sus principales rasgos, tal como fueron entendidos en la investigación a la que este libro se refiere.

Para mis propósitos en la investigación a la que hago referencia, definí “movimiento social” como una configuración social limitada constituida en torno a una lucha por la reestructuración de las relaciones de poder en el interior de una formación social. El empleo del concepto “configuración social” hace notar que la conformación exitosa de un movimiento social ¹⁰⁶/ supone la estructuración de un tipo específico de interrelaciones sociales. Los individuos que participan no necesitan conocerse personalmente entre sí; pero es necesario que todos tengan una imagen de las acciones previsibles en los restantes y que, al mismo tiempo, esas acciones sean valoradas positivamente y consideradas como propias.

Para que ese reconocimiento mutuo pueda existir, aunque no sea necesaria la presencia de una institución unificadora, sí en cambio es indispensable la presencia de redes institucionales que crucen la vida cotidiana de sus participantes produciendo y sosteniendo esa comunión simbólica. Esas redes institucionales son también indispensables para asegurar el flujo de interacciones que permitirán la diseminación y re-elaboración de los discursos que generan las disposiciones ne-

más el acuerdo, logrado a veces, por los torturadores y sus víctimas; que en muchos casos llegó al logro de una activa participación de los torturados en las actividades represivas de sus victimarios.

¹⁰⁶Usado aquí de una manera parecida a la que fuera mérito inicial en Norbert Elias. Cf. Saltalamacchia, H. R.; 1984.

cesarias al surgimiento de un nuevo movimiento social. El análisis de los movimientos sociales tendrá pues que esforzarse por reconocer la presencia y cualidad de esas redes (¿familiares y de amistad?; ¿profesionales?; ¿redes de comunicación aseguradas por publicaciones “underground”?; ¿religiosas?). La forma que asumen esas redes pueden ser muy variadas. Pero su descubrimiento es clave pues permitirá un conocimiento menos superficial de la dinámica analizada ^{107/}.

Afirmé que un movimiento social puede entenderse como una configuración social limitada. Lo de “limitada” indicaba que ese tipo de “configuración social” no suele incluir la totalidad de una sociedad nacional sino sólo una parte de ella. El movimiento social puede desarrollar una identidad singular sin que sus integrantes lleguen a perder la identidad nacional ni otro tipo de identidades. Esto tiene consecuencias relevantes cuando esas identidades parciales son sometidas a interpelaciones ^{108/} en las que se contraponen la identidad parcial con otras identidades; y esto es particularmente grave cuando la identidad del movimiento se contraponen a la identidad nacional ^{109/}.

Al mismo tiempo, los movimientos sociales, conformándose en el interior de un sistema nacional de relaciones de fuerzas, generalmente sufren el control ideológico y represivo del estado y la confluencia o rivalidad de otros movimientos sociales. En el campo de esas confluencias y oposiciones, los movimientos sociales son partícipes y herederos de las condiciones “hegemónicas” o “no hegemónicas” propias de la sociedad en que existen.

En tanto configuración social, los movimientos sociales no se caracterizan necesariamente por una dirección y una organización unificadas. Por el contrario, es frecuente que existan varios centros de organización y dirección y, en todo caso, algún tipo de coordinación entre ellos. Más que en una organización social unificada, un movimiento social se expresa en la constitución de una identidad colectiva ^{110/}. Dicha identidad se asienta en una cosmovisión compartida y se expresa tanto en conductas y exteriorizaciones simbólicas como en la delimitación de ciertas oposiciones; esto es, en la presencia de un “nosotros” y de uno o varios “ellos” ^{111/}. Esa

¹⁰⁷A la importancia de esas redes en la formación de un movimiento social se refieren Oberschall, A.;1973 y Gerlach, L. P. ;1971.

¹⁰⁸El concepto “interpelación” fue usado por Althusser en el artículo “Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado” y fue retomado, entre otros, por Chantal Mouffe y Ernesto Laclau; 1987.

¹⁰⁹Esa fue, exactamente, la coyuntura que permitió el derrumbe de la poderosísima social democracia alemana a principios de siglo.

¹¹⁰Sobre la relación entre movimientos sociales e identidad, ver también Melucci, A.; 1981.

¹¹¹Sobre el concepto de “Identidad” consultar las ponencias reunidas en Livosi (1983) y también Erikson (1982) y (1974); Levi-Strauss, C. (org.) (1981) y Barber, C. (1983).

identidad colectiva sólo se mantiene vigente si sus componentes han llegado a internalizar un conjunto de pautas de conducta y los consecuentes premios y castigos en relación al cumplimiento de las mismas. La conformación de esa identidad colectiva supone, al mismo tiempo, una transformación de identidades e identificaciones personales que está en los cimientos del perdurable auto-reconocimiento de sus miembros como parte de ese movimiento ^{112/}. Dicho todo esto, es posible comprender que si bien no ocurre con todos los movimientos sociales, es posible encontrar a muchos de ellos que son portadores de verdaderos proyectos hegemónicos alternativos en los que se pone en discusión toda o una parte de la estructura simbólica que organiza el proyecto hegemónico dominante.

En todo el período analizado es posible encontrar diversa intensidad y diversidad de movimientos sociales con una mayor o menor conexión entre ellos. Mientras más diversificada y abundante sea la estructura y existencia de movimientos sociales más complicado será el análisis; pues será necesario suponer que los entrevistados participarán o serán influenciado de manera variable por estos diferentes movimientos sociales. En esos casos, la identificación de tales movimientos y sus interferencias en el interior de un testimonio será sumamente compleja y requerirá de un auxilio mayor de fuentes externas y de la comparación entre varios testimonios relativos a una misma época.

En mi trabajo, la posibilidad de percibir uno u otro proyecto hegemónico se basó en ciertas sugerencias de Lacan. Lo esencial del método fue la determinación de la presencia o ausencia (en el discurso de los entrevistados) de ciertos significantes claves a los que se les podía atribuir la función de fijar el sentido de toda la cadena significante ^{113/} en cada uno de los discursos que habían habitado al testimoniante en cada una de las épocas de su vida. La exploración emprendida por Laclau y Mouffe (1987) sobre ese tema sirvió para sugerir algunas de las formas en que se encaró la búsqueda ^{114/}.

¹¹²Por ejemplo, el reconocimiento de pertenencia al movimiento peronista permitió a Perón mantener su liderazgo en medio de muy diferentes situaciones. Tema, sin embargo, que requiere de investigaciones que aún no han acabado. El trabajo de Silvia Sigal y Eliceo Verón Perón o muerte es un esfuerzo sugerente para comprender esa problemática.

¹¹³ A esos significantes claves Lacan dio el nombre de *points de capito*. Concepto que Laclau y Mouffe tradujeron como *puntos nodales*.

¹¹⁴Retomo de estos autores un trozo significativo que me permite ilustrar el método empleado para el análisis de este aspecto de mi tema:

En la medida en que toda identidad es relacional, pero el sistema de relación no consigue fijarse en un conjunto estable de diferencias; en la medida en que todo discurso es subvertido por un campo de discursividad que lo desborda; en tal caso la transición de los "elementos" a los "momentos" no puede ser nunca completa. El status de los "elementos" es el de significantes flotantes, que no logran ser articulados a una cadena discursiva. Y este carácter

Siguiendo esa línea de pensamiento, la constitución de la ideología subyacente al eventual orden hegemónico (o a la ausencia relativa de ese orden en situaciones de crisis orgánica) y al movimiento social en estudio, habría de ser reconstruida mediante la determinación de esos significantes claves a los que, con Laclau y Mouffe, se les puede dar el nombre de “puntos nodales” ¹¹⁵/. También en este caso los criterios que permitieron la selección de la muestra fueron un indispensable apoyo inicial. Si una de las entradas de la tabla fue conformada por los conceptos de “diferenciación”, la segunda entrada fue constituida por los conceptos de “reunificación” tratados en este último apartado.

Con esto se ha delineado en sus contornos principales lo que fue el proceso de construcción del original modelo heurístico. En el capítulo siguiente la exposición se encargará de volver la atención a dos nuevos aspectos de gran importancia en la investigación con historias de vida. Uno de ellos es el de la construcción de la muestra y el otro el de la construcción de la propia entrevista.

flotante penetra finalmente a toda identidad discursiva (es decir, social). Pero si aceptamos el carácter incompleto de toda formación discursiva y, al mismo tiempo, afirmamos el carácter relacional de toda identidad, en ese caso el carácter ambiguo del significante, su no fijación a ningún significado, sólo puede existir en la medida que hay una proliferación de significados. No es la pobreza de significados, sino, por el contrario, la polisemia, la que desarticula una estructura discursiva. Esto es lo que establece la dimensión sobre determinada, simbólica, de toda formación social. La sociedad no consigue nunca ser idéntica a sí misma, porque todo punto nodal se constituye en el interior de una intertextualidad que lo desborda. La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad (Laclau, E. y Mouffe, Ch, 1987: 130).

¹¹⁵Con lo que se incluía una nueva dimensión conceptual, traída, en este caso, de la combinación entre lingüística y politología.

CAPÍTULO 4 EL USO DE LA TÉCNICA

La metodología no es un saber que pueda perfeccionarse con independencia de la investigación. Teniendo eso en cuenta, en el capítulo anterior mostré cuál fue el proceso que llevó a la construcción del objeto en la primera etapa de una investigación en la que se usó historias de vida. En este capítulo volveré sobre esa experiencia con el fin de examinar las decisiones tomadas al construir la muestra y hacer las entrevistas.

En la investigación comentada, la revisión bibliográfica había puesto de manifiesto la ausencia de un enfoque que a mí me parecía indispensable: el de la genealogía ideológica y cultural del movimiento. Una combinación de investigación teórica y metodológica me condujo a la convicción de que era importante investigar los micro fundamentos sobre los que se fue estructurando aquel movimiento. También confirmó la importancia de usar historias de vida como instrumento para acercarme a ese conocimiento.

La decisión de usar historias de vida me obligó a problematizar la relación existente entre los entrevistados y su contexto social. Únicamente esa problematización podía mostrar cuáles eran las preguntas y precauciones que dicho uso implicaba.

Intentando avanzar en el razonamiento sobre las condiciones que permiten un uso productivo de las historias de vida en la investigación social, en el segundo capítulo discutí una de las principales premisas metodológicas sobre las que está articulado el método reconstructivo. Aceptando con Zemelman que, en los comienzos de una investigación, la teoría tiene como función abrir el campo perceptivo mediante la construcción de una serie de “conceptos ordenadores”, emergieron principalmente dos preguntas: (1) ¿cuál es el grado de apertura racional que es posible esperar de un investigador en el momento de seleccionar dichos conceptos? y (2) ¿hay criterios generalizables que permitan el uso de la experiencia pasada en el planteo de nuevas investigaciones?

Las dificultades que encierran tales preguntas hacen para mí imposible una solución definitiva. Consciente de esa limitación, el método seguido en el capítulo segundo fue el de reconstruir las principales decisiones teórico-metodológicas que orientaron la estructuración original de mi objeto de investigación. Más que dar una

fórmula final, la pretensión fue, en todo momento, la de aportar algunas experiencias a la discusión sobre el tema.

Según lo expuesto en el capítulo segundo, frente a las influencias subjetivas con que todos los datos son organizados, el antídoto es la vacunación y no la cirugía. Eso obliga a que todo investigador se esfuerce en mostrar cómo organizó su objeto de investigación. Para ello es necesario que, hasta donde le sea posible, haga explícitos los supuestos sobre los que ésta se basó y que, al exponer esos supuestos, que tenga en cuenta:

- 1) los propósitos de la investigación y
- 2) los principales nudos problemáticos que enfrentados en relación con:
 - a) el objeto elegido y
 - b) las técnicas de investigación que utilizará.

Como primera instancia, fue necesario recurrir a desprendimientos de teorías que versasen sobre la manera en que podía encararse el uso de los testimonios individuales y más tarde teorías que me permitiesen la primera selección de los conceptos ordenadores.

En la discusión sobre los supuestos teórico-metodológicos que orientaron la selección de los conceptos ordenadores se encararon fundamentalmente tres temas: a) la relación individuo-sociedad; b) el papel de lo simbólico en la constitución individual y c) una teorización sobre “el deseo” como vínculo entre determinación y creación. Como resultado, los conceptos ordenadores básicos, desde el comienzo, debían cubrir dos ángulos: el de los procesos ligados a la diferenciación social y los procesos ligados a la unificación, organización y acción colectiva. Entre los primeros, se eligieron los conceptos “clase”, “región”, “sexo” y “edad”. Entre los segundos, los conceptos “hegemonía”, “crisis orgánica” y “movimiento social”.

Todos y cada uno de esos conceptos pueden tener diferentes relaciones entre sí. Esas relaciones, sin embargo, sólo pueden ser captadas por medio de una investigación del proceso que se quiera historiar, por lo que su discusión sólo podrá ser retomada en momentos posteriores del trabajo. Tal investigación podrá producir dos conversiones en el enfoque con el que se comenzara el trabajo: por un lado, rectificaciones tendientes a la elaboración de conceptos cada vez más determinados y con relaciones más precisas entre sí; por otro, la necesidad de adoptar nuevos conceptos para complementar o sustituir algunos de los primitivos. Pero todo eso forma parte de una historia sobre la que no se puede entrar en estos momentos y que, en realidad, todavía continúa. En cambio, en este momento es posible un razonamiento

general sobre la experiencia adquirida en el diseño de la muestra-base y en el proceso de producción de las entrevistas. Este capítulo trata ambos temas.

A. LA MUESTRA Y SU REPRESENTATIVIDAD:

Sobre todo desde los fines del siglo pasado y comienzos de éste, una de las preocupaciones más notables de la sociología empírica fue encontrar métodos que le permitiesen construir muestras con un grado conocido de representatividad. Esto es comprensible si se consideran los problemas prácticos implicados en el estudio de poblaciones completas. Lo discutible no es pues la necesidad de contar con una teorización precisa sobre la construcción de muestras sino la exclusividad atribuida a los criterios teóricos que habitualmente se consideran adecuados para su selección. Ese es el punto que abordaré en el presente apartado. La discusión sobre este aspecto del problema es importante debido a las repercusiones negativas que las convicciones predominantes sobre los criterios de selección de las muestras han tenido sobre el prestigio de las técnicas cualitativas.

La primera dificultad obvia que debe enfrentar cualquier teoría del muestreo es que la muestra nunca será el todo, por lo que las conclusiones que puedan extraerse de su estudio nunca serán idénticas a las que se podrían haber obtenido estudiando la totalidad de la población. Eso ocurre no importa cuantos sean los cuidados con que se escoja la muestra, lo que se debe procurar es encontrar: a) formas de evitar que esas diferencias sean demasiado grandes y b) formas de conocer cuál es el margen de error probable con el que se trabajará en la muestra. Ambos requisitos pueden obtenerse mediante una acertada teoría del muestreo, ya que esa teoría tiene como propósito establecer, justamente, los procedimientos por medio de los cuales se establecen generalizaciones válidas para toda la población.

La certeza con que se trabaje en la generalización será mayor mientras mayor sea el grado de conocimiento que se tenga sobre la homogeneidad de la población. Tal es, por ejemplo, el criterio y la ventaja con que se opera al extraer una muestra de sangre y hacer generalizaciones a partir de su análisis. Suponiendo que la sangre del paciente tiene un alto grado de homogeneidad, el médico podrá generalizar para todo el cuerpo del paciente los resultados obtenidos en la observación de ese centímetro cúbico de sangre. Pero en las investigaciones de las ciencias sociales, esa homogeneidad no se logra fácilmente. Para ello es necesaria una teoría que tenga por objetivo establecer cuáles son los criterios que permiten elaborar una muestra con el menor número de sesgos posibles.

En la actualidad existen muy diversos criterios a disposición de quien pretenda establecer una muestra. Pero el que se disponga de esa diversidad de criterios no indica que entre éstos haya una misma jerarquía en cuanto al prestigio o la científicidad que se les concede. En el muy imperioso sentido común de aquellos que —de un modo u otro— se relacionan con las ciencias sociales, lo válidamente científico se asocia casi exclusivamente con los estudios hechos a base de muestras probabilísticas. La triple virtud que fundamenta ese particular prestigio de las muestras probabilísticas es:

- 1) que todos los componentes del universo tienen una probabilidad conocida de ser seleccionados,
- 2) asegurar que en esa selección no intervienen sesgos provenientes de las habilidades o preferencias subjetivas del investigador,
- 3) hacer posible el conocimiento del margen de error o de desviación respecto a la media de la población.

El gran mérito de la estadística fue permitir la elaboración de muestras que satisficieran todos esos criterios. Debido a esto, durante el predominio del paradigma positivista tal solución condicionó el tipo de técnicas que se consideraron aptas para la investigación sociológica.

Ellas debían permitir la cuantificación en dos sentidos: por un lado, debían mostrarse capaces de ser aplicadas a una muestra lo suficientemente grande como para permitir la manipulación estadística de los datos y, por el otro lado, los datos debían ser conformados de modo que su cuantificación fuese posible ¹¹⁶/.

Dadas esas dos condiciones, las entrevistas estructuradas desplazaron casi totalmente las entrevistas no estructuradas (y entre ellas a la historia de vida) del escenario de la investigación sociológica académicamente legítima.

1.- Los límites de aplicabilidad de la muestra probabilística:

Si el único criterio de representatividad al que puede recurrirse fuese el estadístico, sería cierto que la historia de vida sólo puede cumplir roles subordinados en la investigación. Pero ese es justamente el supuesto que merece discusión, ya que, frente a esa pretendida exclusividad, se abren dos interrogantes:

- 1) ¿es cierto que los axiomas de la estadística le permiten adecuarse a los requerimientos de los diferentes objetos de la investigación en ciencias sociales?

¹¹⁶Un comentario interesante sobre ciertos aspectos de esa polémica en la actualidad puede encontrarse en Catani, M.; 1990.

2) ¿es cierto que no hay nada que sustituya a la estadística para poder predicar la representatividad de una muestra?

En el primero de los cuestionamientos, lo que se pone en discusión es la relación de homogeneidad o heterogeneidad ^{117/} entre los presupuestos teóricos que se asumen al emprender la manipulación estadística y los que corresponden a la adecuada comprensión del objeto de la investigación.

Discutiré primero ese aspecto de la cuestión para luego abordar posibles alternativas a la muestra probabilística.

Las premisas en las cuales se apoyan Cicourell (1964) y otros autores (De la Garza, 1987), que discuten el monopolio de la estadística desde esta última perspectiva es, en síntesis, la siguiente.

No es cierto, dicen, que la estructura, o la lógica, de todos los objetos de la investigación sociológica sea isomórfica con los axiomas y conceptos estadísticos. El álgebra normalmente usada por la estadística, se funda básicamente en dos principios: en el principio de identidad y en el de aditividad de sus unidades. Ambos principios sólo son aplicables a conjuntos homogéneos. Para lograr que las unidades de estudio puedan ser comparadas y sumadas será entonces necesaria una rigurosa abstracción de todo lo específico del objeto. Ocurre, sin embargo, que no todos los objetos de la investigación social aceptan esa simplificación.

Es evidente que si se quiere comparar la cantidad de unidades contenidas en las subclases del sexo (esto es, cuántos hombres y cuántas mujeres hay en cada país), los axiomas de la “identidad” y el de “la aditividad” son absolutamente coherentes con los existentes en la lógica de las instituciones jurídicas desde las que el sexo se define como categoría censal. Eso permite una efectiva manipulación estadística de los datos; ya que las lógicas en uso son isomórficas y la traducción no produce alteraciones de ninguna especie. Pero, ¿seguirá existiendo ese isomorfismo si lo que debo manipular son respuestas a una pregunta sobre la opinión ante un suceso? Esto depende, y es algo que debe ser evaluado cuidadosamente.

Al dar la misma respuesta a las preguntas de una entrevista estructurada, existe la posibilidad de que los entrevistados: 1) estén pensando en aspectos diferentes del mismo evento o 2) estén reaccionando de la misma manera pero a partir de concepciones e informaciones diferentes sobre el mismo tema. Esas alternativas pueden a veces no importar, pero otras veces esto puede afectar la investigación de una manera decisiva. En tal caso, por haberme visto obligado a diluir aquellas

¹¹⁷ En palabras de Cicourell, A. (1964), la existencia o no de isomorfismo.

diferencias mediante su inclusión en una categoría común de hechos adicionales, el uso de entrevistas estructuradas afectará negativamente mis conclusiones.

Lo mismo puede ocurrir cuando lo investigado constituye una unidad con importantes estructuras de relación y de jerarquías internas. Por la vía de las muestras aleatorias pierde, aún antes de comenzar la investigación propiamente dicha, lo que constituía una característica básica de la población. Si ésto ocurre, sería evidentemente ilegítimo afirmar que las conclusiones que se saquen al fin del trabajo tengan alguna validez; y ese error no será evitado pese a los altos coeficientes de representatividad que se obtengan de una evaluación de los errores standard de la muestra. Pero si el tema no ha calado en la conciencia de los investigadores o sus críticos, el error cometido no será percibido y se actuará como si los resultados fuesen correctos y siempre se hubiesen seguido los carriles normales de la investigación.

En su libro sobre metodología, Bourdieu (1979: 224-25) incluyó un texto de E. Katz en el que se muestra cómo una investigación sobre opinión pública había arriesgado sus posibilidades heurísticas al estructurar su muestra como si ésta fuera una suma de elementos homogéneos e independientes. Los criterios usados en la confección de la muestra impidieron a los autores la posibilidad de captar cómo se estructuraban los liderazgos de opinión y las líneas de influencia que, desde esos liderazgos, extendían los dominios de esas opiniones a partes importantes de la población. Al no pensar las posibles heterogeneidades entre la lógica estadística (puesta en acto al construir la muestra) y la de las relaciones que se quería investigar, los investigadores actuaron como si hubiesen olvidado que no todas las opiniones tienen el mismo peso. Y el error fue más grave debido a que lo que ellos trataban de averiguar, era cómo estaría conformada la opinión pública en un futuro cercano ¹¹⁸/. Eso es justamente lo que no podía averiguarse con el método seguido.

La traducción entre los conceptos de las ciencias sociales y los conceptos estadísticos únicamente será posible cuando pueda probarse un isomorfismo teórico que garantice la fidelidad de esa traducción. Faltando ese isomorfismo, la elaboración estadística —aún la más sofisticada— se deslizaría por vías absolutamente divergentes a las del objeto que se pretende investigar. Y como no todos los objetos de las ciencias sociales son reductibles a los axiomas básicos de la estadística, es necesario concluir que no todos los objetos de investigación en ciencias sociales pueden abordarse mediante el uso de muestras probabilísticas siendo por ello nece-

¹¹⁸El texto se refiere a la investigación dirigida por P. Lazarsfeld, B. Berelson y H. Gaudet y que llevaba el nombre de El pueblo elige. Cómo decide el pueblo en una campaña electoral; publicada en español por Ediciones Tres, Buenos Aires.

sario encontrar otras vías de construcción muestral y una ampliación de los criterios de legitimidad con que se juzgarán dichas muestras.

Desde la “muestra estratificada” en adelante, existen una serie de técnicas de muestreo que permiten solucionar esas deficiencias implicadas en la traslación ilegítima de la lógica matemática a la lógica de las relaciones sociales. En todas esas técnicas se hace necesaria una intervención importante de la teoría social como garantía de una buena construcción muestral. Considerando ese antecedente, una de las alternativas posibles (para cuando por una u otra razón no se puede construir una muestra probabilística) es la de examinar los criterios de representatividad de la muestra a partir de los propios instrumentos de la teoría sociológica; esto es, mediante una evaluación teórica del material a ser analizado. En el próximo apartado se considerará esa posibilidad ¹¹⁹/.

2.- La muestra cualitativa

Como se insinuara antes, pese a que el término “muestra” ha sido tan fuertemente asimilado a las muestras aleatorias, esas muestras no son las únicas posibles ni siempre son las más adecuadas para la investigación social. Por el contrario, los tipos de muestra a los que se puede recurrir son varios; y en cada uno de esos tipos las unidades de la muestra se seleccionan con criterios diferentes a los usados en las muestras aleatorias. Tal es el caso, por ejemplo, de las muestras predispuestas, las muestras intencionales y las muestras por cuotas. En todas ellas, muy por el contrario de lo que se recomienda para las muestras probabilísticas, se elige intencionadamente un subconjunto de la población en el que están presentes aquellas características que se pretenden estudiar. En tal caso, los problemas que se plantean son formulables de la siguiente manera: ¿en qué medida, y dentro de qué límites, uno o varios testimonios individuales pueden ser utilizados para establecer generalizaciones teóricas respecto a la sociedad de la que forman parte?, ¿cuáles pueden ser los criterios que permitan construir una muestra representativa apta para el uso con historias de vida?

La respuesta individualista a tales problemas sería absolutamente denegatoria. No hay muestra representativa si no existe la posibilidad de calcular estadísticamente la probabilística que cada individuo tiene de entrar en esa muestra.

¹¹⁹Teniendo en cuenta lo que se ha venido afirmando, es posible concluir que, en éstas cuestiones, no es suficiente ni aceptable la proclama de un único paradigma de científicidad sino que, por el contrario, la investigación metodológica debe permanecer abierta para una constante adaptación a nuevas necesidades planteadas por el objeto de investigación.

Para esa tradición de pensamiento, ese es el problema más importante: siendo los individuos pensados como mónadas o esencias autosuficientes y —por la vía de sus interacciones— fundantes de toda sociabilidad, sus postulados se adecuan perfectamente a los de una tómbola en la que cada individuo es absolutamente homogéneo con una de las bolitas numeradas.

De esa manera, no se plantea la cuestión de la no coincidencia entre los supuestos que construyen el objeto de investigación y los supuestos empleados en el cálculo estadístico. Siendo pensada la sociedad como un agregado de individuos, sólo una muestra estadísticamente representativa podría crear las bases para inferir las características de una población a partir del estudio de un subconjunto de ella. Cualquier agregado de historias de vida (por más interesantes que fuesen en el develar la riqueza de una o varias vidas) muy poco contribuiría, en cambio, para dar cuenta de la estructura de la sociedad; que, según esta corriente de pensamiento, es el producto de una inmensa multiplicidad de interrelaciones que se producen entre sujetos que actúan según sus propias e irrepetibles disposiciones, creencias, recursos, etc.¹²⁰/.

Desde el punto de vista individualista, las historias de vida no serían más que meros relatos de un acontecer singular. Sin posibilidad alguna de que sus características permitan inferencias hacia un contexto explicativo más amplio.

Por el contrario, muy diferentes conclusiones se pueden extraer si se supone que los individuos, lejos de ser esencias fundantes, son primordialmente productos (aunque también a su vez productores) de las particulares configuraciones sociales en las que han desplegado sus vidas.

Todo el capítulo anterior tuvo el propósito de fijar los contornos de un modelo desde el cual fundar uno de los posibles usos de los relatos de vida en el análisis social. En él se procuró desentrañar algunas de las principales formas por medio de las cuales se puede llegar a entender cómo cada persona es sujeto y actor en la compleja cadena de ciertas relaciones sociales. También se procuró mostrar por qué, desde un punto de vista analítico, cada historia de vida puede ser considerada un verdadero testimonio de la sociedad en que se desarrolló. Como se recordará, mediante ese razonamiento se concluyó que aún la aparentemente irreductible fortaleza del yo, está cruzada y constituida por lo social y que la capacidad de creación individual, incentivada por el deseo, está posibilitada y sostenida por las fallas que

¹²⁰Un ejemplo de este tipo de posiciones puede encontrarse no solo en el clásico “contractualismo” sino en corrientes de pensamiento más modernas como, por ejemplo, las que se engloban en el ya aludido “individualismo metodológico”. Aunque, en realidad, forma parte de un sentido común muy extendido en ciertos ámbitos de las ciencias sociales contemporáneas. Véase la nota 32 en el segundo capítulo y Saltalamacchia (1992). Una crítica a esas posturas puede encontrarse en Pereyra, C.; 1979.

abren en el otro nuestra posibilidad de ser objeto de su desear. Partiendo del axioma de que todo deseo humano es deseo del Otro pude en ese capítulo afianzar la idea de que toda psicología es una psicología social. Se rompía así con la idea de que entre individuo y sociedad puedan predicarse rupturas, superposiciones o relaciones unilaterales de causa y efecto. Por el contrario, lo que debe hipotetizarse es la presencia de una compleja sustancia común.

Si lo antes planteado fuese aceptado, fácilmente se podría coincidir en que cada individuo (todo él) es un testimonio de su sociedad; no sólo como testigo y narrador de una historia que le toco en suerte contemplar ^{121/}, sino como producto y testimonio de ella en cada uno de sus actos. Dime con quién andas y te diré quien eres, dice el refrán; y a la inversa, en el despliegue de su ser en la narración, es posible ir detectando los discursos que anduvieron en aquel que nos brinda su testimonio. Es esto lo que permite afirmar que en una narración, cuanto más desprevendida e inestructurada mejor, lo que pueden vislumbrarse son los rastros de la sociabilidad que llegó a constituir al narrador. Es a esos discursos que es necesario y posible llegar mediante el relato oral.

Para asegurar su representatividad la muestra debe ser construida tomando en cuenta los conceptos ordenadores mediante los que se ha establecido, en el principio del trabajo, la estructura original del objeto de investigación. Para evitar equívocos falta sin embargo hacer algunas precisiones en torno a esa idea.

Una de las cosas a tener en cuenta es que, afirmar lo anterior, no significa que esos discursos que han constituido a los entrevistados sean, siempre, los discursos de toda la sociedad. En nuestras complejas sociedades modernas, ningún individuo se estructura en relación directa con toda la sociedad. La sociedad es una totalidad sumamente compleja y sumamente “segmentada”. Es en relación a alguna específica combinación de esos segmentos que el individuo se organiza; y es sólo de ellos un testimonio.

En sociedades menos complejas, quizá haya sido posible encontrar tipos humanos más homogéneos y representantes más fieles del conjunto de la sociedad en la que se constituyeron ^{122/}. Debido a esa menor complejidad quizá hayan servido conceptos como los de “Personalidad básica” de Kardiner: y en ellas quizá fue posible identificar, como afirma ese autor:

¹²¹Esa es únicamente una parte de lo que puede encontrarse en un relato de vida y que, tomando los recaudos metodológicos necesarios, puede contribuir al conocimiento del objeto que se trata de investigar.

¹²²Aunque, aún en esos casos, tampoco totalmente idéntico a los otros; ya que la lógica de la identificación, si es librada a su propio impulso, lleva a la muerte y a la devoración. Por eso la ley se erige siempre como forma necesaria de fijar límites y de distribuir lugares.

- 1) técnicas de pensamiento análogas;
- 2) ciertos sistemas de seguridad y defensa institucionalizados que permiten a los miembros del grupo hacer frente a sus necesidades en forma predecible y comúnmente aceptada y
- 3) un cierto “super-yo” común, encarnado en las creencias religiosas y en ciertas convicciones respecto a los deberes para con el grupo.

En nuestras sociedades complejas, en cambio, cada individuo es, como decía Freud:

...miembro de muchas masas, tiene ligazones de identificación y ha edificado su ideal del yo según los más diversos modelos. Cada individuo participa, así, del alma de muchas masas: su raza, su estamento, su comunidad de credo, su comunidad estatal, etc.(1979: 22).

El individuo entrevistado será representativo de varias de esas “almas” o del “alma” que surja de singulares puntos de cruce entre distintos ámbitos de determinación. Pero no lo será de toda la sociedad.

Teniendo esto en cuenta, los individuos que ocupan cada uno de los estratos en que dividimos la muestra no deben ser concebidos como una esencia irreductible a las relaciones de las que forman parte sino, por el contrario, como un lugar de “anudamiento” de un conjunto determinado de relaciones sociales. Cada uno de ellos es, por ende, representativo de ese particular nudo en el entretejido social. La medida y tipo de representatividad de los testimoniantes escogidos será una de las preguntas a las que deberá abocarse el investigador durante el propio curso de la pesquisa.

Al principio de la investigación, conocer cuáles son los cruces más significativos que se producen entre los determinantes de la conducta individual típicos (por ejemplo: de un país, una región y una época determinadas) permitirá elaborar una primera predicción de cuáles serán los entrevistados necesarios. Tal conocimiento es indispensable para seleccionar a los entrevistados en el comienzo de la investigación; pero será inevitablemente reelaborado con el perfeccionamiento de la información sobre la población estudiada.

Inevitablemente, ese perfeccionamiento obligará a elegir nuevos entrevistados.

¿Cómo calcular el tamaño de la muestra? ¿Será suficiente un sólo individuo para captar la compleja constitución de cada uno de esos nudos?

Si aceptásemos la hipótesis de que cada uno de los casilleros de la muestra (que alude a un determinado haz de relaciones) incorporase un determinado “inconsciente colectivo”, la respuesta sería afirmativa. En tal caso, la generalización

sería respaldada por la posibilidad de encontrar, en cada individuo, los rasgos que son comunes al resto. En tal caso, nuestra imagen de la sociedad sería la de una serie de vectores disparados en distintas direcciones a partir del inconsciente colectivo. Aceptada esa concepción, la técnica adecuada sería aquella que permite distinguir lo singular de lo común a toda la colectividad en el relato del entrevistado.

Pero esa es una simplificación insostenible. De acuerdo a lo dicho, cada individuo es un singular e irrepetible efecto de las relaciones sociales de las que participa. Esa historia es un proceso variado y complejo de anudamientos en los que intervienen distintos tipos de relaciones sociales. En esa medida, en los individuos no se podrá nunca encontrar identidades sino semejanzas. Esas semejanzas son sólo perceptibles por contraste con otros anudamientos ¹²³/.

Siendo imposible suponer la absoluta representatividad de un solo entrevistado, es necesario plantear el problema de su cantidad: ¿cuántos es necesario entrevistar? También sobre este aspecto hay diferencias importantes entre la forma de construcción de las muestras cualitativas y las cuantitativas. La más importante radica en que, mientras en la muestra estadística el número de entrevistados se determina antes de la investigación y es imposible rectificar esos criterios luego de comenzada la investigación, en la muestra cualitativa la elaboración de la muestra forma parte del propio proceso de la investigación. Son los resultados que se van obteniendo los que indican la mayor o menor necesidad de ampliar el universo de la muestra.

Los propios criterios puestos en juego durante la construcción de la muestra habrán de ser precisados y aún reformulados en el proceso de investigación. En esa medida, durante el desarrollo de la misma se debe ir verificando o rectificando el número y la calidad de los entrevistados. De ese modo, tanto el tipo como la cantidad de entrevistados será definitivamente fijada al terminar la investigación. De hecho, la muestra definitiva será una parte de los resultados de la investigación; y esto hasta tal grado que podría afirmarse que toda la exposición de los resultados de la investigación puede también concebirse como una prolongada justificación de los criterios utilizados durante el muestreo.

¹²³De allí que sea tan importante que la investigación siempre determine cuáles son sus parámetros de comparabilidad. Son las comparaciones lo que permitirá destacar la especificidad del objeto que se quiere abordar en la reconstrucción teórica. El que no siempre se acepte el carácter relativo de toda idea de "identidad" ha llevado a los sociólogos a interminables e inútiles discusiones. Un caso típico en este sentido es la discusión sobre qué es una clase y cuáles son los sujetos que están o no están en cada una de las clases. Si se piensa que las diferencias entre clases son esenciales y captables sin comparación será siempre imposible determinar dónde comienza y termina una cierta clase social.

El número óptimo de entrevistados será aquel en el que se logra la “saturación” de la muestra; es decir, cuando el agregar nuevos entrevistados sólo agregaría informaciones de interés secundario en relación al objeto de la investigación ¹²⁴/. Esto se percibe solamente considerando la experiencia obtenida durante la investigación.

Como habrá sido evidente, toda esta última parte de la exposición ha adolecido de un carácter sumamente esquemático, ya que su único propósito fue recordar algunos de las principales premisas desarrolladas en el capítulo anterior con el fin de mostrar su aplicación en la construcción de las muestras cualitativas. Corresponde ahora entrar en la exposición de los supuestos que alentaron la realización de las entrevistas.

B. LA ENTREVISTA

Como toda otra técnica de investigación, la entrevista de historia de vida es una específica forma de interacción social y guarda de éstas sus principales características. En el análisis siguiente se enfatizará sólo en aquellos aspectos que pueden ser propios de esta manera de construir el dato; poniendo especial cuidado en mostrar los temas sobre los que el investigador deberá estar alerta, atendiendo a cada uno de los elementos que habrán de componer esa interacción.

1.- El entrevistado y su lugar.

1.1. en la reconstrucción de datos fácticos.

Una de las dificultades que presentan muchos de los temas que aborda la investigación sociológica —sobre todo cuando trata la historia de las clases subalternas— es la falta de información detallada sobre el mismo. Para explicar esto se pueden encontrar varias razones, entre las cuales figuran:

- 1) el desinterés que historiadores y archivos oficiales muestran por esa historia;
- 2) la represión gubernamental; que tiende a hacer desaparecer los vestigios de aquella historia en el proceso de desorganización y aniquilamiento de movimientos u otro tipo de actividades sociales de las clases subalternas;
- 3) el que las conversaciones, reuniones, panfletos, etc., con que se va forjando el sistema de relaciones mediante el que se estructura el futuro (pero aún no

¹²⁴Con otro tipo de argumentación, es este mismo criterio de “saturación” lo que proponen Strauss (1987); Bertaux (1982) y Poirier et. al. (1983) para la decisión sobre la cantidad de entrevistados necesarios.

percibido) movimiento social o muchas otras actividades, quedan a lo sumo en la memoria, pero es imposible encontrarlos en archivo alguno.

Estas y otras causas, en combinaciones específicas, obligan a recurrir a la memoria de los participantes como único acceso a esa información. Desde el punto de vista de la información acumulada, el entrevistado tiene normalmente dos ventajas sobre el investigador:

- 1) ha vivido en la época y en la región en el que se fueron desarrollando los acontecimientos que interesan y/o
- 2) se ha interesado por ellos de una u otra forma; al punto, al menos, en que les dedicó su atención y que los recuerda.

A partir de esa situación privilegiada el entrevistado puede proveer dos tipos básicos de información:

- 1) sobre acontecimientos directamente vividos;
- 2) sobre acontecimientos de los que fue informado en ese momento o al poco tiempo.

Pero ninguna de estas ventajas (propias del entrevistado) debería llegar a desarmar la vigilancia del investigador. Por un lado porque, pasado el tiempo, la memoria puede irse debilitando; haciendo confusos o disolviendo los principales rasgos del evento. Pero también por otras dos razones que sin demasiado rigor técnico, pueden ser incluidas en el concepto de “racionalización” ¹²⁵/. Es bueno tratarlas brevemente.

El entrevistado es, casi por definición, un actor de los sucesos narrados. Vivió e interpretó esos hechos tanto desde su instrumental cognitivo como desde los intereses materiales o simbólicos que organizaron su participación. En tanto informante, el dato que nos provee debe ser evaluado a partir del conocimiento de esas circunstancias.

Además, en el caso específico de las investigaciones a las que hago referencia, el entrevistado se refiere a un movimiento o actividad cuyo ciclo ya ha terminado. De esos acontecimientos él conoce el desenlace y, posiblemente, sufre en alguna medida sus consecuencias; eso es así tanto si el movimiento o actividad han resultado exitosos como si han fracasado. Difícilmente alguna de esas circunstancias deje de teñir la potencia de la memoria y la presentación de los hechos y secuencias recordadas. En todos los casos, el entrevistado tenderá a organizar el discurso de su memoria desde sus actuales convicciones e instrumental cognitivo ¹²⁶/.

¹²⁵En torno a los problemas presentados por las posibles limitaciones en la memoria de los entrevistados, consultar Baddeley M.; 1979.

¹²⁶Sobre este tema consultar Baddeley (1979), Kluckhohn (1945) y Catani, M. (1981).

Es imposible suprimir totalmente todos esos condicionantes. Pueden, sin embargo, ser neutralizados mediante su introducción en el discurso interpretativo. En el caso de las “historias de vida”, en la medida que el constructor del dato está frente al investigador, se puede intentar un proceso conjunto de deconstrucción-reconstrucción del dato que permita avanzar con más seguridad a la investigación.

Las características principales de ese proceso al que llamo deconstrucción-reconstrucción serán examinadas en el próximo apartado.

1.2.- en la reconstrucción del sentido.

Si bien importantes, los datos fácticos (recogidos tanto de fuentes secundarias como de boca del entrevistado) no son suficientes para comprender el paso a la actividad de personas que antes no lo estaban, ni las experiencias que llevaron a la gestación de creencias y aversiones comunes. Para ello se requiere una reconstrucción del sentido.

Defino en este momento como “sentido” el lugar que ocupan los hechos en la “estructura de relevancias” que organizan la percepción activa del sujeto. Esa estructura de relevancias está fundada, por supuesto, en los valores, saberes y certezas que, según se supone, el interpelado comparte, en algunos casos, con casi todos sus contemporáneos y en otros con sólo algunos de ellos. Esas estructuras le permiten distinguir lo importante de lo que no lo es, lo repudiable de lo admirable, etc.. La historia de vida permite preguntar al entrevistado sobre ese sentido particular que para él tuvieron los actos en el momento de ocurrir. Normalmente, forma parte principalísima de la investigación tanto el conocimiento de lo ocurrido como toda información sobre cómo, en el momento narrado, el entrevistado interpretaba los datos de su realidad y cómo comprometía sus valores en esas interpretaciones.

Lo cual no quiere decir que las opiniones de los entrevistados al respecto deban ser tomadas en forma absolutamente desprevenidas. El tiempo transcurrido —entre los hechos relatados y el momento de la entrevista— puede ser un obstáculo para reproducir ese sentido implícito en sus actuaciones e interpretaciones del mundo de años anteriores. Por un lado puede actuar el olvido. Pero además, el entrevistado muy difícilmente podrá separar claramente sus valores y conocimientos actuales de los que poseía en el pasado; correremos por ello el riesgo de tomar sus perspectivas actuales como si fueran las que él tenía en aquella época. Peligro que se acentúa si se recuerda que en la entrevista (como en toda relación transindividual) la tentación es la de ubicarse en el lugar del deseo del otro, adivinándolo. En este caso, el relato se verá afectado por la imagen que el entrevistado tiene del investigador o de los posibles lectores o escuchas del informe de investigación. Según cual sea esa

imagen, su tendencia será la de enfatizar uno u otro aspecto en la reconstrucción del sentido. Esto deberá ser comprendido por el entrevistador y esa comprensión debe llevarlo a ensayar formas de interrogación que permitan revisar el relato y quitar esas adherencias del presente que inhiben la comprensión del sentido en hechos pasados.

Tampoco en este caso el problema es que el entrevistado haya interpretado los acontecimientos (vividos o presenciados) desde ciertos valores e instrumentos de conocimientos que le eran propios. Más que un problema, ése es justamente el material que buscamos. De lo que se trata es de interpelar al entrevistado tornándolo conciente de los posibles peligros de la racionalización para obtener en él un aliado que permita reconstruir los sentidos dormidos en la densa humareda del pasado.

Por todo esto, también aquí deberá iniciarse un proceso de deconstrucción-reconstrucción del dato en el que la colaboración del entrevistado será indispensable. Por ese medio, se tratará de revivir los hechos intentando, en lo posible, reconstruir el sentido atribuido a los mismos en el momento en que ocurrieron. Una de las grandes ventajas de la historia de vida es su capacidad de permitir un tipo de interacción entre entrevistador y entrevistado que pueda emerger esa reconstrucción del sentido.

2.- *La intervención del entrevistador.*

El infinito y caótico mundo de lo real sólo puede ser conocido si en él se impone un orden. No porque sea necesario presuponer que ese mundo esté en sí mismo desordenado. Pero sí, en todo caso, porque ese orden de lo infinitamente grande del mundo es inasequible a la finitud de la mente humana. Conocer, entonces, es un largo proceso de selecciones y reconstrucciones ^{127/}. Pero si esa certeza impide caer en la ingenuidad de una realidad que se impone por su propia potencia ¿cómo evitar en cambio el solipsismo de un proceso teórico que encuentra, en lo real conformado por los propios conceptos, una confirmación tautológica de sí mismo?

Tal como ocurre en varias versiones del método hipotético deductivo, pensar el conocimiento como mera deducción lleva forzosamente por ese camino. Es para evitar ésto que, al menos en sus comienzos, el proceso de investigación debe estar abierto a otras posibles definiciones de lo real.

Tener presente esta condición, en el proceso de las entrevistas de historia de vida, significa: 1) aceptar rectificaciones sucesivas en la selección de la muestra y 2) aceptar un momento inicial en que la intervención del entrevistador debe reducirse a

¹²⁷ Este es un tema que preocupará particularmente a los epistemólogos neokantianos, entre ellos quien hizo aportes de mayor importancia en las ciencias sociales es sin ninguna duda Weber.

un mínimo para permitir que aparezca toda una riqueza temática e interpretativa que de otra forma, hubiese quedado oculta o reprimida. Sobre éstos temas volveré más adelante. Pero antes señalaré cuáles son algunos de los principales problemas surgidos en la relación entre entrevistador y entrevistado.

3.- *Los problemas de la relación.*

Lo que no siempre queda lo bastante presente, en la cabeza de aquellos que usan la entrevista, es que la misma siempre implica la producción de una relación social ¹²⁸/. Reconocido esto, se comprenderá que ella no puede ser identificada como el libre y desprevenido flujo de conciencia del entrevistado. El entrevistador ha preguntado y se ha quedado a la espera de respuestas, permitiendo por su sola presencia, sin hacer nada para que ello ocurra y sin poder evitarlo, que sobre su rostro y su cuerpo se encarnen imágenes y fantasías que le dan una fisonomía precisa y compleja en la cabeza del entrevistado. Y el entrevistado le habla o le narra a ese entrevistador que en parte él reconstruye. Por lo que, para comprender su discurso, es indispensable saber cuáles son los significados que el entrevistador encierra para el entrevistado. Como así también qué significa, para él, el acto mismo de la entrevista en relación a su vida actual o futura. Las respuestas hipotéticas a esas preguntas podrían ser varias. Podría hablarse del posible temor que toda entrevista ocasiona como también de la posibilidad de que sea pensada como el primer paso a una carrera hacia la popularidad o muchas otras cosas. Pero lo que aquí interesa no es la respuesta sino la pregunta. Es la presencia de esa pregunta lo que permitirá que el investigador tome conciencia de los múltiples significados que se estructuran en cada entrevista. Tal conciencia permitirá introducir esos significados como un nuevo elemento en la interpretación y balance crítico de sus resultados.

Al mismo tiempo, no se trata solamente de que el entrevistador pueda captar los significados que la entrevista adquiere para el interlocutor. Dado que la entrevista no debería ser (como suele considerársela) una forma de “recolección de datos”, sino una propuesta de investigación conjunta, los propios significados de la entrevista deberían ser discutidos durante la relación. Esto confirma la idea de que, en definitiva, la mejor manera de combatir los sesgos subjetivos no es ocultando su existencia en el proceso de la investigación, sino, por el contrario, haciéndolos absolutamente presentes y conscientes en todo momento del proceso de investigación. Como antes se afirmara, es la inmunología y no la cirugía el método adecuado al tratamiento de los aspectos subjetivos de todo relato de vida.

¹²⁸Sobre las implicaciones analíticas que surgen de considerar la entrevista como una relación social y, por ende, marcada por el conflicto ver Grele, R.; 1991.

4.- la entrevista como co-investigación :

En el curso del apartado anterior hice repetidas referencias a un proceso al que llamara de deconstrucción-reconstrucción del dato. Es el momento de explicar en qué consiste. ¿Qué es, en definitiva, lo que se está afirmando al usar ambos términos en forma combinada?

Si en el análisis de la emergencia de movimientos sociales, o de cualquier otro tipo de evento social, nos encontramos siempre ante datos ya construidos ¿cuál es la ventaja de los relatos de vida en relación a otras técnicas en el proceso de construcción teórica de nuestro objeto de investigación?

Lo había señalado antes. En un relato de vida nos encontramos ante una fuente muy particular. Una fuente que habla y que se relaciona con nosotros intersubjetivamente. No es pues una fuente inanimada (como en el caso, por ejemplo, de los documentos personales). Frente a este tipo de fuentes nos veríamos en la obligación de elaborar y poner en juego una serie de procedimientos “arqueológicos” capaces de reconocer los vectores que sostienen cada dato: esos vectores que lo conformaron de la forma en que se nos presenta actualmente. En el relato de vida eso no es indispensable.

El relato de vida tampoco tiene los límites de las entrevistas estructuradas; en las que el entrevistador debe cumplir estrictamente el plan previamente diseñado para la entrevista.

En la medida en que el relato de vida sea pensado como parte de un proceso de co-investigación, el dato puede tener otra manera de ser, otra presencia. Es justamente la posibilidad de interactuar los entrevistados (esos complejos mecanismos de producción de sentidos) lo que privilegia positivamente a la historia de vida.

Quiero ser claro. No es el carácter de “narración de acontecimientos” lo que le da a la entrevista ese rasgo especial; en cuanto narración el resultado de la entrevista no sería muy diferente al de cualquier forma de “entrevista estructurada” ni tampoco llegaría a diferenciarse de los resultados de una autobiografía ¹²⁹/. Para tomar un ejemplo aparentemente muy cercano al relato de vida: a diferencia de lo que ocurre con este último, en la autobiografía el texto se presenta como absolutamente acabado e indiscutible. Lo aceptamos o lo dejamos. Pero no podemos volver sobre los recuerdos del autor para ver cómo fueron construidos. No podemos analizar las opciones dejadas de lado por el relator en su interpretación. No podemos discutir los criterios interpretativos buscando otras alternativas. En cambio, eso sí es posible en un relato oral.

¹²⁹Sobre los límites de la autobiografía véase Bourdieu, P (1986); Clot, I. (1989) y Saraceno, Ch. (1989).

No es que esa interacción entre entrevistador y entrevistado permita, simplemente, poner en juego controles más efectivos respecto a la confiabilidad de los datos. En esa interrelación hay algo mucho más sustancial.

Como ya lo expresara, es insostenible toda hipótesis que piense el dato como la presencia pura de lo real rodeado de una escoria subjetiva que debe ser desechada. Todo dato es un compuesto indivisible de subjetividad y objetividad. En tanto producto simbólico, es el efecto de una realidad ya interpretada. Es por eso que, lejos de comprometernos en una tarea de desecho de los elementos subjetivos, de lo que se trata es de una tarea de reconocimiento de los criterios interpretativos que hicieron que dicho dato fuese posible.

Y no sólo, en verdad, una tarea de reconocimiento de esos criterios. Ese reconocimiento, en efecto, puede situar al investigador en un grado de comprensión mucho más preciso que si tuviera simplemente que aceptar el dato que se le proporciona. Pero mediante la entrevista se puede lograr algo más. Se puede iniciar *una tarea conjunta de desestructuración de las explicaciones que el entrevistado ha asumido como definitivas; se puede profundizar en ellas discutiéndolas desde distintos puntos de vistas; completándolas con informaciones adicionales y que anteriormente no habían sido tomadas en cuenta; se puede introducir hipotéticamente un alerta sobre los posibles efectos del paso del tiempo en la estructuración del recuerdo; se pueden analizar las posibles alteraciones que provengan de las varias interferencias a las que nos refiriéramos en el apartado anterior.*

Como es evidente, con esta propuesta se rechazan los cánones comúnmente aceptados para la realización de las entrevistas tradicionales. Si bien es cierto que las diferencias entre entrevistador y entrevistado se mantienen, ya no se trata de la presencia de un entrevistador que hace preguntas y escucha y de un entrevistado que contesta. Más allá de eso, se trata de una tarea de búsqueda compartida. Tarea difícil, pero de resultados mucho más eficaces, al entrevistado se le exigirá —en la medida de lo posible— una ardua tarea intelectual; en la que el entrevistador deberá actuar como estímulo, pero nunca como reemplazo.

El entrevistador, como es lógico, aportará a las entrevistas sus instrumentos analíticos, su entrenamiento en el análisis de situaciones y un conocimiento quizás más global sobre el proceso; conocimiento logrado tanto mediante el previo estudio de fuentes secundarias como de otras entrevistas. Pero, una vez en la relación, ese bagaje es sólo uno de los insumos. La entrevista debe ser entendida como el marco de una elaboración teórica conjunta en la que no necesariamente surgirán acuerdos

totales o aprovechamientos semejantes; pero sí interpretaciones que no existían antes de la relación.

En muchos casos, la entrevista se convertirá en el espacio de interacción de dos lenguajes; uno principalmente teórico, el otro cercano al lenguaje de la vida cotidiana. El efecto de esa interacción debería ser el de una confrontación o unificación tendencial de sentidos; aunque se sepa que esa unificación no pasará nunca de ser una utopía útil.

Es justamente el esfuerzo que supone esta manera de entender el relato de vida lo que posiblemente sea difícil de lograr en ciertas investigaciones. Pero eso es harina de otro costal; y tema de otra discusión.

5.- La preparación de las entrevistas

Opiné que la historia de vida es una forma de hacer participar a los entrevistados de una investigación conjunta sobre áreas de interés común. Uno de los beneficios de esa participación es el epistemológico, en la medida en que la interacción con el entrevistado permite un proceso de deconstrucción-reconstrucción de los datos. El otro beneficio proviene de la posibilidad de transformar el proceso de entrevistas en un acontecimiento útil no sólo para el entrevistador sino también para el entrevistado; en tanto le abre un espacio en el que poder pensar sobre acontecimientos pasados. Pero ni una ni otra característica releva al investigador de su mayor responsabilidad en el proceso de investigación. Y uno de los momentos en que esa responsabilidad se pone a prueba es justamente el de la preparación de las entrevistas. La espontánea productividad de una entrevista sólo es asegurada si, antes de ella, el entrevistador se familiarizó profundamente con el universo fáctico y cultural del entrevistado y se hizo cargo, además, de cualquier tipo de interferencia que pudiese restar fluidez y confianza a la interacción con el entrevistado. Los siguientes son algunos de los aspectos que según la experiencia hecha, deben ser tenidos en cuenta en esa preparación ¹³⁰/.

5.1. Producción de datos pertinentes mediante fuentes secundarias:

Tal como había señalado anteriormente, el uso de la historia de vida no implica la exclusión de otras técnicas de construcción de datos. Por el contrario, los datos recogidos mediante otras técnicas proporcionan un material de gran importancia como complemento en cada fase de la investigación. Tal es el caso, por ejemplo, de las cronologías del período investigado, o la configuración de las principales líneas del conflicto global entre los principales actores, o los agrupamien-

¹³⁰Comentarios útiles sobre este aspecto pueden encontrarse en Hammer, D y Wilodawsky, A.; 1990.

tos político-ideológicos, o de otro tipo, que pudieran haber influido en las conductas de los entrevistados.

El análisis de un material como el descrito permitirá:

- a) construir preguntas y campos problemáticos para ser incluidos en las guías de entrevistas por si es necesario recurrir a ellas en algún momento.
- b) tener presente las explicaciones de los hechos más difundidos pues pueden estar presentes en la memoria del entrevistado organizando su propia interpretación, guiando su reconstrucción y hasta suplantando su memoria.
- c) poder confrontar esas explicaciones y reconstrucciones con la lograda al fin de la investigación; haciendo posible el reconocer los aportes del propio trabajo.

5.2. Guía de la entrevista:

Ninguna conversación con un familiar, amigo o vecino se desarrolla tomando en consideración una guía previamente escrita en la que se indique a cada interlocutor lo que debe preguntar o responder. Que un entrevistador lleve consigo una guía escrita (de la cual servirse para orientar el intercambio con su entrevistado) siempre rompe el encuadre introduciendo un elemento que subraya que no se está en una simple conversación. Lo óptimo es no llevar ninguna guía escrita. Pero para ello el investigador debe estar muy bien preparado. En caso de que esa preparación sea imposible, lo recomendable es un tipo de guía y una forma de consulta que no llama demasiado la atención del entrevistado.

5.3. Determinación del lugar en que se llevará a cabo la entrevista:

No es posible dar recetas sobre cómo seleccionar el lugar de la entrevista. En ciertas ocasiones, es imposible encontrar alternativas y la entrevista se llevará a cabo allí donde sea posible. En otras, esta selección se hace posible. En todos los casos es indispensable recordar que el contexto es parte de la situación de interacción. Si la selección es posible, el entrevistador deberá pensar cuál es el lugar más adecuado para que la entrevista se lleve a cabo en forma espontánea y tranquila. En el caso en que esa selección sea imposible, el contexto deberá ser con más razón incorporado a la interpretación, por lo que es indispensable que el investigador se inquiera sobre cómo puede haber influido en desarrollo de su encuentro con el entrevistado.

6.- El número de las entrevistas

Según la experiencia acumulada, es deseable (aunque no siempre posible) la realización de tres entrevistas cuyas características paso a exponer inmediatamente.

Primera entrevista:

1. Se informa al entrevistado sobre los orígenes, objetivos y métodos de la investigación.

2. Se le solicita colaboración. Si él está de acuerdo, se le pide que recuerde — en lo posible en forma cronológica— lo que le parezca respecto a su vida (o, en otros casos, respecto al tema de la investigación); poniendo especial énfasis en aquellos acontecimientos más ligados a su experiencia inmediata y muy especialmente al recuerdo de anécdotas ¹³¹/.

3. Las intervenciones del entrevistador deberán tender únicamente a:

(a) reducir el discurso del entrevistado hacia el tema cuando resulte evidente que éste se ha alejado demasiado del mismo,

(b) volver la atención del entrevistado hacia períodos poco abordados por el mismo: hacia períodos y no hacia acontecimientos pues en ese caso perderíamos la información que provee el testimonio al no hablar de ciertos acontecimientos.

Siempre el entrevistador debe anotar, durante la entrevista, cuál es la causa de sus intervenciones y cómo es el lenguaje gestual del entrevistado.

En esta primera entrevista, la intervención del entrevistador debería reducirse a un mínimo. El objetivo de esa abstinencia es el evitar, en lo posible, que las prenociones del entrevistador limiten el campo de recreación del entrevistado o influyan demasiado en el curso de su memoria.

Análisis preliminar del texto de la primera entrevista: el análisis preliminar tiene por principal objetivo la preparación de la segunda entrevista. En él pueden diferenciarse dos etapas. En la primera se estudia detenidamente el texto de la entrevista mediante varias lecturas y fichajes de la misma. Durante ese estudio se verifican las probables incongruencias en la información; se reconocen aquellos momentos en que el narrador parezca haber entrado más de lleno en una racionalización *ex post facto*; se detectan aquellos silencios significativos sobre acontecimientos que el testificante supuestamente debe conocer y recordar, pero que no ha contemplado en su narración; se identifican por fin cuáles son las ideas que siendo importantes para la marcha de la investigación, han quedado poco contempladas en el informe.

En la segunda fase, se compara el texto de la entrevista con los textos preparados anteriormente por el investigador a partir de la información

¹³¹Las anécdotas se asemejan, según mi experiencia, a una especie de fotografía en la que la memoria guarda aspectos que, si no fuera por ellas, normalmente desaparecerían de las reconstrucciones históricas o serían mucho más radicalmente reconstruidos a partir de las demandas y determinaciones del presente.

proporcionada por otras fuentes. Esto obligará a razonar sobre las posibles causas de las divergencias encontradas.

El producto de ambas fases permitirá la preparación de una guía bien detallada para la segunda entrevista.

Segunda entrevista:

En la segunda entrevista el planteo de la relación entrevistador-entrevistado es diferente al de la primera. Si en la primera el énfasis fue puesto en mantener la prescindencia del entrevistador con el objetivo de asegurar la mayor espontaneidad en el testimonio, en la segunda el entrevistador debe cumplir un papel bien activo. Su propósito es cumplir lo más estrictamente posible con la guía preparada en el análisis de la primera entrevista. En ella conviene seguir los siguientes pasos:

- a) exploración y elaboración conjunta de los problemas que hubiesen resultado importantes luego de las críticas interna y externa del texto de la primera entrevista.
- b) énfasis en el análisis sobre los contenidos significativos de las acciones narradas. El objetivo será descubrir la posible influencia del conocimiento a posteriori en la narración del entrevistado.
- c) discusión con el entrevistado de las diferentes interpretaciones alternativas a la dada en el testimonio.

Como es posible notar, esta segunda entrevista constituye el momento más activo de la co-investigación.

Tercera entrevista:

Completado el segundo ciclo de entrevistas, el investigador redactará un informe preliminar en el que reunirá los principales elementos de su propia reconstrucción. Es conveniente realizar entonces una tercera entrevista con uno o varios grupos de entrevistados. En ella el investigador someterá su informe a la crítica del grupo con el objetivo de:

- a) devolver a los entrevistados el fruto de la investigación.
- b) estimular nuevas elaboraciones por parte de los entrevistados ahora en presencia de una interpretación global del período o acontecimiento sobre el que testimoniaron.
- c) dar a los entrevistado los elementos que le permitan juzgar si autorizarán o no que el investigador incluya sus nombres en el informe de la investigación.

Queda claro que este sistema de tres entrevistas no siempre podrá lograrse debido normalmente a limitaciones presupuestarias o de tiempo. El mismo cumple,

sin embargo, el papel de una utopía que es útil para señalar cómo llegaría a ser verdaderamente posible la co-investigación.

UTOPIÁS

Si bien he entendido las cosas, Ello puede ser entendido como esa parte insoportablemente imperiosa y sin sentido de lo “real corpóreo”: un semi-caos (al menos desde nuestra inteligencia) que se aleja de sí en el movimiento de ir viviendo, cuando el yo va construyendo su lugar ¹³²/.

La palabra da forma y realidad humana a ese desprendimiento que se produce en el momento del nacer: tu madre es ella; tu eres tu. Imposible retorno a las cavernas del no ser.

Más tarde el padre confirma la palabra, cortando todo intento de reintegración. Con su nombre genérico el padre organiza al campo de la palabra. Pero cada padre es también algo más: su portador ¹³³/.

Mediante la intervención paterna la castración corona el proceso de diferenciación generando un sujeto del inconsciente en sentido pleno. Desde entonces, algo hablará en el sujeto —mediante distintos códigos— sin que casi nunca él lo sepa o lo pueda entender.

La consecuente entrada en la cultura nos obliga a una lucha constante por reconocer y negociar las diferencias. Reconstruir la comunidad sin desconocer que el otro es otro ser —que me constituye y me pone límites, en un infinito juego de desconocimientos y reconocimientos que, más allá de las palabras, no puedo fácilmente soportar. Pero Ello insiste; insertándose subrepticamente, con ropajes nuevos, en ese campo ajeno que es el de la cultura. Más allá de las palabras, es en ese rincón del inconsciente donde nacen esas utopías en las que, de una u otra manera, se procura la anulación de las diferencias y de la alteridad en una identidad absolutamente plena y única. En esas utopías, Ello se repite. Buscando, sin tiempo, lo que en el tiempo de los hombres suele ponerse en el más allá de un recuperado orden absoluto ¹³⁴/.

Ello insiste. Reclama su reinado con la ayuda de las tentaciones de esa entrega absoluta que ocurre, por ejemplo, en ciertas formas de la enajenación total a la militancia política, a la religiosa o a cualquier otro tipo de actividad.

¹³²De "ser otro"; que es lo mismo que ser.

¹³³Un individuo que carga con esa función, creada por nuestra cultura, desde su difícil historia personal; dándole el toque irreproducible de su especial manera de ser.

¹³⁴Una recopilación muy bien comentada de algunas de las principales utopías puede encontrarse en Krots, E.; 1988.

Alguien, en las historias de vida, se refirió a la guerrilla como a “ese vértice que, como en las cúpulas góticas, da sentido a su arquitectura”. Había habitado en la Argentina, lugar en el que, durante algún tiempo, las palabras perdieron sentido, avasalladas por la voluntad de morir y matar; simplificando la diversidad en una nueva y —como todas ellas— perversa manera de alcanzar “la plenitud en la totalidad”. Esa forma de entrega fue (y es) normalmente acompañada de la creencia en que todo sufrimiento presente es justificable por la tarea de construir otro mundo. Uno en el que, como lo revelan las metáforas del hormiguero o del organismo, cada quien tenga una función y un sentido para su vida —claros e indiscutibles— como parte indivisible de una totalidad, que puede ser mundana o extraterrena.

El saber popular representó a esas búsquedas de plenitud con la forma de un asno corriendo tras una zanahoria ¿Quién pondría en duda que esa burromórfica imagen es uno de esos grandes monumentos mediante los que alguien representó alguna vez nuestro tragicómico destino?

Pero ¿termina allí la cosa?, ¿acaba en esa imagen el único juego posible entre natura y sociedad?

Siguiendo con la burromórfica representación, no estaría demás preguntarnos si alguna vez la humanidad podrá dejar de pensar en ese Gran Burro Mítico para aceptar que tal imagen es, únicamente, la representación idealizada de la manada o el rebaño: conjunto de pequeños burros mirándose, peleándose y aprendiendo a compartir. Pues si el gran burro no existe, sus verdaderas imágenes podrán ser vistas en cada uno de los integrantes de la manada; esa a la que Él sin ser amante ni amante representa.

Como digo, Ello insiste. Y si otra utopía es posible, ella solo puede ser imaginada en un mundo en que las palabras puedan hacerle frente provocándole su famoso malestar.

Aquí en la tierra, y no en el cielo.

Lejos de las soñadas trompetas celestiales o de los imaginarios y temibles aullidos dantescos. En este juego inacabable e imperfecto de las relaciones con lo diferente, esa diferencia que nos habita y nos pone en relación con el otro y su reconocimiento. De allí puede nacer otro tipo de utopía. Una utopía que estará alimentada por el siempre inalcanzable objetivo de la comprensión y la tolerancia, y por la sensación tibia de la compasión. Los que la adoptan, saben que el relato de esa utopía será el de una historia de fracasos y de éxitos relativos; en los que la posibilidad de reírnos de nosotros mismos y padecer con el semejante son los únicos caminos que pueden restarle fuerzas a ese amor propio que acompaña todas las guerras y que tan lejos está, según lo supo Rousseau, del amor de sí. Esa es otra manera, menos destructiva, de reinventarle a la

vida aquel sentido al que estamos obligados si no deseamos que la pulsión de muerte se adueñe de la totalidad.

De todos modos, Ello seguirá insistiendo. Y si la palabra puede ocupar su lugar es para enlazarnos simbólicamente al Otro, renegociando los posibles sentidos de este brevísimo filo de la existencia. Triunfo único de la palabra que, en tanto distinción entre el ser y el no ser, debería pronunciarse al infinito; en una infinita y renovada construcción cultural. Hasta que aquel filo cumpla con su inexorable mandato de poner punto final.

Esa es otra utopía y otra lucha mediante la que nos es posible construir nuestra identidad ¹³⁵/. Podríamos llamarla Utopía del Ágora.

La Utopía del Ágora busca hacer vivir una historia de palabras y gestos mediante los que reiteradamente deberíamos brincar por sobre las barreras del malentendido para renovar el lazo social. Por lo que, como se podrá notar, reivindicar esa historia de encuentros necesariamente precarios es quitarle a la tarea de Sísifo su carácter de condena para convertirla en símbolo de la única forma de vida posible de dignificar entre los humanos. En ella, el placer no se encuentra en la meta sino en el camino hacia ella. En eso es que la Utopía del Ágora primordialmente difiere de la del organismo o del hormiguero. Ella no reivindica un fin sino una forma de convivir, dedicada a inventar y reinventar esos fines que siempre necesariamente operarán sobre nuestras vidas como ilusiones indispensables.

Aceptando que el Ágora y el Hormiguero son dos formas de la utopía: ¿cuáles fueron las que predominaron, y las que quedaron rezagadas, en la vida de esos jóvenes que, en los años sesenta y setenta, entregaron sus imaginarios y sus cuerpos en la tarea de asistencia a otros como forma de la política?, ¿cuáles fueron las que predominaron, y las que quedaron rezagadas, en la vida de esos jóvenes que optaron por el enfrentamiento armado, apostando al “ser realistas pidiendo lo imposible”?

Aquellas preguntas podrían organizar una de las investigaciones que completarían de manera profunda la comprensión del período analizado. Pero, las historias de vida: ¿pueden ayudar a conocer esas ocurrencias con raíces inconscientes? ¿o ella sólo puede ser develada en la larga duración de la práctica analítica? Mi apuesta es que, aunque las historias de vida no podrán mostrar el material que encontraría el analista, ellas pueden descubrir rastros que en otras fuentes no veríamos. Esa es otra de

¹³⁵Como se dijo, el circuito de la llamada “identidad” sólo adviene por la vía del encuentro con las miradas de los otros; en las que ella, en verdad, nunca llega plenamente a ser. Origen de muchos de los malentendidos de la comunicación humana pero también de las aventuras de su historicidad. De allí la necesidad de reinventar formas de reencuentro y reconocimiento, sublimando la agresividad que nos despierta el choque con lo diferente y no comprendido.

sus virtudes. Y a ella se suma su capacidad para alertar nuestra capacidad heurística mediante la contemplación de otras experiencias.

Sentir la diferencia y las proximidades de distintas historias permite que el investigador abra nuevas perspectivas ante un mundo de otra manera hermético. Los relatos de vida, al ponernos en el fuego cruzado de acontecimientos personales ajenos, abren nuestra visión hacia un mundo de preguntas de otra manera imposibles.

Creo que este último es un mérito no despreciable. El aporte al conocimiento dado por la comparación es evidente aún mediante la propia introspección de los que, por viejos, podemos contar la leyenda tanto de los sesenta y setenta como la de los ochenta y comienzos del noventa.

En el ocaso de los años setenta vimos como se iba arrugando y afeando el rostro de la utopía socialista y cómo rejuvenecían los rasgos de la antigua utopía democrático liberal. En un mundo dominado por el espectáculo, fue como si todos hubiésemos cambiado súbitamente de cinematógrafo.

La mayoría de los admiradores incondicionales de la diva del socialismo se enamoraron perdidamente, o casi, de la nueva actriz. Otros, más desconfiados del amor o menos capaces de amar, sentimos que el cuerpo y la mente se nos iba inmovilizando, desconfiados de los antiguos atractivos de la nueva estrella y sin saber cómo rescatar, prácticamente, los valores que (según habíamos creído o seguíamos creyendo) había representado la vieja actriz ¹³⁶/. Contemplar esa radical variación de convicciones (ocurrida aún entre los más sabios de nuestros intelectuales) pone nuevos signos de admirativa y asombrada interrogación respecto a eso que llamé “fuerza de época”. Esa fuerza parece ser de fundamental importancia en la generación de disposiciones a la unificación social, generando la tendencia a basar la conducta en ciertos significantes básicos comunes ¿Cómo se generan esos cambios de amor?, ¿podrán las historias de vida darnos indicios sobre esa incógnita?

Hace muchos años, Freud había dicho que:

el inconsciente, vale decir lo “reprimido”, no ofrece resistencia a la cura, y aun no aspira a otra cosa que a irrumpir hasta la consciencia a despecho de la opresión que lo aplasta o hasta la descarga por medio de la acción real.

Todas las grandes creaciones culturales son formas específicas de manifestar en símbolos eso que las pulsiones inconscientes pugnan por actuar.

¹³⁶Mientras tanto, los más jóvenes llegaron directamente al nuevo cinematógrafo apenas sabiendo que existió aquel otro. Los más advertidos a veces preguntan cómo había sido la película vista por sus padres. La mayoría comenzó a caminar pensando que ese mundo suyo es el único mundo posible y que todas sus fantasías son dura realidad.

Pero sería ridículamente unilateral pensar que cualquier cosa puede ser interpretada como un mandato de Ello. Como intermedio habrá siempre que contar con el papel de la estructura lógica y las determinaciones sociales con que se produce y manifiesta la producción cultural. Pues si Ello es, logra serlo por esa barra que lo oprime y constituye como un resto rebelde, ya que no hay rebeldía sin la barra que constituye al rebelde en la opresión. Por lo que, si Ello es “embarrado” en Otro, su “embarramiento” no es sino el reflejo de lo simbólico. Es sobre esa barra que se cruzan aquellas otras historias que se vuelcan sobre cada individuo determinando socialmente su conducta.

Mediante las técnicas sociológicas (incluyendo a la historia de vida) “el deseo” de los entrevistados sólo podrá ser captado en sus efectos más tenues y en sus formas menos despojadas de disfraz. Ir a la caza de ese deseo, en sus formas más propiamente individuales, es el campo reservado al analista. El investigador social tiene allí una frontera que debe ser reconocida y aceptada. Pero el investigador social podrá acceder a otro tipo de conocimiento. Importante también, ya que conocer exclusivamente la mecánica de la formación y desempeño del deseo, como búsqueda infinita y renovada, no resuelve preguntas como las que me planteara en la investigación. Para ello es necesario ir más allá, reconstruyendo las distintas instancias de la determinación social.

Por una parte será imperioso recordar que en las actuaciones sociales ese deseo aparece normalmente revestido con formas serias y severas, propias del discurso racional; es esperable, por ello, que el entrevistado nos lo presente incluido en una explicación en la que él puede llegar a describir móviles muy diversos, como su inagotable necesidad de “creación”, o de “éxito” o de “enriquecimiento” o de “nirvana” o de “comunicación con Dios o con los Dioses” o de “amor al prójimo” o de “deseo de justicia” o, simplemente, de “placer y tranquilidad”. Esos relatos sí los podremos captar y con ellos podremos reconstruir, con nuevos rasgos, una historia que ya otros se han encargado de ir reconstruyendo desde ópticas que, por diferentes, no son menos importantes en la tarea de reencontrarnos en la lucha por aprender.

Por otra parte, para reconocer por qué predomina una u otra forma de manifestación es necesario conocer e interpretar la historia social. La combinación de las historias de vida con otras técnicas de investigación socio históricas son capaces de dar respuestas que el analista nunca podría llegar a reconocer en el material que se derrama en sus consultas.

Retomando la burromórfica representación del acontecer de nuestra historia pasional, la pregunta completa, puesta a nuestra consideración, podría ser: ¿qué historias sociales confluyeron en la constitución del contorno y la sustancia específica

de esa rojiza y fálica forma zanahoriesca que asumieran las utopías que durante tantos años conformaron nuestro deseo de ser?

Dije al comenzar que la historia de vida había tenido el curioso destino de ser un instrumento de olvidados, ilegítimos y perseguidos ¿No comparte acaso el inconsciente esos calificativos? Quizá sea también por tal razón que la historia de vida pueda dar a la investigación una perspectiva tan seductora como inquietante: rasgos típicos que asume entre nosotros todo lo que está más allá del campo estricto de lo meramente placentero. Pero ese es justamente el interés que despierta el desafío de la investigación. Ya que lo simplemente placentero nunca logra despegarse de esa aceptación del amo que, con máscara de sabiduría, dice que resolverá nuestros problemas mientras aceptemos su dominación. La ignorancia es uno de esos amos. Espero que este libro haya servido para alentar la crítica y el entusiasmo por esa forma digna y útil de la rebelión puesta en acto en todo intento de ir más allá de lo conocido.

APÉNDICE

Utilizar una poesía como testimonio de una cierta conformación social es una manera de aprovechar el poder de síntesis de los poetas; evitándome una larga ex-

Este es el canto de mi país nacido del indio primario
y de la conquista a su vez conquistada
y todo eso ya perdido en el tiempo y las sucesivas inmigraciones,
la densa mezcla y la conjunción posterior criolla y gringa
el encuentro de todas las latitudes, el camino al equilibrio,
el gran paso a la fraternidad de los pueblos,
la sangre unida que desembocará en la Argentina del mañana.
He aquí América, he aquí Argentina, un campamento, si queréis,
una cosa atropellada, prepotente, lúcida y prometedora.
GONZALEZ TUÑÓN- 1

posición de temas sobre los que ya se ha discutido bastante y se han hecho intensas, aunque no agotadas, investigaciones.

Las poblaciones urbanas argentinas de la

primera mitad de este siglo tuvieron un origen inmigratorio. Sobre la base de esa premisa, en este apéndice pretendo mostrar cómo es que en el testimonio de uno de mis entrevistados se pueden reconocer algunas de las principales opciones políticas que signaron el escenario Argentino. Tomaré en este caso sólo aquella parte de la narración en la que aparecen reflejados con mayor nitidez los ecos de la sociabilidad y los procesos que dieron base a la construcción de ciertas identidades tanto personales como cívicas y políticas. Seleccioné este relato por ser uno de los que mejor refleja el carácter inesperado que tomaron los rumbos mediante los que se consolidó la notable-

Y no lo autóctono,
dije lo nacional,
lo que conoce todas las aristas,
el bulevar, y la pampa panificadora,
España, un poco de París,
de Nueva York, de Alaska, la judería,
lo gallego,
lo genovés,
el Banco Anglo
y Nápoles y Constantinopla, sin olvidar Varsovia,
Y Barcelona, la cerveza Bávara,
los nórdicos al sur,
los balcánicos también desparramados,
se dan casos de chinos
y el centro libanés que crece en la explanada de cemento.
Somos
el mundo en la Argentina.
GONZALEZ TUÑÓN - 2

mente densa y activa sociedad civil argentina ¹³⁷/.

LA INMIGRACIÓN, LA SOCIEDAD Y LOS MANDATOS FAMILIARES

La historia de A

El padre y la madre de **A** —judíos italianos— llegaron a la Argentina en 1905. Como casi todos los inmigrantes, no bien consiguieron trabajo comenzaron a construir sus propias casas: era una forma de asegurarse un lugar definido dentro del país de adopción.

El esfuerzo realizado en tal proyecto implicó sacrificios notables; trabajaron en la empresa todos los miembros de la familia sin diferencias de sexo ni de edad. Para comprar los materiales de construcción la familia ahorraba cada centavo; usando en las tareas de albañilería los atardeceres —luego del trabajo— y los días feriados. Los vecinos se unían para ayudar en las tareas más pesadas ¹³⁸/.

A nació en un barrio de la periferia de Buenos Aires, en 1924. El barrio donde naciera era un lugar tranquilo y solidario; habitado principalmente por obreros, artesanos y uno que otro empleado de comercio. Sólo muchos años después llegó a ese lugar el asfalto y la opulencia clase mediera de sus habitantes. En esa primera época, prácticamente todos los que allí habitaban eran inmigrantes.

A **A** le entusiasmó recordar y describirme la calle en la que transcurrió su infancia: "Una calle libre" dijo... y de ella recordó especialmente el momento de la siesta; cuando niños y adolescentes reinaban sobre ella de manera indiscutida.

En aquellas horas, en ese territorio ganado por la curiosidad de los más jóvenes, el polvo del verano hacía dibujos en el aire festejando el paso del primero de aquellos niños o adolescentes que se animaba a salir. Y esos movimientos del aire eran como una señal secretamente difundida a través de todas las puertas y ventanas. Ya para entonces, el letargo de las digestiones paternas permitía la sigilosa huida de los restantes compinches. Conjurados por esa secreta señal, cada uno de ellos salía de sus casas adoptando las suaves maneras de los espíritus para reunirse

¹³⁷Gino Germani fue uno de los primeros sociólogos que ha contribuido notablemente al desarrollo de esa investigación sobre los efectos de la inmigración en la conformación demográfica de la Argentina. Me refiero a esos trabajos para abonar el terreno en el que se habrá de desarrollar esta ejemplificación.

¹³⁸Esas primeras epopeyas marcaron de forma indeleble muchas de las experiencias futuras de tales generaciones y generaron una verdadera matriz de pensamiento y acción: el esfuerzo individual y cooperativo fue desde entonces un valor que siguieron sosteniendo todos aquellos que guardaron esas experiencias en los pliegues recónditos de sus formaciones corporales. Pero de tales experiencias no puedo hacerme cargo en este artículo; así pues, desde ahora, las dejaré de lado.

bajo la sombra de una casa abandonada o tras los muros semi-erguidos de alguna otra morada todavía en construcción.

Fue allí donde **A** escuchó de sus amigos historias que abrieron los horizontes de su imaginación y donde supo que aquellos caminos que dejaban atrás los dominios de su barrio se sumergían en otros barrios desconocidos y llegaban hasta **la capital**. Fue también en esas calles, estremecidas por los gritos exaltados de muchachitos corriendo tras de una pelota donde aprendió a dar sus primeras trompadas.

A aseguraba que esa niñez, en ese barrio, fue una de las cosas que marcó su vida más intensamente...Luego siguió con el recuerdo de su padre:

Como todos los tanos ^{139/} mi padre tenía un profundo amor por la Argentina, y al mismo tiempo un gran amor por Italia ¿no? Entonces, era muy contradictoria la cosa: él no la amaba más por las dudas, - porque le parecía que si la amaba más, ya no volvería, y de hecho no volvió (...)

Mi viejo era judío italiano y mi vieja también... y como todos los italianos muy patriótico y muy patriotero; hasta cierto punto, gran amante de Italia, del idioma: no dejaba que los amigos de él hablaran (...) un italiano incorrecto "el italiano se habla en mi casa" te decía.

Llegó un momento en que se hizo fascista, se hizo mussolinista, como casi todos los italianos en el exterior, de clase media. Porque veía en Mussolini el tipo que había sacado a Italia, ésta de la bandolina, que había hecho un gran país... El padre de **A** nunca pudo abandonar su amor por Italia: perderlo era como perderse. Por eso es que cuidaba a su idioma como se cuida el sagrado fuego ancestral ... por eso su adhesión al fascismo.

Quiero en este contexto ya entrar en tema llamando la atención sobre la multiplicidad de significados culturales que siempre encierra cada acto humano. Lo que, como se verá, torna ingenua cualquier simplificación demasiado apresurada en las interpretaciones de tales acontecimientos.

Entre los inmigrantes, adherir al fascismo fue para los inmigrantes una de las tantas maneras de mantenerse unidos a la patria ^{140/}. Pero hubo otras. Esa necesidad de recomponer identidades conmovidas por la migración puede también encontrarse en las emociones despertadas por himnos y canciones revolucionarias, como es el caso de "**La Internacional**". Es de innegable importancia reconocer también este

¹³⁹En lunfardo: "italianos" .

¹⁴⁰Aunque también, luego vuelvo sobre este punto, una forma de sentir continuidad con los grupos de referencia de la oligarquía local, en la que importantes sectores se sintieron atraídos, en esos años, por el "El Orden impuesto por el Nazismo". Ese apoyo fue particularmente intenso, tal como luego se señalará con mayor detalle, entre los militantes católicos.

rasgo entre los componentes de esa emoción con que entonaban esos himnos los concurrentes de las innumerables reuniones sindicales o partidarias en las que se agrupaba buena parte del contingente migratorio, ¿era ese entusiasmo exclusiva manifestación de una convicción política?

Leyendo algunos de los testimonios de vida que se refieren a esas reuniones es evidente el carácter abigarrado de las emociones despertadas por los acordes de aquellos himnos. **La Internacional** es un himno obrero pero también un himno de trashumantes, tal como lo eran los artesanos europeos de mediados del siglo XVIII. Escuchando aquellas historias, es difícil saber si las proclamadas identidades internacionistas de tantos inmigrantes aludían exclusivamente a la asumida identidad de proletarios o también a esa otra identidad de desterrados y trashumantes que era la que los distinguía en esa actualidad. González Tuñón (poeta comunista de esa época) se hizo intérprete y testimonio de aquellos inmigrantes sintetizando esa identidad mediante la elocuente figura de "Juancito Caminador"¹⁴¹. Ni de aquí ni de allá, íntima e imperceptiblemente muchos migrantes se sintieron algo así como unos ciudadanos del mundo: en medio de su relato, mostrando sin querer aquella situación provocada por la migración, una de las entrevistadas, mucho más joven, asoció el origen judío de su familia con una actitud según la cual: para sus padres "todo lo que ocurría en el mundo parecía afectarles de la misma manera".

Sigo con el relato de **A** referido a su padre.

Me acuerdo estarlo viendo ahí, con la camisa negra, salir a la calle y todo ¿no?. Hasta que en el 42-43 Italia se alió con Alemania y entonces, como era judío, le dijeron muy cordialmente que tenía que separarse del país. Yo me acuerdo la cara que manifestó mi viejo cuando vino a casa a contar que tenía que separarse del país ¿no? Lo vi desfigurado. Dos veces lo vi jodido, una cuando murió la hermana, que recibió una carta. Y otra esa vez. Y murió poco tiempo después. Murió poco tiempo después. Yo creo que esa ingenuidad política del viejo le costó la vida.

Antes de continuar analizaré el lapsus cometido por el narrador pues creo que en él se condensa una cierta forma de mandato y drama, que fue sal en la ensaladesca formación de nuestra sociedad.

El fascismo fue un proyecto político y el debate sobre sus bondades o defectos corresponde privilegiadamente al campo de la discusión racional. Por eso, y viéndolo desde ahora, lo único que en este recuerdo puede llamar la atención es la opción fascista en alguien de origen judío. Pero esa sorpresa puede ser mucho menos

¹⁴¹Y desde hace veinte años esa identidad trashumante se vio consolidada por una debacle económica y política que obligó a muchos a migrar nuevamente: hoy hay hogares argentinos en todos los rincones del mundo.

patética si se recuerda que el antisemitismo fascista era mucho menos marcado que el de los Nazis, por lo que aquella adhesión al fascismo puede perfectamente interpretarse como una pura elección racional: para mucha gente, ese movimiento parecía unificar a Italia en pos de un destino glorioso luego de tantos años de sufrir invasiones y postergaciones en el concierto de las naciones europeas. Si hiciéramos caso a los supuestos del individualismo metodológico, se podría decir que el entrevistado optó racionalmente en el campo estricto de las decisiones políticas.

En el mismo plano de la razón, el antisemitismo —que llevó, a los ex-comaradas del padre de **A**, a expulsarlo del movimiento— podría, para ese hombre, haber constituido un nuevo dato; capaz de hacerle rever sus opiniones políticas y de haberlo llevado a cambiar sus simpatías. Desde el punto de vista de un judío esa expulsión no podía menos que ser interpretada como un hecho que descalificaba cualquier otro posible mérito del movimiento fascista. Lo racional hubiese sido reconocer la inaceptabilidad de esa falla. Podría haber cambiado de bando, lo cual hubiese sido muy bien venido para una capa muy amplia de la población, pues las fuerzas antifascistas eran importantes en el país. Sin embargo el padre de **A** se *deprimió*. Mediante una reacción cuya paradoja es sólo aparente, encontró que "la falla" estaba en él.

¿Cuál era entonces esa "falla" puesta al descubierto por la expulsión del movimiento fascista? ¿Por qué la depresión? Justamente es el lapsus del hijo y la depresión del padre lo que permite reconstruir los elementos de esa respuesta recuperando aquellos rastros que dicha expulsión dejara en el mito familiar. Cuando el hijo contó esa historia no dijo que el padre hubiese sido "separado del movimiento fascista". Lo que dijo fue que su padre "**había sido separado del país**". Esto permite hacer otra hipótesis respecto a las razones no políticas de aquella adhesión al fascismo. *El relato cobra otro significado. Bien se puede pensar a la "Gran Italia" de Mussolini como la imagen por entonces adecuada a la idealización que algunos migrantes produjeron de su patria perdida; se puede pensar que es la ilusión del reencuentro lo que jugó en la construcción imaginaria de esa opción política: ser fascista era la vía que le permitía a este hombre retener a la patria, confundirse con ella; investirla con los inalcanzables atuendos de un ideal. Por eso fue que el rechazo resultó un golpe mortal.*

Porque lo enfrentó a una migración que había querido maníacamente ignorar, negando a la muerte que se esconde en cada partida y que se torna trágica si no se puede elaborar.

Describiendo a su padre, el entrevistado dice más adelante:

Mi viejo fue un poco bárbaro, un viejo con mucha alegría, lleno de amor por mi vieja.

La tristeza le llegó cuando ya no pudo ignorar la migración: la expulsión provocó la aparición y verificación de la distancia y de la ausencia; lo mató la ineludible conciencia de la pérdida.

Pero esto, es bueno recordarlo, sólo aparece como una reconstrucción en un análisis externo y posterior, ella no forma absolutamente parte del mito familiar. Aquella muerte se inserta entonces en una nueva cadena significativa. Para su hijo, el indiscutible asesino fue el rechazo fascista: ¿es inexplicable entonces que el relataste, durante el resto de su vida, odiase y agotase sus horas luchando contra los proyectos políticos que, en la Argentina, llevaban (o habían sido investidos con) los símbolos del fascismo?. Las experiencias de los padres son marcas que condicionan las opciones del sucesor y aquel fue uno de esos impactos que marcó tanto la asociación como la beligerancia de los argentinos. La misma mezcla de racionalidades combinadas puede reconocerse en el desarrollo posterior del relato, en el que aparece la narración de cómo **A** definió sus adhesiones políticas.

El barrio mío era un poco, como te dije, de obreros inmigrantes italianos. Todos habían hecho su propia casa, todos laburaban como albañiles... Bueno, ese mundo de hijos de albañiles, de inmigrantes, de mi viejo, esa pequeña clase media, donde el proletariado estaba dejando de ser, donde yo me crié... En esa época yo no tenía ninguna idea política clara... era un idealista. Ahora... se produce el golpe del 43, el golpe de Ramírez. Y nombran ministro de Educación a Martines Zubiría. Y yo sabía quién era Martines Zubiría; sabía bien perfectamente qué clase de facho era.

Y entonces yo así, sin ninguna experiencia política, sin ningún contacto con otros compañeros (estamos en el 43, imaginate vos) me voy a la facultad. Me paro en la puerta y a toda la gente que entraba les digo: inos tenemos que ir a la huelga porque es fascista el Ministro de Educación!.

En el 1943, **A** tenía 19 años. Todo el período que se inicia en 1937-39 fue una época de gran efervescencia política para las capas medias urbanas, en su mayoría declaradamente antifascistas. Aunque en esta entrevista no hay referencias explícitas a esas discusiones y a esa propaganda, sus anécdotas anteriores habilitan a pensar que esa propaganda no era desconocida para el entrevistado. Ellas formaban parte de su historia, y aunque por algún tiempo se hubiesen mantenido como substancias diferenciadas, inconexas y hasta irrelevantes en la determinación de sus conductas cotidianas, de golpe se reúnen y condensan en el momento en que la elección de ese Ministro de Educación puso en cuestión su rabia antifascista. Es entonces cuando el recuerdo del padre se convirtió en herida reabierto provocando que el odio frente a

sus míticos matadores se volcase en aquel ministro que compartía con aquellos el baldón fascista ¹⁴²/.

En esta anécdota puede vislumbrarse nítidamente un patrón compartido por muchos otros entrevistados y que habla elocuentemente de las formas intensas y beligerantes en las que la población fue integrándose activamente en organizaciones que hablan tanto de lo civil como de lo político de esta sociedad. Luego del pasaje anterior, A narra detalladamente una pelea a trompadas que tuvo contra varios militantes de la Alianza Libertadora Nacionalista ¹⁴³/, que habían querido tomarle el pelo al verlo con el "escudito de la libertad" prendido en su solapa. Recuerda que, al terminar la pelea, alguien —que se asomara en medio de los transeúntes que se habían detenido a mirar— le dijo:

"lo felicito, ojalá todavía queden tipos como usted".

Y enseguida agrega:

Y éste fue mi acercamiento y, naturalmente, como consecuencia de eso y como consecuencia de que los militares habían subido, yo me convertí automáticamente en anti-golpe, anti-militar, anti-golpe del 43. Y yo no me puedo olvidar (a pesar de que los amigos de la Juventud Peronista decían....). Yo recuerdo muy bien que Perón, en ese golpe militar, se metió a los medios de comunicación y así empezó a hacer su propaganda; una propaganda a mi juicio cínicamente fascista, porque era demagógica y demás... Entonces yo estaba... a partir de ese momento empezó la lucha en la Federación Universitaria de Buenos Aires, en la FUBA, contra los militares y contra lo que fue después el peronismo ¿no? Yo ya estaba definido esa noche. Y bueno, yo te aseguro que antes de que subiera Perón, en el 46, yo rebajé 10 kilos para que no subiera. No dormía. Me había hecho militante, empecé a laburar como un loco: asambleas, movilizaciones, despelotes medio absurdos. Pero yo estaba metido en eso y no podía parar.

Ese es el último recuerdo de **A** en relación a los acontecimientos que rodearon el acceso de Perón al gobierno. Pero ese recuerdo es importante pues cosas parecidas quedaron en el recuerdo de gran parte de los integrantes de las capas medias; lo que, unido a las intensas vivencias producidas por el espectáculo de la reciente confrontación bélica mundial, produjo en esos sectores una sensación de haber pasado por una guerra que se perdió. Esto le dio un carácter muy particular a las interpretaciones difusas existentes sobre la llegada de Perón al poder: como si, en el imaginario de esos sectores, esa llegada no se hubiese producido luego de una

¹⁴²Es frecuente que en la experiencia de los entrevistados, aparezca un glorioso o trágico momento que marca en forma indeleble el paso a la actividad política. En otro momento, sería importante examinar e interrogarse sobre esa constante, en la que el paso a la actividad política aparece señalado, en la memoria, como un momento mítico de creación; pero ahora el tema es otro.

¹⁴³Organización político militar de cuño fascista.

elección que se cuenta entre las más limpias de la historia argentina sino, por el contrario, como el producto de una usurpación.

BIBLIOGRAFÍA

- Abel, T. (1947). The Nature of Biograms. The American Journal of Sociology, LIII (2):
- Adler, M. (1976). Causalita e teleologia nella disputa sulla scienza. Bari, Italia: De Donato.
- Aguilar, L. (1987). El individualismo metodológico de Max Weber. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, XXXIII (Nueva Época; enero-marzo),
- Alberoni, F. (1966). Sociologia dei comportamento collettivo. Questioni di Sociologia,
- Alberoni, F. (1968). Statu Nascenti. Bologna, Italia: Il Mulino.
- Allport, G. W. (1942). The use of personal documents in Psychological Sciences. Social Science Research Council, 42,
- Anderson, N. (1923). The Hobo. University of Chicago Press: Chicago, EE.UU.
- Anderson, P. (1977). Las antinomias de Gramsci. México: Pasado y Presente.
- Anderson, R. (1925). Memoir of Catherine Brown, a Christian Indian of the Cherokee Nation. Boston.
- Angelli. (1975). El uso de documentos personales en sociología. En J. Balan, Las historias de vida en las ciencias sociales: teoría y técnica. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Autores Varios (1981). Max Weber e l'analisi del mondo moderno. Torino, Italia: Einaudi.
- Bachelard, G. (1973). El compromiso racionalista. México: Siglo XXI.
- Badiou, A. (1982). Théorie du sujet. París: Seuil.
- Balan, J. (1968). The process of stratification in an industrializing society: The case of Monterrey. Unpublished doctoral dissertation, Doctoral Thesis ; Universidad de Texas, Austin.
- Balan, J., & Jelin, E. (1980). La structure social dans la vie personelle. Cahiers Internationaux de Sociologie, LXIX,
- Barbe, C. (1983). ¿Identità e Azione collettiva: quale identità? En M. Livosi, Sociologia dei processi culturali. Milán, Italia: Franco Agneli.
- Barret, S. M. (1975). Las memorias del indio Gerónimo. Autobiografía de un gran guerrero. Buenos Aires, Argentina: Cuarto Mundo.
- Bebal, Y. (1977). Historia de la filosofía. México: Siglo XXI.
- Becker, H. S. (1974). Historias de vida en sociología. en J. Balan (Org.), Las historias de vida en ciencias sociales, teoría y técnica Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Belaval, Y. (1979). Historia de la filosofía. La filosofía en el siglo XIX. México: Siglo XXI.

- Berg, M. (1990). La entrevista como método de producción de conocimientos. Historia y fuente oral, (4).
- Berger, P., & Luckman. (1968). La construcción social de la realidad. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Berger, P. (1973). La identidad como problema en la sociología del conocimiento. en W. Remmling Gunter (Org.). Hacia la sociología del conocimiento. México: Fondo de Cultura Económica.
- Berstein, B. (1974). Class, codes and control. Nueva York, E.E.U.U.: Schocken Books.
- Berstein, B. (1974). Códigos amplios y restringidos: sus orígenes sociales y algunas consecuencias. en Y. De Juarez, & P. Gavin, Antología de estudios etnolingüísticos y socio lingüísticos. México: UNAM, Inst. de Inv. Antropológicas.
- Bertaux, D. (1981). Biography and Society: The Life History Approach in the Social Sciences. London, Beverly Hill: Sage Publications.
- Bertaux, D. (1980). L'approche biographique: sa validité methodologique, ses potencialites. Cahiers Internationaux de Sociologie, LXIX.
- Bianco, d. F. (1981). Comprensione, spiegazione, interpretazione. en Autores varios, Max Weber e l'analisi del mondo moderno. Torino, Italia: Einaudi.
- Bisserret, N. (1974). Languages et identité de classe: les classes sociales "ca parlent". L'Année Sociologique, 25.
- Blumer, H. (1989). An Appraisal of Thomas and Znaniecki's "The Polish peasant in Europe and America". New York, EE.UU.: Social Sciences Research Council.
- Blumer, H. (1967). Collective Behavior. en Glittlers (Edit.), Review of Sociology: Chicago School of Sociology. Institutionalization, Diversity and the Rise of Sociological Research Analysis of a decade. New York: Wily.
- Bourdieu, P. (1974). Condición de clase y posición de clase. En P. Bourdieu, A economia das trocas simbolicas. São Paulo, Brasil: Ed. Perspectiva.
- Bourdieu, P. (1974). La distinction. Critique sociale du jugement. Paris, Francia: De Minuit.
- Bourdieu, P. (1986). L'illusion biographique. Actes de la Recherche en Sciences Sociales, (62-63),
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C., & Passeron, J. (1979). El oficio del sociólogo. México: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., & Passeron, S. C. (1967). Los estudiantes y la cultura. Barcelona, España: Nueva Colección Labor.
- Bourdieu, P. (1989). La ilusión biográfica. Historia oral y fuente oral, (2).
- Brambilla, A. L. (1989). Una metodología individualista para el análisis de una acción colectiva. Sociológica, año 4 (9).
- Braunstein, N. (1982). A medio siglo de "El malestar en la cultura" de Sigmund Freud. México: Siglo XXI.

- Braunstein, N. (1982). Nada que sea mas siniestro (Unheimlich) que el hombre. En N. A. Braunstein (Org.), A medio siglo de "El malestar en la cultura" de Sigmund Freud. México D.F., México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. A. y otros. (1987). La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan. México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (1982). El lenguaje y el inconsciente freudiano. México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (1982). Lingüística (Lacan; entre el lenguaje y la lingüística). En N. A. Braunstein (Org.), El lenguaje y el inconsciente freudiano. México D.F., México: Siglo XXI.
- Burgos, M. (1980). Sujet historique o sujet fictif: le problème de l'histoire de vie. Information sur les sciences sociales, 18 (1).
- Burkitt, I. (1991). Social selves: Theories of the Social Formation of Personality. Estados Unidos: Sage Publications.
- Cagnon, N. (1980). Données autobiographiques et praxis culturelle. Cahiers International de Sociologie, LXIX.
- Caruso, I. A. (1979). Narcisismo y socialización. México: Siglo XXI.
- Cassirer, E. Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento. Buenos Aires, Argentina: EMECÉ.
- Catani, M. (1981). Social-life history as ritualized oral exchange. en D. Bertraux (Org.), Biography and Society. London, Berbery Hill: Sage Publications.
- Catani, M. (1982). Tante Suzane, une histoire de vie sociale. Paris, Francia: Librairie des meridiens.
- Catani, M. (1990). El enfoque biográfico oral. Historia y fuente oral, (3).
- Cavallaro, R. (1981). L'Individuo e il grupo. Riflexioni sul metodo "biografico". Sociologia, 15 (1).
- Cavalli, d. A. (1981). La funzione dei tipi ideali e il rapporto tra conoscenza storica e sociologica. En Autores Varios, Max Weber E l'analisi del mondo moderno. Torino, Italia: Einaudi.
- Chamberlin, J. R. (1987). The logic of collective action: Some Experimental Results. Behavioral Science, 23 (6).
- Chanfrault-Duchet, Marie-Francoise. (1990). Mitos y estructuras narrativas en la historia de vida. Historia y fuente oral, (4).
- Chantal de Tourtier-Bonazi. (1991). Proposiciones de metodología. Historia y fuente oral, (6).
- Cicourell, A. (1964). Method and Measurement in Sociology. Nueva York, EE.UU.: London.
- Clot, Y. (1989). La otra ilusión biográfica. Historia oral y fuente oral, (2).
- Colom Gonzales, F. (Nov., 1989). Razão e politica-Entrevista de Claus Offe. Lua Nova, (19).
- D'Alessandro, V. (1980). Differenze e sfumature del gusto. A proposito di "La Distinction" di Pierre Bourdieu. Rassegna Italiana di Sociologia, 21 (4).

- Dahrendorf, R. (1974). Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial. Madrid, España: Rialp S.A.
- De Ipola, E. (1982). Ideología y discurso populista. México: Folios Ediciones.
- De la Garza, E. (1983). El método del concreto-abstracto-concreto (ensayos de metodología marxista). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- De La Garza, E. (1987). Medición, cuantificación y reconstrucción articulada de la realidad. Revista Mexicana de Sociología, XLIX (1).
- Dieterlen, P. (1990). El individualismo metodológico. Sociológica. 5 (14).
- Dollard, J. (1935). Criteria for the life history-whit analyses of six notable documents. New Haven: Yale University Press.
- Dollard, J. (1955). El papel de la comunidad en la historia de vida. en P. Lazarfeld, & M. Rosenberg (Org.), The language of social research Glencoe, Illinois: The Free Press.
- Dolto, F. (1987). En el juego del deseo. México: Siglo XXI.
- Douglass, F. (1978). Relato de vida de un esclavo americano. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina.
- Duby, G. (1961). Histoire des mentalités. en C. Somarou, L'histoire et ses methodes. Gallimard, Paris: Encyclopédie de la Pleiade.
- Duby, G. (1980). Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo. Barcelona, España: Petrel.
- Duflus, P. (1981). L'apparence individuelle et la representation de la réalité humaine et des classes sociales. Cahier International de Sociologie.
- Dunaway, D. K. (1990). La entrevista semi-estructurada de final abierto. Historia y fuente oral, (4).
- Einsensadt, S. N. (1976). De geração a geração. São Paulo, Brasil: Ed. Perspectiva.
- Elster, J. (1985). Making sense of Marx. Londres, Paris: Cambridge University Press y Editions de la Maison des sciences de l'Homme.
- Elster, J. (1987). Nuevas reflexiones sobre marxismo, funcionalismo y teoría de los juegos. Zona Abierta, Abril-Septiembre.
- Erikson, E. H. (1971). Identidad, juventud y crisis. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Erikson, E. H. (1974). Identidad psicosocial. En Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales. Madrid, España: Aguilar.
- Ewald, F. (1979). Anatomia e corpi politici: su Foucault. Milano, Italia: Feltrinelli (Opuscoli marxisti 31).
- Fages, J. B. (1973). Para comprender a Lacan. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Fals Borda, O. (1990). Social Movements and Political Power: Evolution in Latin America. International Sociology, 5 (2).
- Ferrarotti, F. (1981). Storie e storia de vita. Roma, Italia: La Terza.

- Fescher, I. (1980). Berstein y el reto de la ortodoxia. En Autores varios, Historia del marxismo (El marxismo en la época de II Internacional). España: Brugera.
- Filloux, J. C. (1968). La personalidad. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Flam, H. (1990). Emotional Man: II. Corporate Actors as Motivated Emotion Managers. International Sociology, 5 (2).
- Flam, H. (1990). Emotional "Man": I. The Emotional 'Man' and the Problem of Collective Action. International Sociology, 5 (1).
- Foucault, M. (1983). El discurso del poder (presentación y selección de Oscar Teran). México: Folios.
- Foucault, M. (1979). Micro física del poder. Río de Janeiro; Brasil: Graal.
- Foucault, M. (1978). Vigilar y castigar. México: Siglo XXI.
- Franzke, J. (1989). El mito de la historia de vida. Historia oral y fuente oral, (2).
- Freud, S. (1982). El malestar en la cultura. en N. Braunstein (Org.), A medio siglo de "El malestar en la cultura" de Sigmund Freud. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freysenet, M. (1977). La division capitalista du travail. Paris, Francia: Savelli. 10.
- Gagnon, N. (1980). Donnes autobiographiques et praxis culturelle. Cahiers Internationaux de Sociologie, LXIX.
- Gargani, A. y otros. (1983). Crisis de la razón (nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana). México: Siglo XXI.
- Gebring, P. (1991). Tres generaciones en cuestion(es). Experiencia metodológica con entrevistas de tres generaciones. Historia y fuente oral, (6),
- Gocard, F. (1987). Clase sociales y modos de consumo. En Necesidades y consumo en la sociedad capitalista actual. México: Grijalbo.
- Godard, F., & De Coninck, F. (1989). Biographie et cycle de vie. Francia: CERCOM.
- Le Goff, J. (1981). La baja Edad Media. México: Siglo XXI.
- Le Goff, J. (1965). Los intelectuales de la Edad Media. Argentina: EUDEBA.
- Goodman, P. (1977). La giuventu assurda (problemi dei giovani nel sistema organizzato). Torino, Italia: Einandi.
- Gorz, A. (1980). Técnicos, especialistas y lucha de clases. En R. y. otros Panzieri, La división capitalista del trabajo. México: Pasado y Presente.
- Gottlieb, D. (1975). Subcultura de la juventud: variaciones sobre un tema general. En M. Sherif, & C. W. Sherif, Problemas de la juventud. México: Ediciones Trillas.

- Gottschalk, L. y. otros (1945). The use of personal documents in history, anthropology and sociology. Nueva York, EE.UU.: Social Sciences Research Council.
- Gottschalk, L. (1945). The Historian and the Historical documents. En L. y. otros Gottschalk, The Use of Personal Documents in History. Boletín No. 53. New York: Social Sciences Research Council.
- Gouldner, A. W. (1980). El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase. Madrid, España: Alianza Universidad.
- Gramsci, A. (1977). El número y la calidad en los regímenes representativos. En A. Gramsci, Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1975). Quaderni del carcere. Torino, Italia: Giulio Einaudi.
- Green, A. (1981). Atomo de parentesco y relaciones edípicas. En C. Levi-Strauss (Org.), La identidad. Barcelona, España: Petrel.
- Gruppi, L. (1978). El concepto de hegemonía en Gramsci. México: Cultura Popular.
- Guiddens, A. (1986). Action, subjectivity and the constitution of meaning. Social Research, 53 (3).
- Guiddens, A. (1979). La estructura de clases en las sociedades avanzadas. Madrid, España: Alianza Universidad.
- Hale, J. R. (1980). El individuo y la comunidad. En J. R. Haler, La Europa del Renacimiento (1480-1980). España: Siglo XXI.
- Hammer, D., & Wildavsky, A. (1990). La entrevista semi-estructurada de final abierto. Historia y fuente oral, (4),
- Hasembalg, C. A. (1979). Dicriminacao e desigualdades raciais no Brasil. Brasil: Graal.
- Hegedus, Z. (1989). Social movements and Social Change in Self Creative Society: New Civil initiatives in International Arena. International Sociology, 4 (1).
- Hobbes, T. (1980). Lebiathan (o la materia, forma y poder de una República Eclesiástica y Civil). México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobssbawn, E. J. (1977). A era das revoluções (1789-1848). Brasil: Pax e Terra.
- Holtaman, W. H., & Moore, B. M. (1975). Estructura familiar y actividades de la juventud. En M. Sherif, & C. W. Sherif, Problemas de la juventud (estudios técnicos de la transición a la edad adulta en un mundo en cambio). México: Trillas.
- Horrocks, J. E. (1975). Actitudes y metas del adolescente. en M. Sherif, & C. W. Sherif, Problemas de la juventud (estudios técnicos de la transición a la edad adulta en un mundo en cambio). México: Trillas.
- Iacono, A. M. (1977). Sul rapporto tra filosofia e senso comune in Gramsci: la crítica a Burcharin e a De Man. En Politica e storia in Gramsci II. Roma, Italia: RiunitiIstituo Gramsci.
- Jacobi, P. (1989). Movimentos Sociais e Politicas Publicas. São Paulo: Cortez Ed.

- Jelin, E. (1976). El tiempo biográfico y el cambio histórico: reflexiones sobre el uso de las historias de vida a partir de la experiencia de Monterrey. Buenos Aires, Argentina: CEDES (estudios sociales 1).
- Joutard, P. (1986). Esas voces que nos llegan del pasado. México: Fondo de Cultura Económica (Col. Popular).
- Kaplan, L. J. (1986). Adolescencia. El adiós a la infancia. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Kautsky, K. (1975). La dictadura del proletariado. (Col. Teoría y Praxis). México: Grijalbo.
- Kautsky, K. (1980). Ética y concepción materialista de la historia. México: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Kautsky, K. (1978). La revolución social. El camino del poder. México: Pasado y Presente; Cuadernos de Pasado y Presente.
- Klineberg, O. (1963). Psicología Social. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kluckhohn, C. (1947). The personal document in anthropological sciences. En Autores Varios, The Use of Personal document in History, Anthropology and Sociology. Bulletin no. 53. Nueva York, EE.UU.: Social Sciences Research Council.
- Kofler, L. (1974). Contribución a la historia de la sociedad burguesa. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Krotz, E. (1988). Utopía. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Kuhn, T. S. (1971). La estructura de las revoluciones científicas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Labini, S. (1978). Saggio sulle classi sociali. Italia: Laterza.
- Lacan, J. (1975). Actas de la escuela Freudiana de París. Roma: Ediciones Petrel, S.A.
- Lacan, J. (1983). El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica (seminario no. 2). España: Paidós.
- Lacan, J. (1971). Escritos 1. México D.F.; México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1975). Escritos 2. México D.F.; México: Siglo XXI.
- Laclau, E. (1979). Ruptura populista y discurso. Coloquio "texto e institución". En Departament d'etudes litteraires et Departament de Philosophie, & Université du Quebec.,
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). Hegemonía y estrategia socialista (hacia una radicalización de la democracia). España: Siglo XXI.
- Landi, O. (1981). Sobre lenguajes, identidades y ciudadanías políticas. Buenos Aires, Argentina: CEDES.
- Languess, L. L. (1965). The life history in Anthropological Science. New York, EE.UU.: Holt Reinhart and Winston.
- Lawton, D. (1976). Clase social, lenguaje y educación: revisión crítica de las tesis de Basil Bernstein. En Guias, Alain (org.), Sociología de la educación. Madrid, España: Narcea, S.A.
- Lebon, G. (1973). Psicología de las multitudes. México: Divulgación.

- Lenin, V. I. Obras Escogidas. Moscú, URSS: Progreso.
- Lenk, K. (1974). El concepto de ideología (comentario crítico y selección sistemática de textos). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Levi-Strauss, C. y otros. (1971). El Proceso ideológico. Buenos Aires, Argentina: Tiempo Contemporáneo.
- Levi-Strauss, C. (1960). Man culture and society. Nueva York, EE.UU.: Oxford University Press.
- Levine, A., Sober, E., & Olin, E. (1986). Marxismo e individualismo metodológico. Zona Abierta, 41-42.
- Livosi, M. (1983). Sociologia dei processi culturali. Milan, Italia: Franco Agelli.
- Lombardini-Satriani, L. M. (1975). Gramsci e il folklore: dal pittoresco alla contestazione. en Autores varios, Gramsci e la cultura contemporanea II. Roma, Italia: Riuniti Instituto Gramsci.
- Luckács, G. (1969). Historia y conciencia de clase. México: Grijalbo.
- Luxemburgo, R. (1980). Problemas de organización de la social democracia rusa. En Autores Varios, Teoría Marxista del Partido Político II. México: Cuaderno de Pasado y Presente.
- Macpherson, C. B. (1981). La democracia liberal y su época. Madrid, España: Alianza.
- Magrassi, G. & Rocca, M. (1986). La historia de vida. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina.
- Makhaïski, J. W. (1979). Le socialisme des intellectuels. Francia: Ed. du Seuil.
- Marsall, J. F. Historias de vida y ciencias sociales. En J. Balan (Org.), Las historias de vida en las ciencias sociales: teoría y técnica. Buenos Aires, Argentina: Ed. Nueva Visión.
- Martinez Contreras, J. (1980). Sartre: la filosofía del hombre. México: Siglo XXI.
- Marx, K. (1980). Contribución a la crítica de la economía política. México: Siglo XXI.
- Marx, K. (1975). El capital, libro I, Capitulo VI (inédito). México: Siglo XXI.
- Massotta, O. (1974). Introducción a la lectura de Jacques Lacan. Buenos Aires, Argentina: Corregidor.
- Matamoras, B. (1982). Una teoría del héroe. En N. Braunstein (Org.), El lenguaje y el inconsciente freudiano. México: Siglo XXI.
- Macpherson, C. B. (1981). La democracia liberal y su época. Madrid, España: Alianza.
- Melucci, A. (1976). Movimenti di Rivolta (teorie e forme dell'azione collettiva). Milan, Italia: Etas Libri.
- Moreno, A. (1989). La subjetividad oculta de la objetividad. Historia oral y fuente oral, (2).
- Mucchielli, R. (1969). Introducción a la psicología estructuralista. Barcelona, España: Anagrama.
- Nasio, J. D. . (1987). (La forclusión y el nombre del padre) En N. A. y otros Braunstein, La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan. México: Siglo XXI.

- Niethammer, L. (1989). ¿Para que sirve la H.O.? Historia oral y fuente oral, (2).
- Ogg, D. (1981). Evolución de la personalidad. En (Ogg, D.), La Europa del antiguo régimen (1715-1783). España: Siglo XXI.
- Olson, M. J. (1930). The logic of collective action: publics gold's and theory of groupe. New York, EE.UU.: Scocken Books.
- Oommen, T. K. (1990). Movements and institutions: Structural Opposition or Processual Linkage? International Sociology, 5 (2),
- Pear, A. (1975). La juventud en la clase baja. En M. Sherif, & C. W. Sherif, Problemas de la juventud (estudios técnicos de la transición y la edad adulta en un mundo en cambio). México: Trillas.
- Pereyra, C. (1979). El individualismo metodológico: un caso contrarrevolución teórica. en M. Garrido, Las revoluciones filosóficas. Teoría y Praxis. México: Grijalbo.
- Pereyra, C. (1984). El sujeto de la historia. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Pizzorno, A. (1985). Sobre la racionalidad de la opción democrática. en Varios autores, Los limites de la democracia. México: CLACSO.
- Poirier, J. S., Valladon, C., & Raybaut, P. (1983). Les Récits de vie. Paris, Francia: Presses Universitaires de France.
- Poster, M. (1987). Foucault, el marxismo y la historia. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Poulantzas, N. (1976). Las clases sociales en el capitalismo actual. México: Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (1977). Poder político y clases sociales en el estado capitalista. México: Siglo XXI.
- Prezeworski, A. (1987). Marxismo y elección racional. Zona Abierta. Oct-Dic (45).
- Rabotnikof, N. (1989). Max Weber: desencanto, política y democracia. México: UNAM - Instituto de Investigaciones filosóficas.
- Rabotnikof, N. (otoño 1987). Desencanto e individualismo. Estudios, 10.
- Ricoeur, P. (1987). Freud: una interpretación de la cultura. México: Siglo XXI.
- Rossi, P., Mori, M., & Trincherio, M. (1975). Il problema della spiegazione sociologica. Torino, Italia: Loescher.
- Roustang, F. (1989). Lacan, del equivoco al callejón sin salida. México: Siglo XXI.
- Runciman, W. G. (1976). Crítica de la filosofía de las Ciencias Sociales de Max Weber. México: Fondo de Cultura Económica.
- Saal, F. (1982). El lenguaje en la obra de Freud. en N. Braunstein, El lenguaje y el inconsciente freudiano. México: Siglo XXI.
- Saltalamacchia, H. R. (1987). Gramsci: en los juegos de una metáfora. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, Jun-Dic. (14).

- Saltalamacchia, H. R. (1987). Historia de vida y movimientos sociales: el problema de la representatividad. Revista Mexicana de Ciencias Sociales, XLIX (1).
- Saltalamacchia, H. R. (1984). Reseña del libro La Sociedad Cortesana. Revista Mexicana de Sociología; México; Inst. Inv. Sociales., XLVI (2).
- Saltalamacchia, H. R., Colon, H., & Rodríguez, J. (1985). Historias de vidas y movimientos sociales: notas sobre el uso de la técnica. Iztapalapa, (5).
- Sartre, J. P. (1970). Crítica de la razón dialéctica. Buenos Aires, Argentina: Lozada.
- Schutz, A. Estudios sobre teoría social. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Shaw, C. R. (1930). The Jack-Roller: a delinquent boy's own story. Chicago, EE.UU.: University of Chicago Press.
- Shaw, C. R. (1931). The natural history of a delinquent career. Chicago, EE.UU.: University Chicago Press.
- Simmons, L. W. (1942). Sun chief, the autobiography of a hopi Indians. New Haven: Yale University Press.
- Singh, J. A., & Zingg, R. M. (1942). Wolf-children and Feral Man. American Journal of Psychology.
- Strauss, A. L. (1987). Cualitative Analysis for Social Scientists. Cambridge: University Press.
- Sutherland, E. W., & Conwell, C. (1937). The professional thief. Chicago, EE.UU.: University of Chicago Press.
- Szmatka, J. (1989). Holism, Individualism, Reductionism. International Sociology, 4 (2).
- Sztompka, P. (1990). Agency and Revolution. International Sociology, 5 (2).
- Thomas, W. I., & Znaniecki, F. (1927). The polish peasant in Europe an America. Nueva York, EE.UU.: Alfred A. Knopf.
- Thompson, P. (1980). Des recits de vie a l'analyse du changement social. Cahiers Internationaux de Sociologie, LXIX (69),
- Thompson, P. (1979). Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial. en Tradición, revuelta y conciencia de clase. España: Crítica.
- Thrasher, F. M. (1928). The gang: a study of 1.313 gangs in Chicago. Chicago, EE.UU.: University of Chicago Press.
- Timio, M. (1986). Clases Sociales y Enfermedad. México: Nueva Imagen.
- Tronti, M. (1971). Operai e capitale. Torino, Italia: Einaudi.
- Turbayne, C. (1974). El mito de la metáfora. México: Fondo de Cultura Económica.
- Veblen, T. (1951). Teoría de la clase ociosa. México: Fondo de Cultura Económica.
- Veca, d. S. (1981). Il metodo e le condizioni della <<oggettività>>. En Max Weber E l'analisi del mondo moderno. Torino, Italia: Einaudi.

- Veca, d. S. (1982). La societa giusta.(argumenti per il contractualismo). Milan, Italia: Il Saggiatore.
- Von Martin, A. (1977). Sociología del Renacimiento. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1977). Economía y Sociedad México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1978). Ensayos sobre metodología sociológica. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Winnicott, D. F. (1979). Realidad y Juego. Barcelona, España: Gedisa.
- Wirth, L.. The Ghetto. Chicago, EE.UU.
- Zemelman, H. (1989). Crítica epistemológica de los indicadores. México: El Colegio de México.
- Zemelman, M. (1987). La totalidad como perspectiva de descubrimiento. Revista Mexicana de Sociología, XLIX (1).
- Zemelman, M. (1987). Uso crítico de la teoría (En torno a las funciones analíticas de la totalidad). México: El Colegio de México / Universidad de las Naciones Unidas.
- Zingg, R. M. (1940). Feral Man and Extreme Cases of Isolation. American Journal of Psychology, 53 (487-517).
- Zorbaugh, H. W. (1929). The gold coast and the slum: a sociological study of Chicago's near north side. Chicago, EE.UU.: University of Chicago Press.